

Folio
La Ilustración. España
y América



La carmelita
Almanaque
para
1904
a
1903



[Faint, illegible handwritten text, possibly bleed-through from the reverse side of the page]

AÑO LVII

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos.

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, quedan autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

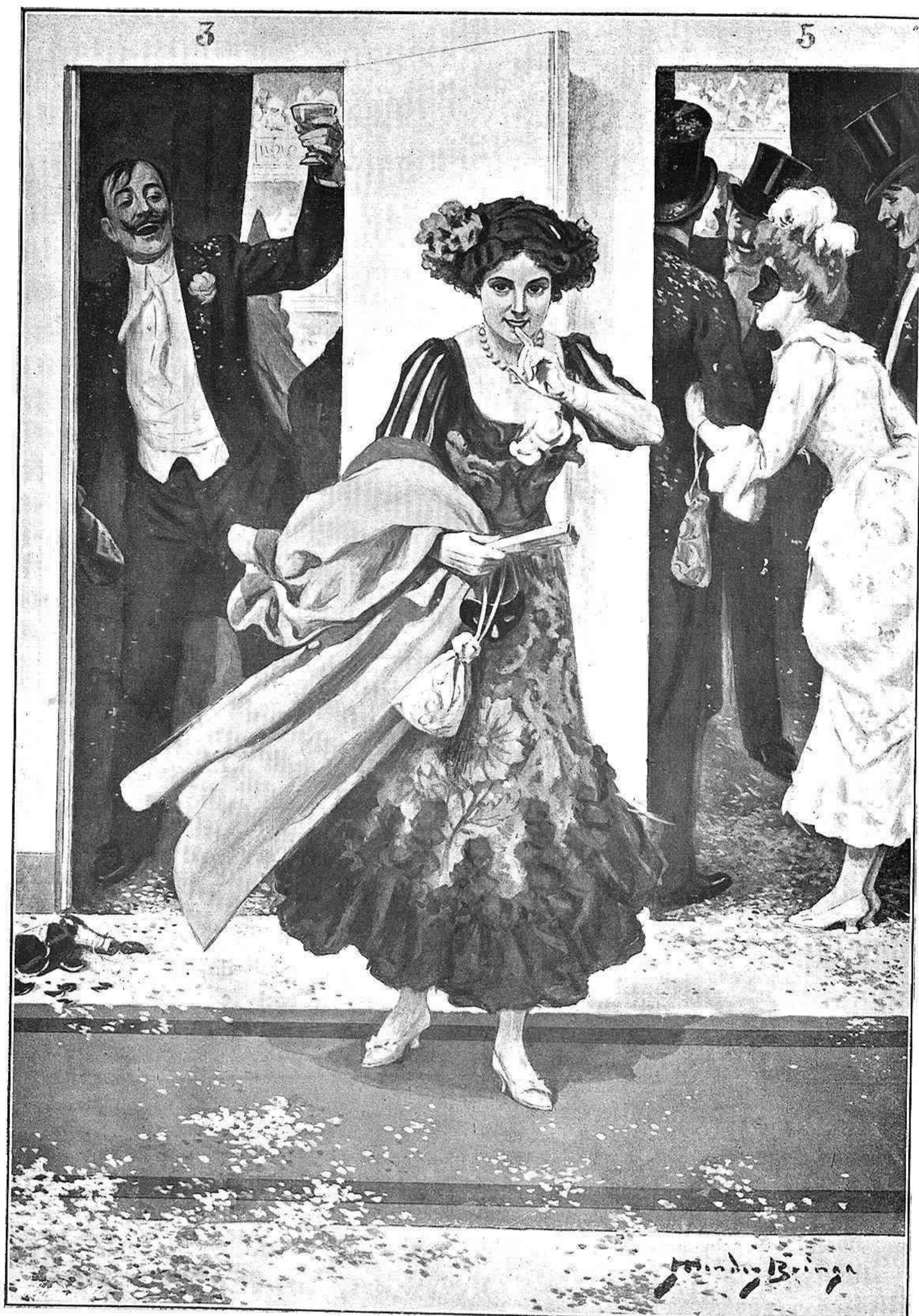
En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.



LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



CARNAVAL

Dibujo de Méndez Branga.

ALMANAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

➤ 1913 ➤



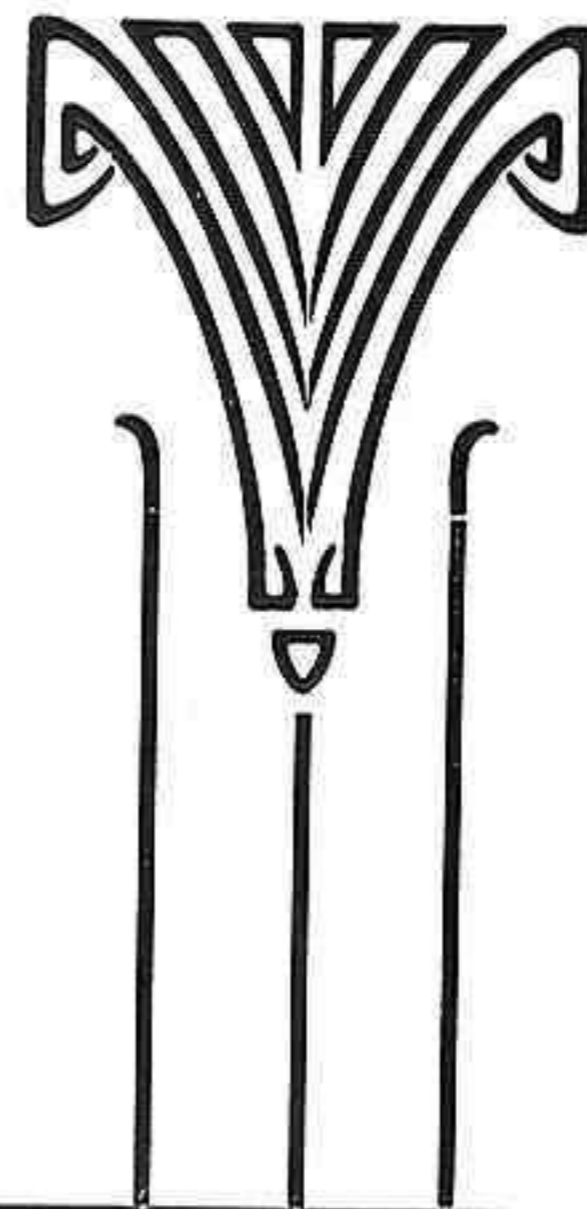
ALMANAQUE

1913

DE

LA ILUSTRACIÓN

ESPAÑOLA Y AMERICANA



DIRIGIDO Y COMPUESTO

◊ ◊ ◊ ◊ ◊ por ◊ ◊ ◊ ◊ ◊

D. Antonio Garrido

◊ CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES ◊

Acebal (D. Francisco), ◊ Benlliure (D. José), ◊ Blaas, ◊ Blanco-Belmonte (D. M. R.), ◊ Bonnat (D. A. R.), ◊ Cánovas y Vallejo (D. José), ◊ Casero (D. Antonio), ◊ Ciarán (D. Alfonso), ◊ Cuenca (D. Carlos Luis de), ◊ Chicharro (D. Eduardo), ◊ Delgado (D. Sinesio), ◊ Espí (D. Manuel), ◊ Federico (Guillermo de), ◊ Félez (D. Mariano), ◊ Fernández Mota (D. Fernando), ◊ Francés (D. José), ◊ García (D. J. G.), ◊ Gil (D. Rodolfo), ◊ Gutiérrez Gamero (D. Emilio), ◊ Iñigo y Gorostiza (D. Carlos), ◊ "Jean", ◊ Larrubiera (D. Alejandro), ◊ Laserna (D. José), ◊ Osete (D. Antonio), ◊ Palomero (D. Antonio), ◊ Pardo Bazán (Condesa de), ◊ Pedrero (D. Mariano), ◊ Pérez de Guzmán (D. Juan), ◊ Pérez Zúñiga (D. Juan), ◊ Puente (D. J. G. de la), ◊ Rabadán (D. Antonio), ◊ Répide (D. Pedro de), ◊ Rivero (D. Ricardo del), ◊ Rusiñol (D. Santiago), ◊ Sánchez Gerona (D. José), ◊ Sandoval (D. Manuel de), ◊ Santa María (D. Marceliano), ◊ Sellés (D. Eugenio), ◊ Sentenach (D. Narciso), ◊ Tenreiro (D. Ramón M.^a), ◊ Vázquez (D. Carlos), ◊ Vera (D. Vicente), ◊ Vila y Prades (D. Julio), ◊ Villena (D. Manuel), ◊ Zozaya (D. Antonio). ◊



MADRID

Establecimiento tipográfico "Sucesores de Rivadeneira"

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20.

1912

Año XL

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY



ÍNDICE GENERAL

TEXTO



	Páginas.
Año religioso, por D. M. J. G.	9
Anuncios astronómicos, por D. Manuel Villena. . .	9
Santoral.	12 á 17
Constitución y evolución de los mundos, por D. Vicente Vera.	18
La maga moderna, por D. Eugenio Sellés.	25
Á un pavo real, poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga. . .	28
Los niños del general, por D. Pedro de Répide. . .	29
Historia futura, por D. Sinesio Delgado.	33
Los dulces del Año, por la Condesa de Pardo Bazán.	36
La cisterna dulce, poesía, por D. Rodolfo Gil. . . .	38
. . . y Dios dispone, por D. José Cánovas Vallejo. . .	41
El borracho hidráulico, poesía, por D. José de Laserna.	48
Fringila, por D. Antonio Zozaya.	51
La chumbera, poesía, por D. Manuel de Sandoval. . .	56

	Páginas.
La Virgen bizantina, por D. Emilio Gutiérrez Gamero. . .	58
Nido de águila, poesía, por D. Antonio Osete. . . .	60
El caso de D. Epifanio, por D. Francisco Acebal. . .	63
Ulrafuturismo, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca. .	68
La novia inglesa del rey D. Pedro, por D. Juan Pérez de Guzmán.	71
Canción otoñal, poesía, por D. Antonio Palomero. . .	74
El pim pam pum, por D. Alejandro Larrubiera. . . .	75
El tesoro, por D. J. Sánchez Gerona.	81
El ladrón, por D. José Francés.	86
El alma del Califa, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte.	90
El amigo obsequioso, por D. A. R. Bonnat.	93
Mi Musa, poesía, por D. Antonio Casero.	96
"El Greco se va", por D. Narciso Sentenach.	99
De cómo Tío Roquiño dejó este mundo miserable, por D. Ramón María Tenreiro.	100

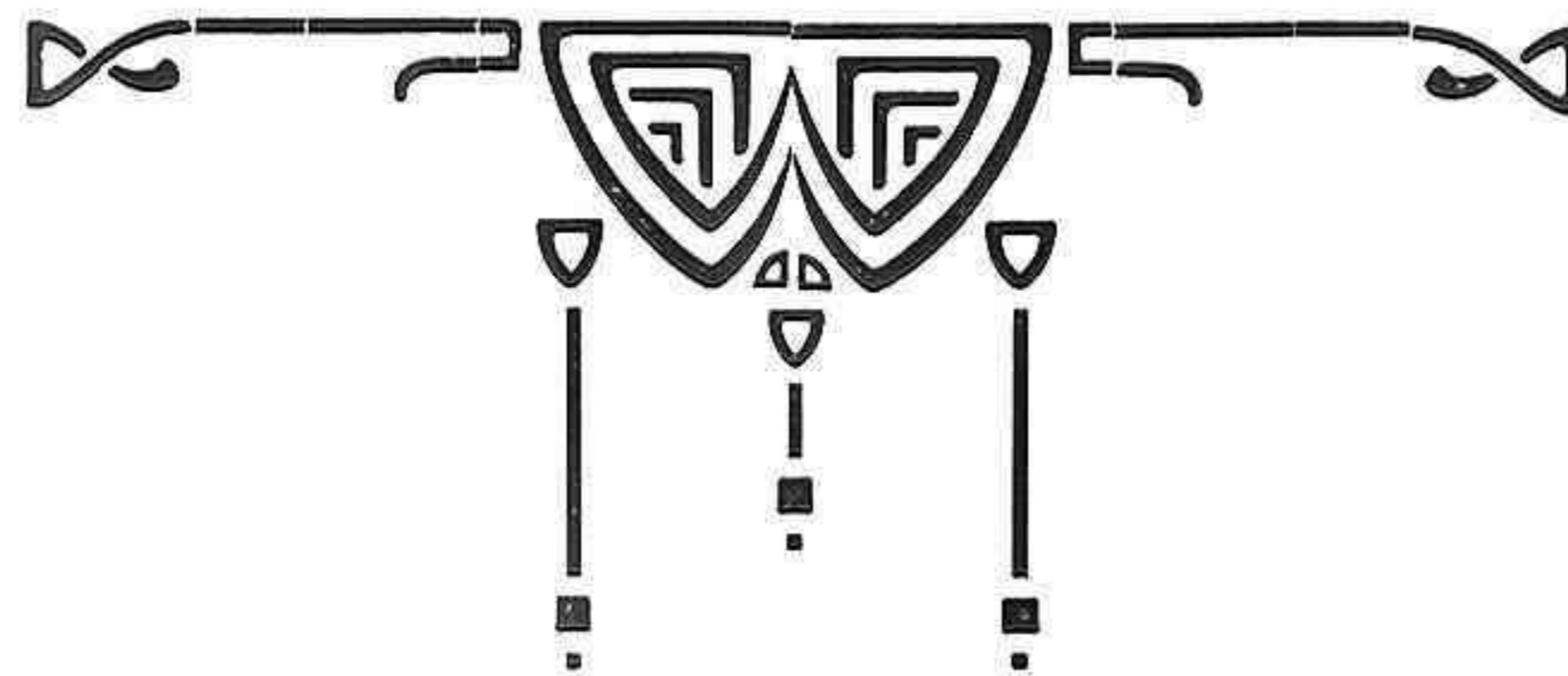
GRABADOS



	Páginas.
Entrada del año nuevo, por Jean.	11
Ilustraciones del santoral, por Guillermo de Federico y Mariano Pedrero.	12 á 17
Líquidos y sólidos, por Heileman.	22
Paisaje, por Reid.	23
Estudio, fotografía de D. Carlos Iñigo y Gorostiza. . .	24
Cacharrerías sevillanas, cuadro de Vila y Prades. . .	27
Ilustración de "Á un pavo real", por Félez.	28
Paisajes españoles: Alcalá de Henares.-Jardín de la Vicaría, por Pedrero.	31
Exposición canina: (Francia) "Le Tou-tou", por Félez. . .	32
El de la mona, fotografía de J. G. de la Puente. . . .	34
En la iglesia, cuadro de José Benlliure.	35
Ilustración de "Los dulces del Año", por M. Espí. . . .	36

	Páginas.
Regreso, cuadro de Gabrini.	39
Muy baratos, cuadro de Blaas.	40
Escena montañesa: "Toma un bocaduco", fotografía de J. G. de la Puente.	46
Jardín del Parmo (Mallorca), cuadro de S. Rusiñol. . .	47
Ilustración de "El borracho hidráulico", por Félez. . .	48
Las uveras, cuadro de Eduardo Chicharro.	49
La gimnasia y los números.	50
Ilustraciones de "Fringila", por F. Mota.	51, 52 y 53
Paisajes españoles: Valencia.-Calle de Cordellats, por Pedrero.	55
Ilustración de "La chumbera", por Félez.	56
Exposición canina: (Inglaterra) "The Bull dog", por Félez.	57

Páginas.	▼	Páginas.
Milton, cuadro de Munkaczi.	▼	Mi modelo.
Descargadoras de muelle, fotografía de D. Antonio Rabadán.		"Salutatio matutina", cuadro de Bompiani.
Ilustraciones de "El caso de D. Epifanio", por Pedrero 63, 65 y 66		Al mercado.
En las lagunas.		Los primeros pasos, cuadro de Cacciarelli.
Ilustraciones de "Ultrafuturismo", por Félez. 68 y 69		Ilustraciones de "El alma del Califa", por Marceliano Santa María. 90 y 91
Mes de María, cuadro de Carlos Vázquez.		Escena gallega: Al prado, de fotografía.
Paisajes españoles: Sevilla.-Azoteas de la Casa de Pilatos, por Pedrero.		Escena asturiana: Maconeros de Peña Mellerá, fotografía de S. Hidalgo.
Ilustración de "Canción otoñal", por Félez.		Paisajes españoles: Puerto de Pasajes, por Pedrero.
Ilustraciones de "El pim pam pum", por M. Espí. 75, 76, 77 y 78		Ilustraciones de "Mi Musa", por Pedrero.
Exposición canina: (Alemania) "Der Dackel", por Félez		Exposición canina: (España) "El Perdiguero", por Félez
Paisaje de invierno, fotografía de R. del Rivero.	■	Sueño de la noche de Reyes, de fotografía.
	■	¡Adiós!, cuadro de Bisson.
	■	Viñetas varias. 30, 45, 60 y 72



PRELIMINARES

AÑO RELIGIOSO

CÓMPUTO ECLESIASTICO

Áureo número	14	Indicción romana	XI
Epacta	XXII	Letra dominical	E
Ciclo solar	18	Letra del Martirologio romano	C

DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los domingos.
 Los viernes y sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en viernes ó en sábado, se anticipa el ayuno al jueves inmediato.
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, viernes y sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del apóstol *Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús	19 de Enero.
La Sacra Familia	26 de Enero.
Septuagésima	19 de Enero.
Sexagésima	26 de Enero.
Quincuagésima	2 de Febrero.
Miércoles de Ceniza	5 de Febrero.
Pascua de Resurrección	23 de Marzo.
El Patrocinio de San José	13 de Abril.
Letanías	28, 29 y 30 de Abril.
Ascensión del Señor	1 de Mayo.
Pascua de Pentecostés	11 de Mayo.
La Santísima Trinidad	18 de Mayo.
Sanctissimum Corpus Christi	22 de Mayo.
Sacratísimo Corazón de Jesús	30 de Mayo.
Purísimo Corazón de María	1 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo	6 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora	17 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario	5 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora	9 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento	28.
Adviento (Primer domingo de)	30 de Novbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los domingos.

Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los domingos de Cuaresma y todos los viernes del año.*

VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 31 de Marzo, y se cierran, respectivamente, el 4 de Febrero y el 29 de Noviembre.

TÉMPORAS

I.—El 12, 14 y 15 de Febrero.	III.—El 17, 19 y 20 de Sepbre.
II.—El 14, 16 y 17 de Mayo.	IV.—El 17, 19 y 20 de Dicbre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 19 de Enero; el 11, 22 y 23 de Febrero; el 2, 14, 15 y 16 de Marzo; el 15 y 17 de Mayo.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1913.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0^h 14^m 45^s,09 al O. de Greenwich.
 LATITUD... 40° 24' 29",7 N.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

20 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
19 de Febrero, <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, <i>Tauro</i> .	23 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 5 horas 18 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á la 1 y 10 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 15 horas 53 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 21 horas 35 minutos.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA

MARZO 22. *Eclipse total de Luna*, invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 10 ^h y 13 ^m . . .	} Tiempo medio civil de Greenwich.
Principio del eclipse total á las 11 ^h y 11 ^m . . .	
Medio del eclipse á las 11 ^h y 58 ^m	
Fin del eclipse total á las 12 ^h y 44 ^m	
Fin del eclipse á las 13 ^h y 43 ^m	

El principio de este eclipse será visible en una pequeña parte de Asia, en la América Septentrional, en gran parte de la Meridional, en el estrecho de Behring, en la Australia, en una pequeña parte del Atlántico, en todo el Pacífico y en gran parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en toda el Asia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en el estrecho de Behring, en la Australia, en gran parte del Océano Pacífico y parte del Índico y en gran parte de los Mares Polares.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 52° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 70° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

ABRIL 6. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 15^h y 54^m,6, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 151° 35' al O. de Greenwich y latitud 29° 2' N.

El medio del eclipse se verifica, en la Tierra, á las 17^h y 33^m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte, se halla en la longitud de 175° 30' al E. de Greenwich y latitud 61° 20' N.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 19^h y 11^m,9, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 37° 3' al E. de Greenwich y latitud 82° 9' N.

Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,426; tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en el Norte de Europa y Asia, en el Océano Pacífico del Norte y en parte del Mar Polar Ártico.

AGOSTO 31. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 20^h y 2^m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 13° 50' al E. de Greenwich y latitud 77° 47' N.

El medio del eclipse se verifica, en la Tierra, á las 20^h y 52^m,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte, se halla en la longitud de 26° 41' al O. de Greenwich y latitud 61° 40' N.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 21^h y 42^m,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 47° 7' al O. de Greenwich y latitud 43° 48' N.

Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,152; tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América Septentrional, en la Groenlandia, en parte del Océano Atlántico y del Mar Polar Ártico.

SEPTIEMBRE 15. *Eclipse total de Luna*, invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 10 ^h y 53 ^m . . .	} Tiempo medio civil de Greenwich.
Principio del eclipse total á las 12 ^h y 2 ^m . . .	
Medio del eclipse á las 12 ^h y 43 ^m . . .	
Fin del eclipse total á las 13 ^h y 35 ^m . . .	
Fin del eclipse á las 14 ^h y 44 ^m	

El principio de este eclipse será visible en gran parte de Asia, en casi toda la América Septentrional, en el estrecho de Behring, en la Australia, en todo el Océano Pacífico, en parte del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.

El fin de este eclipse será visible en casi toda el Asia, en una pequeña parte de la América Septentrional, en el estrecho de Behring, en la Australia, en casi todo el Océano Índico y Pacífico, en parte del Mar Polar Ártico y en gran parte del Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 49° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 73° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

SEPTIEMBRE 30. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 2^h y 56^m,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 42° 45' al E. de Greenwich y latitud 17° 12' S.

El medio del eclipse se verifica, en la Tierra, á las 4^h y 45^m,9, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte, se halla en la longitud de 11° 27' al E. de Greenwich y latitud 61° 14' S.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 6^h y 35^m,6, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 178° 0' al E. de Greenwich y latitud 74° 40' S.

Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,825; tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de África y del Océano Atlántico, en gran parte del Índico y del Mar Polar Antártico.

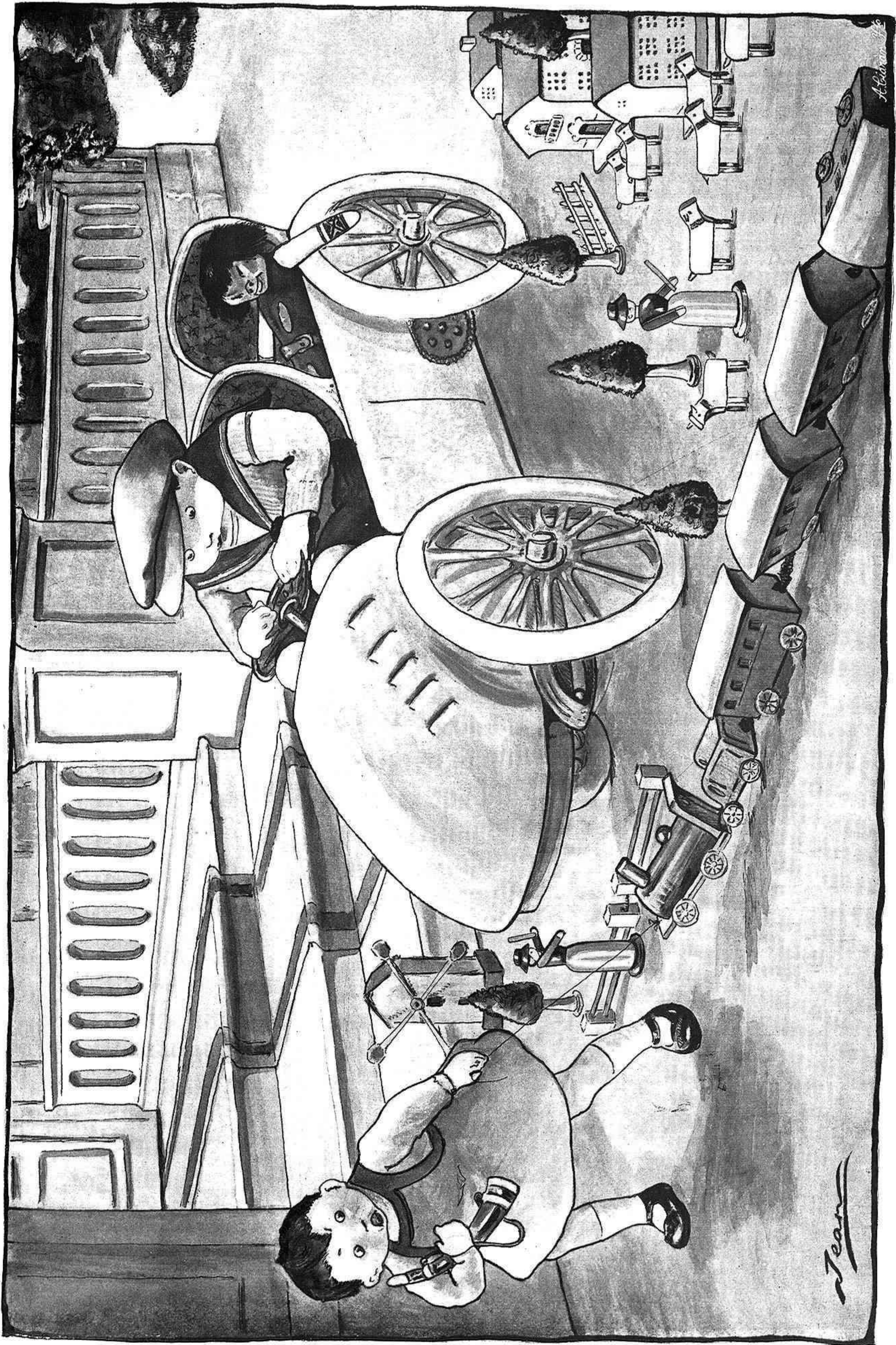


Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año 1913.

ENERO.	}	Día 7.—10 ^h 28 ^m , en Capricornio.—Nueva.	}	JULIO.	}	Día 4.—5 ^h 6 ^m , en Cáncer.—Nueva.
		15.—16 ^h 2 ^m , en Aries.—Creciente.				10.—21 ^h 38 ^m , en Libra.—Creciente.
		22.—15 ^h 40 ^m , en Leo.—Llena.				18.—6 ^h 6 ^m , en Capricornio.—Llena.
FEBRERO.	}	29.—7 ^h 34 ^m , en Escorpio.—Menguante.	}	AGOSTO.	}	26.—9 ^h 59 ^m , en Tauro.—Menguante.
		Día 6.—5 ^h 22 ^m , en Acuario.—Nueva.				Día 2.—12 ^h 58 ^m , en Leo.—Nueva.
		14.—8 ^h 34 ^m , en Tauro.—Creciente.				9.—4 ^h 3 ^m , en Escorpio.—Creciente.
MARZO.	}	21.—2 ^h 4 ^m , en Virgo.—Llena.	}	SEPTIEMBRE.	}	16.—20 ^h 27 ^m , en Acuario.—Llena.
		27.—21 ^h 16 ^m , en Sagitario.—Menguante.				24.—24 ^h 18 ^m , en Géminis.—Menguante.
		Día 7.—24 ^h 23 ^m , en Piscis.—Nueva.				31.—20 ^h 38 ^m , en Virgo.—Nueva.
ABRIL.	}	15.—20 ^h 58 ^m , en Géminis.—Creciente.	}	OCTUBRE.	}	Día 7.—13 ^h 6 ^m , en Sagitario.—Creciente.
		22.—11 ^h 56 ^m , en Libra.—Llena.				15.—12 ^h 46 ^m , en Piscis.—Llena.
		29.—12 ^h 58 ^m , en Capricornio.—Menguante.				23.—12 ^h 30 ^m , en Cáncer.—Menguante.
MAYO.	}	Día 6.—17 ^h 48 ^m , en Aries.—Nueva.	}	NOVIEMBRE.	}	30.—4 ^h 57 ^m , en Libra.—Nueva.
		14.—5 ^h 39 ^m , en Cáncer.—Creciente.				Día 7.—1 ^h 46 ^m , en Capricornio.—Creciente.
		20.—21 ^h 33 ^m , en Escorpio.—Llena.				15.—6 ^h 7 ^m , en Aries.—Llena.
JUNIO.	}	28.—6 ^h 9 ^m , en Acuario.—Menguante.	}	DICIEMBRE.	}	22.—22 ^h 53 ^m , en Cáncer.—Menguante.
		Día 6.—8 ^h 24 ^m , en Tauro.—Nueva.				23.—14 ^h 29 ^m , en Escorpio.—Nueva.
		13.—11 ^h 45 ^m , en Leo.—Creciente.				Día 5.—18 ^h 35 ^m , en Acuario.—Creciente.
	}	20.—7 ^h 18 ^m , en Escorpio.—Llena.	}		}	13.—23 ^h 11 ^m , en Tauro.—Llena.
		27.—24 ^h 4 ^m , en Piscis.—Menguante.				21.—7 ^h 57 ^m , en Leo.—Menguante.
		Día 4.—19 ^h 57 ^m , en Géminis.—Nueva.				28.—1 ^h 41 ^m , en Sagitario.—Nueva.
	}	11.—16 ^h 37 ^m , en Virgo.—Creciente.	}		}	Día 5.—14 ^h 59 ^m , en Piscis.—Creciente.
		18.—17 ^h 51 ^m , en Sagitario.—Llena.				13.—15 ^h , en Géminis.—Llena.
		26.—17 ^h 41 ^m , en Aries.—Menguante.				20.—16 ^h 16 ^m , en Virgo.—Menguante.
	}		}		}	27.—14 ^h 59 ^m , en Capricornio.—Nueva.

NOTA. Todos los anuncios se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.





ENTRADA DEL AÑO NUEVO

por Jean.





Enero

- 1 Miérc. *Fiesta*. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, san Fulgencio Ruspense y san Basilio, ob.
- 2 Juev. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Isidoro, ob. y mr., y san Macario.
- 3 Vier. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen.
- 4 Sáb. Santos Aquilino, Trifón y Prisciliano, mrs.
- 5 Dom. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Lun. *Fiesta*. LA EPIFANIA ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES y el beato Juan de Rivera.
- 7 Mart. San Julián y san Raimundo de Peñafort.—*Ábrense las velaciones*.
- 8 Miérc. Santos Luciano, Teófilo, Eladio y Severino.
- 9 Juev. San Julián, mr., y su esposa santa Basílisa, virgen.
- 10 Vier. San Guillermo, arz., y san Nicanor, diácono y mr.
- 11 Sáb. San Higinio, papa y mr., y san Alejandro, ob.
- 12 Dom. San Benito Biscop, abad, y san Arcadio, mr.
- 13 Lun. Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Mart. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, mr.
- 15 Miérc. San Pablo, primer ermitaño, y san Bonifacio, ob.
- 16 Juev. San Fulgencio, ob., conf. y doctor, y san Marcelo.
- 17 Vier. San Antonio, abad, y san Mariano, diácono.
- 18 Sáb. La Cátedra de san Pedro en Roma y santa Prisca.
- 19 Dom. *de Septuagésima*. El Dulcísimo Nombre de Jesús; san Canuto, rey, y santa Marta.—*Anima*.
- 20 Lun. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Mart. San Fructuoso, ob., y santa Inés, virgen, mrs.
- 22 Miérc. San Vicente, patrón de Valencia, y san Anastasio.
- 23 Juev. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emenciana, virgen y mr.—*Días de S. M. el Rey*.
- 24 Vier. Nuestra Señora de la Paz y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Sáb. La Conversión de san Pablo, apóstol y santa Elvira.
- 26 Dom. *de Sexagésima*. La Sacra Familia y san Policarpo.
- 27 Lun. San Juan Crisóstomo, ob. y doctor, y san Julián, mr.
- 28 Mart. San Julián, ob.; san Valerio y san Tirso, mr.
- 29 Miérc. San Francisco de Sales, ob. y doctor; san Valero, obispo, y san Mauro, mr.
- 30 Juev. San Lesmes, abad, y santa Martina, virgen.
- 31 Vier. San Pedro Nolasco, fundador, y san Ciro.

Febrero

- 1 Sáb. San Ignacio y san Cecilio, obispos y mrs.; santos Severo y Pablo, obispos, y santa Brígida.
- 2 Dom. *de Quincuagésima*. La Purificación de Nuestra Señora (vulgo *La Candelaria*) y san Cornelio.
- 3 Lun. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Mart. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, confesor.—*Ciérrense las velaciones*.
- 5 Miérc. *de Ceniza*. Santa Agueda, virgen y mr.—*Principia el ayuno de Cuaresma*.
- 6 Juev. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Vier. San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey.
- 8 Sáb. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 Dom. *I de Cuaresma*. Santa Apolonia, virgen y mr.
- 10 Lun. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo.
- 11 Mart. San Saturnino, presb.; y comps., mrs.—*Anima*.
- 12 Miérc. Santa Eulalia de Barcelona y la primera Traslación de san Eugenio.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 13 Juev. San Benigno y santa Catalina de Ricci, virgen.
- 14 Vier. San Valentín, presb.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 15 Sáb. Santos Faustino y Jovita, hermanos, mrs., y santa Georgia.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Ordenes*.
- 16 Dom. *II de Cuaresma*. San Julián, mr.
- 17 Lun. San Julián de Capadocia y san Teodoro, mrs.
- 18 Mart. San Eladio, arzobispo de Toledo.
- 19 Miérc. San Gabino, presb. y mr., y san Alvaro de Córdoba.
- 20 Juev. San León y san Eleuterio, obispos.
- 21 Vier. San Félix y san Maximiano, obispos.
- 22 Sáb. La Cátedra de san Pedro en Antioquía y san Pascasio, ob.—*Anima*.
- 23 Dom. *III de Cuaresma*. San Pedro Damiano, ob., cardenal y doctor, y santa Marta, virgen y mr.—*Anima*.
- 24 Lun. San Matías, apóstol, y santa Primitiva.
- 25 Mart. San Cesáreo y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Miérc. Santos Nestor, ob. y mr.; Fortunato y Félix, mrs., y Alejandro, Faustino y Porfirio, obispos.
- 27 Juev. Santos Alejandro, Abundio, Fortunato y Julián, mrs.
- 28 Viern. San Román, abad; santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.

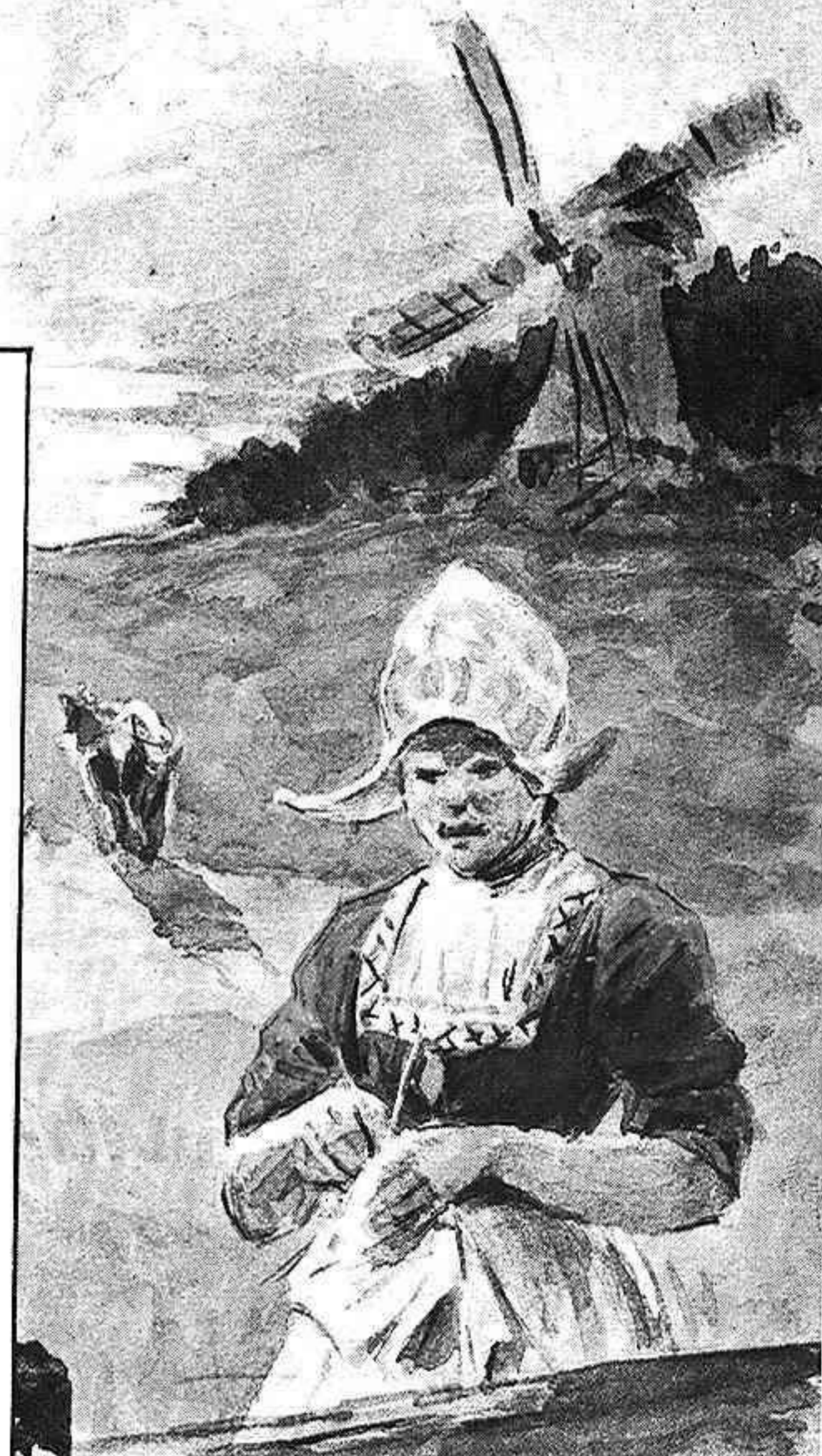


Marzo.

- 1 Sáb. El Santo Ángel de la Guarda y san Rosendo, ob.
- 2 Dom. *IV de Cuaresma*. Santos Lucio y Pablo.—*Anima*.
- 3 Lun. Santos Emeterio y Celedonio, mrs.
- 4 Mart. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.
- 5 Miérc. San Eusebio y compañeros, mrs.
- 6 Juev. Santos Víctor y Victoriano, arz., y san Olegario, ob.
- 7 Vier. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor.
- 8 Sab. San Juan de Dios, fund., y san Julián, arz.—*Órdenes*.
- 9 Dom. *de Pasión*. Santa Francisca, viuda romana.
- 10 Lun. San Melitón y cuarenta compañeros, mrs.
- 11 Mart. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.
- 12 Miérc. San Gregorio Magno, papa y dr., y san Bernardo.
- 13 Juev. San Leandro, arzobispo de Sevilla, y san Rodrigo.
- 14 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora; santa Matilde, reina, y santa Florentina, virgen.—*Anima*.
- 15 Sáb. San Zacarías, papa, y san Raimundo, abad.—*Anima*.
- 16 Dom. *de Ramos*. San Julián de Anazarbo, mr.—*Anima*.
- 17 Lun. *Santo*. San Patricio, ob., y conf.
- 18 Mart. *Santo*. San Gabriel, arcángel.
- 19 Miérc. *Santo*. *Fiesta*. SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora.—*Abstinencia de carne*.
- 20 Juev. *Santo*. San Niceto, ob.—*Abstinencia de carne*.
- 21 Vier. *Santo*. San Benito, abad.—*Abstinencia de carne*.
- 22 Sáb. *Santo*. Santa Catalina de Suecia, virgen.—*Abstinencia de carne*.—*Órdenes*.
- 23 Dom. *Pascua de Resurrección*. San Victoriano y comps.
- 24 Lun. San Agapito, ob. y mr.
- 25 Mart. La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, y san Dimas, el Buen Ladrón.
- 26 Miérc. San Braulio, ob., y santa Eugenia, virgen y mr.
- 27 Juev. San Ruperto, ob.
- 28 Vier. Santos Sixto III, papa y conf.; Cástor y Doroteo.
- 29 Sáb. San Eustasio, abad.
- 30 Dom. *de Cuasimodo ó In albis*. San Juan Clímaco, abad.
- 31 Lun. Santa Balbina, virgen.—*Abrense las velaciones*.

Abril.

- 1 Mart. Santos Ignacio y Tesifón, mrs., y Hugón, ob.
- 2 Miérc. San Francisco de Paula y santa María Egipcíaca.
- 3 Juev. Santos Pancracio, ob.; Ulpiano, mr., y Benito, conl.
- 4 Vier. San Isidoro, arzobispo de Sevilla.
- 5 Sáb. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.
- 6 Dom. Nuestra Señora La Divina Pastora y san Celestino.
- 7 Lun. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.
- 8 Mart. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.
- 9 Miérc. Santa María Cleoté y santa Casilda, virgen.
- 10 Juev. Santos Urbano, Apolonio, Terencio y Pompeyo, mrs.
- 11 Vier. San León Magno, papa y doctor.
- 12 Sáb. San Víctor, mr., y san Zenón, ob.
- 13 Dom. El Patrocinio de san José y san Hermenegildo, mr.
- 14 Lun. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs.
- 15 Mart. Santas Basilisa y Anastasia, mrs.
- 16 Miérc. Santa Engracia y santo Toribio, ob. de Astorga.
- 17 Juev. Los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro, y la beata María Ana de Jesús.
- 18 Vier. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs.
- 19 Sáb. Santos Vicente de Colibre, Sócrates y Dionisio, mrs.
- 20 Dom. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.
- 21 Lun. San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Mart. Santos Sotero y Cayo, papas y mrs.
- 23 Miérc. San Adalberto, ob. y mr., y san Félix, presb.
- 24 Juev. San Fidel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, ob.
- 25 Vier. San Marcos, evangelista, y san Aniano.—*Letanias mayores*.
- 26 Sáb. Santos Cleto y Marcelino, papas y mrs.
- 27 Dom. Santos Anastasio y Toribio de Mogrovejo.
- 28 Lun. San Prudencio y san Vidal.—*Letanias*.
- 29 Mart. San Pedro de Verona, mr.—*Letanias*.
- 30 Miérc. Santa Catalina de Sena.—*Letanias*.





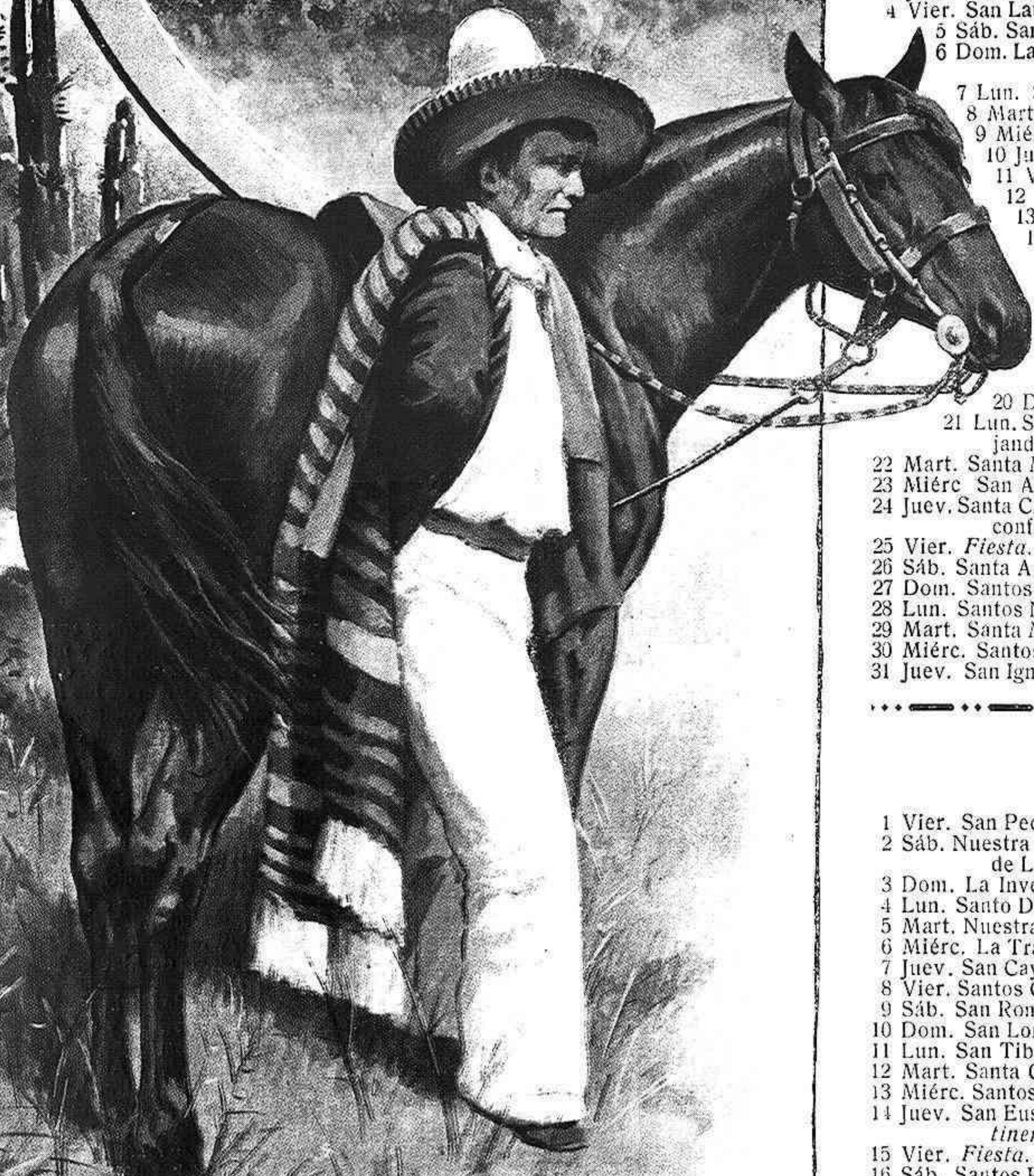
Mayo.

- 1 Juev. *Fiesta*. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR y san Felipe y Santiago.
- 2 Vier. San Atanasio, ob. y doctor.
- 3 Sáb. La Invencción de la Santa Cruz y san Alejandro, papa.
- 4 Dom. Santa Mónica, madre de san Agustín.
- 5 Lun. San Pío V, papa, y la Conversión de san Agustín.
- 6 Mart. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista.
- 7 Miérc. San Estanislao, ob. y mr.
- 8 Juev. La Aparición del Arcángel san Miguel, san Víctor y san Acacio.
- 9 Vier. San Gregorio Nacianceno, ob. y doctor; santos Geroncio, ob., y Hermes, mr.
- 10 Sáb. San Antonino. *Ayuno con abs. de carne.*—*Cumpleaños del Príncipe de Asturias.*
- 11 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS, Nuestra Señora de los Desamparados y san Mamerto.
- 12 Lun. Santo Domingo de la Calzada, conf., y santa Domitila, mr.
- 13 Mart. San Pedro Regalado, conf.
- 14 Miérc. San Bonifacio y san Víctor, mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 15 Juev. *Fiesta*. SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato, ob.—*Ánima.*
- 16 Vier. San Juan Nepomuceno y san Ubaldo, ob.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 17 Sáb. San Pascual Bailón, conf.; santos Pablo, Eraclio, Aquilino y Víctor, y santa Restituta, virgen, mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*—*Ánima.*—*Cumpleaños de S. M. el Rey.*
- 18 Dom. La Santísima Trinidad; santos Venancio, mr., y Félix de Cantalicio, conf.
- 19 Lun. San Pedro Celestino, papa, y santa Pudenciana, virgen.
- 20 Mart. San Bernardino de Sena, conf., y santos Baudilio y Alejandro, mrs.
- 21 Miérc. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Valente, ob. y mr.
- 22 Juev. *Fiesta*. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI y santa Rita de Casia, viuda.
- 23 Vier. La Aparición de Santiago, apóstol, y san Desiderio, ob. y mr.
- 24 Sáb. San Robustiano, mr., y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.
- 25 Dom. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis.
- 26 Lun. San Felipe Neri, conf., fundador de la Congregación del Oratorio, y san Eleuterio.
- 27 Mart. San Juan, papa y mr., y san Julio, soldado, mr.
- 28 Miérc. San Justo, obispo de Urgel, y los santos Germán y Senador, obispos.
- 29 Juev. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.
- 30 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús; san Fernando, rey de España, y san Félix, papa.
- 31 Sáb. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso.

Junio.

- 1 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Segundo, ob. y mr.; san Inigo, abad, y el beato Alonso, mr.
- 2 Lun. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.
- 3 Mart. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande.
- 4 Miérc. San Francisco Caracciolo, fundador, y santa Saturnina, virgen y mr.
- 5 Juev. San Bonifacio, ob. y mr., y san Doroteo, presb. y mr.
- 6 Vier. San Norberto, arz., fundador de la Orden Premonstratense.
- 7 Sáb. San Pedro y compañeros, mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Dom. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 Lun. Santos Primo y Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 Mart. Santa Margarita, reina de Escocia, y santos Crispulo y Restituto.
- 11 Miérc. San Bernabé, apóstol; san Félix y san Fortunato.
- 12 Juev. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basilio, Cirino, Nabor y Nazario.
- 13 Vier. San Antonio de Padua, conf., y san Fandila, mártir en Córdoba.
- 14 Sáb. San Basilio el Magno, san Marciano, san Rufino y san Eliseo.
- 15 Dom. Santos Vito y Modesto, y santa Benilde, mrs.
- 16 Lun. San Juan Francisco Regis y san Quirico, mrs.
- 17 Mart. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Miérc. Santos Marco y Marceliano; san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Juev. Santa Juliana de Falconeri, virgen, y santos Gervasio y Protasio, mrs.
- 20 Vier. San Silverio, papa y mr.; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.
- 21 Sáb. San Luis Gonzaga, conf.; san Raimundo y san Terencio, obispos.
- 22 Dom. San Paulino, ob., y san Acacio y compañeros, mrs.
- 23 Lun. San Juan, presb. y mr., y santa Agripina, virgen y mr.
- 24 Mart. La Natividad de san Juan Bautista y san Fausto.
- 25 Miérc. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Juev. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Vier. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Sáb. San León II, papa, y san Argimiro, mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 29 Dom. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles, y san Marcelo.
- 30 Lun. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.





Julio.

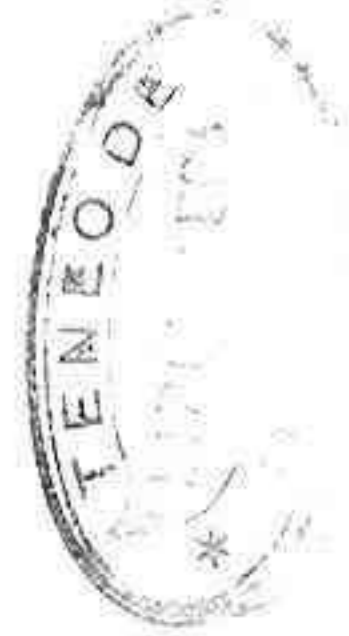
- 1 Mart. Santos Casto y Secundino, mrs.
- 2 Miérc. La Visitación de Nuestra Señora.
- 3 Juev. San Trifón y el beato Raimundo Lulio, mrs.
- 4 Vier. San Laureano, ob. y mr., y el beato Gaspar Bono.
- 5 Sáb. Santos Cirilo y Metodio, obispos, y santa Zoa.
- 6 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, santa Lucía, mr., y san Rómulo, ob.
- 7 Lun. San Fermín, ob. y mr., y san Odón, ob.
- 8 Mart. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Miérc. Santos Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs.
- 10 Juev. Santa Amalia ó Amelia, virgen.
- 11 Vier. San Pío I, papa y mr., y santa Verónica.
- 12 Sáb. Santos Juan Gualberto, abad, y Nabor.
- 13 Dom. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Lun. San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 Mart. San Camilo de Lelis y san Enrique.
- 16 Miérc. Nuestra Señora del Carmen y el Triunfo de la Santa Cruz.
- 17 Juev. San Alejo, conf., y san León IV.
- 18 Vier. Santa Simforosa y sus siete hijos.
- 19 Sáb. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Dom. San Elías, profeta.
- 21 Lun. Santa Práxedes, virgen; san Víctor y san Alejandro, mrs.—*Cumpleaños de la Reina madre.*
- 22 Mart. Santa María Magdalena, penitente, y san Teófilo.
- 23 Miérc. San Apolinar, ob. y mr.
- 24 Juev. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, confesor.—*Ayuno.—Días de la Reina madre.*
- 25 Vier. *Fiesta.* SANTIAGO, apóstol, patrón de España.
- 26 Sáb. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.
- 27 Dom. Santos Pantaleón y Cucufate, y santa Juliana, mrs.
- 28 Lun. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mrs.
- 29 Mart. Santa Marta, virgen, y san Félix II, papa.
- 30 Miérc. Santos Abdón, Senén y Rufino, mrs.
- 31 Juev. San Ignacio de Loyola, conf.

Agosto.

- 1 Vier. San Pedro Advíncula y San Félix, mártir de África.
- 2 Sáb. Nuestra Señora de los Angeles y san Alfonso María de Liguorio.—*Jubileo de la Porciúncula.*
- 3 Dom. La Invención del cuerpo de san Esteban.
- 4 Lun. Santo Domingo de Guzmán y san Eleuterio.
- 5 Mart. Nuestra Señora de las Nieves y san Abel, abad.
- 6 Miérc. La Transfiguración del Señor.
- 7 Juev. San Cayetano y san Alberto de Sicilia, conf.
- 8 Vier. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
- 9 Sáb. San Roman, mr., y los santos Firmo y Rústico, mrs.
- 10 Dom. San Lorenzo, diácono, y santa Filomena, virgen.
- 11 Lun. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Mart. Santa Clara de Asís, virgen.
- 13 Miérc. Santos Hipólito y Casiano, mrs.
- 14 Juev. San Eusebio, presb., y san Pablo.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 15 Vier. *Fiesta.* LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 16 Sáb. Santos Roque y Jacinto, confesores.
- 17 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora.
- 18 Lun. San Agapito, mr., y santa Elena, emperatriz.
- 19 Mart. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Miérc. San Bernardo, abad y doctor.
- 21 Juev. Santa Juana Francisca Fremot de Chantal.
- 22 Vier. Santos Timoteo, Hipólito, ob., y Sinfiriano.
- 23 Sáb. San Felipe Benicio, conf., y san Cristóbal, mr.
- 24 Dom. San Bartolomé, apóstol, y san Patricio, abad.
- 25 Lun. San Luis, rey de Francia, y san Ginés de Arlés, mr.
- 26 Mart. Santos Ceferino, papa, y Victor, presb., mrs.
- 27 Miérc. San José de Calasanz y san Rufo, ob.
- 28 Juev. San Agustín, ob. y doctor, y san Hermes, mr.
- 29 Vier. La Degollación de san Juan Bautista.
- 30 Sáb. Santa Rosa de Lima, virgen, y san Félix, mr.
- 31 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa, san Ramón Nonnato y santo Domingo de Val.



F. de Federico.





Septiembre.

- 1 Lun. Santos Gil, abad; Augusto y Lupo, y santa Ana, profetisa.
- 2 Mart. San Esteban y san Antolín, patrón de Palencia, mrs., y santa Máxima.
- 3 Miérc. Santa Serapia, virgen, y santa Sabina, viuda, mrs.
- 4 Juev. Santas Cándida, Rosa y Rosalía; san Moisés, profeta, y san Marcelo, ob.
- 5 Vier. San Lorenzo Justiniano, ob. y conf., y santa Obdulia, virgen.
- 6 Sáb. San Eugenio y compañeros, mrs., y el beato Juan de Ribera.
- 7 Dom. Santa Regina, virgen y mr., y san Pánfilo, ob.
- 8 Lun. La Natividad de Nuestra Señora, santos Timoteo y Adrián, mrs.
- 9 Mart. Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador.
- 10 Miérc. San Nicolás de Tolentino, conf., y santa Pulqueria, emperatriz.
- 11 Juev. Santos Proto y Jacinto, hermanos, mrs.
- 12 Vier. Santos Leoncio y compañeros, mrs., y san Vicente, abad.
- 13 Sáb. San Felipe, mr., y san Eulogio, ob.
- 14 Dom. El Dulce Nombre de María y La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Lun. San Nicomedes, mr.; santos Valeriano y Jeremías.
- 16 Mart. San Cornelio, san Cipriano y santa Lucía.
- 17 Miérc. San Pedro de Arbués, mr., y santa Columba, virgen.—*Tèmpora.*—*Ayuno.*
- 18 Juev. Santo Tomás de Villanueva, arz. de Valencia, y las santas Sofía é Irene.
- 19 Vier. San Jenaro, ob. y mr., y el beato Alonso de Orozco.—*Tèmpora.*—*Ayuno.*
- 20 Sáb. San Eustaquio y compañeros, mártires.—*Tèmpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 21 Dom. Los Dolores Gloriosos de Nuestra Señora, y San Mateo, apóstol y evang.
- 22 Lun. San Maurício y compañeros, mrs., y santos Florencio y Santino, obispos.
- 23 Mart. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mrs.
- 24 Miérc. Nuestra Señora de las Mercedes y san Gerardo, obispo y mártir.
- 25 Juev. San Lope, ob., y san Formerio, mr.
- 26 Vier. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs.
- 27 Sáb. Santos Cosme y Damián, hermanos médicos, mrs.
- 28 Dom. Santos Wenceslao, Privato y Máximo, mrs., y santa Eustoquia, virgen.
- 29 Lun. La Dedicación del Arcángel san Miguel; san Benito y santa Gudelia, mr.
- 30 Mart. San Jerónimo, presb. y doctor; san Gregorio, ob., y santa Sofía, viuda.

Octubre.

- 1 Miérc. El santo Angel de la Guarda; san Remigio, ob. y conf., y san Severo.
- 2 Juev. Los santos Angeles Custodios, san Olegario, ob. y mr., y san Saturio.
- 3 Vier. Santos Cándido y Dionisio, mrs.; san Maximiano, ob., y san Gerardo, abad.
- 4 Sáb. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores, y santa Aurea.
- 5 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Plácido y comps., mrs., y san Apolinar.
- 6 Lun. San Bruno, fundador de los Cartujos; san Román, ob., y santa Fe, mártir.
- 7 Mart. San Marcos, papa; santos Sergio, Baco y Marcelo, mrs., y santa Julia.
- 8 Miérc. Santa Brígida, viuda y fundadora, y santa Pelagia, penitente.
- 9 Juev. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 Vier. San Francisco de Borja, Nuestra Señora del Remedio y san Luis Beltrán.
- 11 Sáb. San Fermín y san Nicasio, obispos, y san Germán, ob. y mr.
- 12 Dom. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y san Eustaquio, presb. y conf.
- 13 Lun. San Eduardo, rey de Inglaterra, y san Venancio, abad y conf.
- 14 Mart. Santos Calixto, papa, y Gaudencio, ob., mrs., y santa Fortunata, vg. y mr.
- 15 Miérc. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de las Carmelitas Descalzas.
- 16 Juev. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Vier. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.
- 18 Sáb. San Lucas, evangelista, y san Justo, mr.
- 19 Dom. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria, y santa Pelagia, vg. y mr.
- 20 Lun. San Juan Cancio, presb., y santa Irene, virgen y mr.
- 21 Mart. San Hilarión, abad, y santa Ursula y compañeros, mrs.
- 22 Miérc. Santa Salomé, viuda, y las santas Nunilo y Alodia, virgen, mrs.
- 23 Juev. Santos Pedro Pascual, ob. y mr., Juan Capistrano, Servando y Germán.
- 24 Vier. Santos Rafael, arcángel, y Bernardo Calvo.—*Cumpleaños de S. M. la Reina.*
- 25 Sáb. San Crisanto y santa Daria, santos Crispín y Crispiniano, todos mártires.
- 26 Dom. San Evaristo, papa y mr., y santos Luciano, Marciano y Valentin, mrs.
- 27 Lun. San Vicente y santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs., y san Florencio, mr.
- 28 Mart. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles, y san Fidel, mr.
- 29 Miérc. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mr.
- 30 Juev. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs.
- 31 Vier. San Quintín, mr., y la conmemoración de la batalla del Salado.—*Ayuno.*



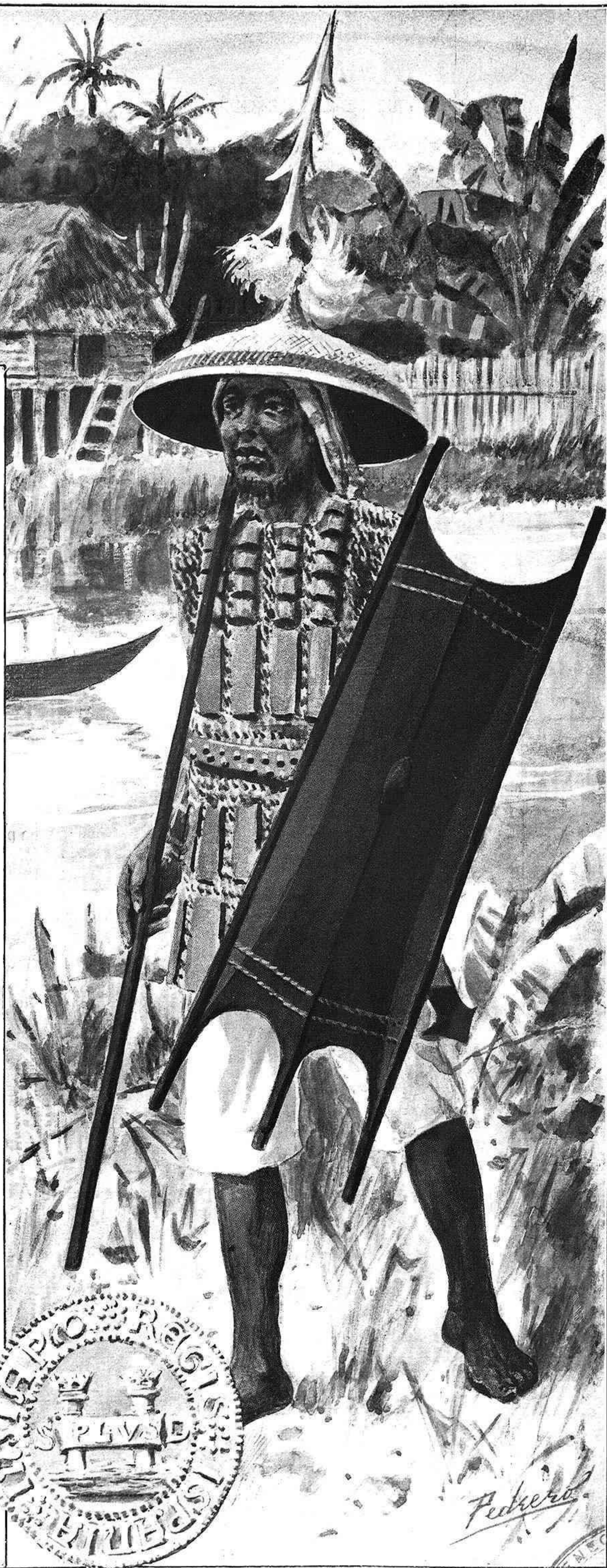
F. de Federico

Noviembre.

- 1 Sáb. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Dom. Santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Lun. La Conmemoración de los Fieles difuntos, los Innumerables mártires de Zaragoza y san Ermengol, ob.
- 4 Mart. San Carlos Borromeo, arz., y san Vidal, mrs.
- 5 Miérc. San Zacarias, prof., y santa Isabel, padres de San Juan Bautista.
- 6 Juev. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Vier. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Sáb. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora y la Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma.
- 10 Lun. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Mart. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Miérc. San Martín, papa y mr., y san Diego de Alcalá.
- 13 Juev. San Eugenio III, arz. de Toledo, y san Estanislao de Kostka.
- 14 Vier. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obispos.
- 15 Sáb. San Eugenio I, arz. de Toledo, y san Leopoldo, conf.
- 16 Dom. San Rufino y compañeros, mrs., y santa Inés de Asís, vg.
- 17 Lun. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Mart. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, y santos Máximo y Román.
- 19 Miérc. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Juev. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, y san Edmundo, rey de Inglaterra, mr.
- 21 Vier. La Presentación de Nuestra Señora, y san Rufo, mr.
- 22 Sáb. Santa Cecilia, virgen y mr., y santos Marco y Esteban, mrs.
- 23 Dom. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Lun. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr.; santas Flora y María, vírgenes y mrs., de Córdoba.
- 25 Mart. Santa Catalina, virgen y mr., y san Moisés, presb. y mr.
- 26 Miérc. Los Desposorios de Nuestra Señora.
- 27 Juev. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Vier. San Gregorio III, papa, y san Esteban el Mozo, mr.
- 29 Sáb. San Saturnino, ob. y mr., y santa Iluminada, virgen.—*Cierran las velaciones.*
- 30 Dom. *I de Adviento*. San Andrés, apóstol, y san Cástulo, mr.

Diciembre.

- 1 Lun. Santa Natalia, viuda, y san Lucio, mr.
- 2 Mart. Santa Bibiana, virgen y mr., y san Pedro Crisólogo, ob.
- 3 Miérc. San Francisco Javier, conf., y san Claudio, mr.
- 4 Juev. Santa Bárbara, vg. y mr., y el beato Francisco Gálvez, mr.
- 5 Vier. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.—*Ayuno.*
- 6 Sáb. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.—*Ayuno.*
- 7 Dom. *II de Adviento*. San Ambrosio, ob. y doctor.
- 8 Lun. *Fiesta*. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Mart. Santa Leocadia, virgen y mr., patrona de Toledo.
- 10 Miérc. La Traslación de la Santa Casa de Loreto.
- 11 Juev. San Dámaso, papa, y san Sabino, ob.
- 12 Vier. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico; san Hermógenes, y san Donato y compañeros, mrs.—*Ayuno.*
- 13 Sáb. Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Juan de Marinoni, confesor.—*Ayuno.*
- 14 Dom. *III de Adviento*. San Nicasio, ob. y mr.
- 15 Lun. San Eusebio de Verceli, ob. y mr.
- 16 Mart. San Valentín y compañeros, mrs.
- 17 Miérc. San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, conf., y santa Olímpia ú Olimpiades, viuda.—*Tempora.*—*Ayuno.*
- 18 Juev. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O).
- 19 Vier. San Nemesio, mr., y san Timoteo, diácono.—*Tempora.*—*Ayuno.*
- 20 Sáb. Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mr.—*Tempora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 21 Dom. *IV de Adviento*. Santo Tomás, apóstol.
- 22 Lun. San Demetrio y compañeros, mrs., y san Flaviano, mr.
- 23 Mart. Santa Victoria, virgen y mr., y san Servaldo.—*Días de Su Majestad la Reina.*
- 24 Miérc. San Gregorio, presb. y mr.; san Delfín, ob., y santa Tar-sila.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 25 Juev. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia, y 270 compañeros, mrs.
- 26 Vier. San Esteban, protomártir, y san Marino, senador, mr.
- 27 Sáb. San Juan, apóstol y evangelista, y san Teodoro.
- 28 Dom. Los Santos Inocentes y san Eutiquio, presb., mrs.
- 29 Lun. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr., y san David, prof.
- 30 Mart. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol.
- 31 Miérc. San Silvestre, papa y conf., y santa Columba, vg. y mr.



Federico

CONSTITUCIÓN Y EVOLUCIÓN DE LOS MUNDOS

La Vía Láctea.—Las nebulosas en general.

Lo que llamamos *Vía Láctea*, ó vulgarmente *Camino de Santiago*, y que en las noches despejadas y sin luna aparece en la bóveda celeste como una faja irregular de aspecto nebuloso y con un tenue resplandor blanquecino, se resuelve casi en su totalidad, si se observa con poderosos instrumentos ópticos, en una prodigiosa multitud de puntitos luminosos separados unos de otros, es decir, en estrellas independientes.

Lo que ocurre, pues, es que estas estrellas son tantas y se hallan tan lejanas, que miradas á simple vista, nos dan tan sólo una impresión de conjunto, apareciendo como un conglomerado nebuloso dotado de una luz palidísima.

Pero en otras regiones del firmamento se observan también algunas nebulosidades semejantes, igualmente provistas de un fulgor lechoso apenas perceptible. Simón Marius llamó, en 1612, la atención hacia la inmensa nebulosa de Andrómeda, cuyo aspecto le sugirió la comparación, muy expresiva, de una llama de bujía vista á través de una hoja de cuerno. Esta nebulosidad, observada durante muchos años sucesivos, vióse que permanecía absolutamente inmóvil con relación á las estrellas que se destacan en las regiones próximas de la bóveda celeste. No era, pues, un meteoro, ni un cometa, ni un planeta. Á lo que más se parece, aunque con resplandor y *densidad* más tenues, es á ciertas porciones de la *Vía Láctea*.

Algo más tarde, en 1656, Huygens descubrió, en la constelación Orión, otra masa semejante, más brillante, más extensa, pero cuya forma no pudo caracterizar.

En el curso del siglo XVIII, se fueron vislumbrando en distintas regiones del cielo otras nebulosidades análogas, y algunas de ellas sometidas á más detenida observación con los mejores y más potentes instrumentos que se iban construyendo; se vió que estaban constituidas, como la *Vía Láctea*, por conglomerados de estrellas.

Á fines del mismo siglo se realizó en Inglaterra un progreso importantísimo en los medios de observación.

El músico Guillermo Herschel consiguió, en los ratos que su profesión le dejaba libres, pulimentar reflectores ó espejos para telescopios, mucho mayores y más perfectos que todos los construídos hasta entonces. Cuando los telescopios provistos de tan poderosos instrumentos se dirigieron hacia el cielo, en su campo visual aparecieron las nebulosas con una abundancia inesperada. Herschel, asombrado, dedicóse con perseverancia á investigar el firmamento en busca de nebulosas y, sin abandonar otras observaciones astronómicas interesantes, consiguió, ayudado por su hermana Carolina, descubrir y catalogar, desde 1786 hasta 1802, hasta dos mil quinientas nebulosas, muchas de las cuales, estudiadas con mayores aumentos, se resolvían en estrellas.

Herschel, generalizando, llegó á creer que esto mismo debía ocurrir con todas, esto es, que toda nebulosidad de tal clase, por imperceptible que pareciese, llegaría, para un observador mejor colocado ó dotado de más poderosos medios de investigación, á resolverse en estrellas, constituyendo su conglomerado un mundo estelar, tan extenso y tan rico en astros como el que inmediatamente nos rodea y que aparece á nuestra vista constituyendo la *Vía Láctea*.

La obra realizada por Guillermo Herschel en el hemisferio Septentrional fué completada en el Austral por su hijo Juan, quien hizo transportar al Cabo de Buena Esperanza uno de los mejores telescopios construídos por su padre.

Observando bajo un cielo más transparente que el de Inglaterra, las investigaciones del hijo fueron aun más fructíferas que las del padre, de suerte que en un recuento general, hecho en 1864, figuraban las posiciones de cinco mil setenta y nueve nebulosas. Muy pocas de éstas, reconocidas como de algún interés, han escapado á las investigaciones de los dos Herschel.

Diferentes clases de nebulosas.

Posteriormente, y auxiliada la astronomía con la fotografía, con el análisis espectral y con los poderosos instrumentos propiamente ópticos de que hoy dispone, se ha podido hacer de las nebulosas un estudio más profundo, merced al cual se ha apreciado que existen nebulosas de varias categorías.

Hay nebulosas que no se resuelven en estrellas, y no, como opinaba Guillermo Herschel, por su extremada lejanía y por deficiencias en nuestros medios de observación, sino por la manera particular de estar constituidas.

Estas *nebulosas no resolubles* son masas gaseosas de una luminosidad muy débil. En todas ellas el espectroscopio indica la presencia del hidrógeno y del helio, pero en un estado diferente de aquel en que los conocemos aquí en la Tierra. Aparece además un gas desconocido que se ha denominado *Nebulium*, y que, efectivamente, caracteriza dichas nebulosas. Es probablemente más ligero que el hidrógeno y que el helio.

Estas masas gaseosas que constituyen las nebulosas no resolubles se van transformando progresivamente, manifestando primero una tendencia á condensarse. Este primer estado de transformación se halla representado por la bellísima nebulosa de Orión.

Existen algunas en las que la masa central aparece ya más condensada y muestran, por lo tanto, un estado de evolución más avanzado.

Hay otras, también no resolubles, que, sin embargo, parece que presentan en su masa puntos más luminosos que el resto. Se las llama *nebulosas planetarias* y son ejemplo de ellas las de las Hidras y la de Sagitario.

Continuando en otras nebulosas la condensación, el núcleo central va manifestándose más preponderante, la atmósfera exterior se reduce y aparecen las *estrellas nebulosas*.

El paso de las nebulosas planetarias á las estrellas nebulosas se hace de un modo gradual y casi insensible, presentando en el cielo ejemplos de los estados intermedios.

Se conocen unas sesenta estrellas nebulosas bien caracterizadas. Son, en general, de débil brillo y examinadas con el espectroscopio dan un espectro que puede llamarse doble. Las rayas negras de absorción que cortan el espectro continuo van acompañadas de rayas brillantes, á veces muy marcadas y muy intensas. Las primeras son debidas al núcleo central, las segundas á la atmósfera exterior incandescente y muestran que la estrella nebulosa está formada principalmente de hidrógeno, de helio y también de *nebulium*. En algunos casos se advierte que esta atmósfera persiste largo tiempo después que el astro ha tomado, visto con los instrumentos ordinarios, la apariencia de una estrella propiamente tal ó completamente formada.

Las nebulosas espirales.

Pero, además de todas las nebulosas mencionadas y que tienen el carácter común de presentar un espectro con la raya verde particular correspondiente al *nebulium*, por cuya razón se suelen comprender todas ellas bajo la denominación general de *nebulosas verdes*, existen otras que forman grupo aparte.

En 1850 el astrónomo lord Rosse dió á conocer la existencia de una serie de nebulosas que presentan, con un núcleo central bien marcado, varias capas ó cubiertas sucesivas, no concéntricas sino formando espiral. Observadas más detenidamente, se ve que la tenue masa que, al parecer, las constituye forma como surtidores que, partiendo del núcleo central siguen primero la dirección del radio vector y se encorvan después en el mismo sentido todas ellas.

Atendiendo á esta estructura particular se ha denominado á las nebulosas de este tipo, *nebulosas espirales*.

Aparte de las complicaciones que en su estructura han revelado las fotografías tomadas de estas nebulosas y las observaciones hechas sobre ellas con los potentes instrumentos modernos, el espectroscopio ha descubierto en ellas un carácter que las aparta por completo de las demás nebulosas, á saber: todas las nebulosas espirales presentan una luz blanca que, al pasar por el prisma del espectroscopio se transforma en un espectro continuo, de donde resulta que ni una sola de todas las nebulosas que presentan una estructura espiral, bien marcada, entra en la categoría de las nebulosas verdes, ó que contienen el elemento desconocido á que se ha denominado *nebulium*.

De esto y de otros caracteres que el estudio minucioso de estas nebulosas ha puesto de manifiesto, se deduce que la constitución de todas estas nebulosas espirales es completamente distinta de las que forman los

demás grupos de nebulosas que antes quedan enumerados ó sea de las nebulosas verdes.

En efecto: estas nebulosas espirales están formadas por una inmensa aglomeración de estrellas que, por efecto de la enorme distancia á que se encuentran, aparecen como fundidas unas en otras, dando la impresión de una masa vaporosa dotada de una tenuísima luz que la hace perceptible. En suma: que estas nebulosas espirales vienen á ser conglomerados de estrellas semejantes al que constituye nuestra Vía Láctea, ó de otro modo, que la Vía Láctea, formada por la agrupación de estrellas á que pertenece nuestro Sol con su cortejo de planetas y satélites, es también una nebulosa espiral, puesto que en ciertos sitios se divide en varias ramas, cuya dirección, por un efecto de perspectiva, no se distingue bien claramente. Puede, pues decirse, que las nebulosas espirales son otras tantas vías lácteas distintas, muy alejadas de la nuestra y que según sus posiciones respectivas con relación á la Tierra, unas veces son visibles de frente, otras de costado y muchas bajo ángulos intermedios; lo cual explica que, á pesar de la analogía de su constitución en espiral, presenten, comparándolas unas con otras, aspectos muy distintos.

De todos modos, como consecuencia de todos los estudios hechos acerca de las referidas nebulosas espirales, se admite que sus elementos son estrellas, y refiriéndose á la gran nebulosa de Andrómeda, que es la más brillante de todas las de esta clase, se puede añadir que las estrellas que forman la mayoría de su porción central son, en su mayoría, del tipo solar, es decir, estrellas de constitución análoga al Sol, centro de nuestro sistema planetario.

Hasta hace diez ó doce años se consideraba que el número de nebulosas espirales era escasísimo; pero habiendo emprendido el astrónomo Keeler, á partir del año 1900, la tarea de catalogar las nebulosas más notables aunque fuesen de tipos diferentes, llegó, operando desde el Observatorio Lick, en California, á obtener los resultados siguientes:

Muchas nebulosas, clasificadas como globulares, anulares ó fusiformes, adquieren, en pruebas fotográficas tomadas con cuidados especiales, el aspecto de torbellinos que caracteriza las nebulosas espirales.

Y siempre que por exposiciones suficientemente prolongadas se trata de fotografiar una de estas nebulosas espirales se descubre la existencia de otras nebulosas análogas, es decir, que el número de nebulosas espirales es mucho mayor del que se había supuesto y probablemente ellas constituyen la mayoría de las nebulosas.

Dimensiones de las nebulosas espirales.

Distancias que separan unas de otras.

Ahora bien, admitiendo que las nebulosas espirales son otras tantas vías lácteas semejantes á la nuestra en su constitución, se puede admitir también que aproximadamente sus dimensiones serán del mismo orden que las de nuestra Vía Láctea y partiendo de esta hipótesis se puede calcular cuáles son las distancias que respectivamente las separan de nosotros, suponiendo que



las que presenten un diámetro aparente mayor estarán más próximas y las de diámetro aparente más reducido se hallarán más lejanas.

Para el cálculo de las dimensiones de dichas nebulosas espirales se necesita el conocimiento previo de las dimensiones de nuestra Vía Láctea, que es la que ha de servir de escala. Para ello sirve de fundamento el hecho de que hay astros situados en el interior de la Vía Láctea, es decir, formando parte de la nebulosa espiral á que pertenecemos, cuya paralaje se ha podido determinar. Por ejemplo, la estrella nueva de Perseo tiene una paralaje de un centésimo de segundo, lo cual supone que se encuentra á una distancia veinte millones de veces mayor que la que separa la Tierra del Sol. Por consiguiente, la luz procedente de dicha estrella, á la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, emplea trescientos años en recorrer la distancia existente entre la referida estrella y nuestro globo terrestre. Pero esta distancia es solamente una porción de nuestra Vía Láctea; de suerte que para que la luz recorra el trayecto que media entre dos extremos de dicha Vía Láctea, verosímilmente se necesita que transcurra más de un millar de años.

Esta es, pues, la unidad elegida para determinar la extensión de las nebulosas espirales, el *millar de años-luz*, ó sea la distancia recorrida por la luz en mil años, con la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo.

Operando de esta manera, se ha encontrado, que una de las nebulosas espirales más cercanas á la Tierra tiene un diámetro linear de mil cien años-luz, y que su distancia á nuestro globo es de treinta y tres mil años-luz. La nebulosa espiral más lejana aparece con un diámetro linear de mil trescientos años-luz, hallándose de la Tierra á una distancia tal, que la luz emitida por la referida nebulosa ha tenido, para franquearla, que emplear quinientos setenta y ocho mil años.

De esto se deduce que, la referida nebulosa lleva ya de existencia más de medio millón de años, y que aunque la veamos ahora no podemos asegurar su existencia actual porque la luz que de ella recibimos en estos momentos salió de dicha nebulosa hace más de medio millón de años y en período tan inmenso no sabemos los cambios que en ella han podido ocurrir, ni si ha desaparecido por completo.

Además resulta también de las mencionadas distancias, que entre esas nebulosas tan lejanas y nuestra Vía Láctea hay espacio suficiente para que pudieran alojarse decenas y aun centenares de vías lácteas ó nebulosas espirales de magnitudes semejantes y unas á continuación de otras, lo cual da una idea de la asombrosa inmensidad de los espacios celestes.

Cada nebulosa espiral es un universo.

Su constitución.

En resumen: los datos que suministra la observación, manifiestan que existen dos grupos muy diferentes de nebulosas; unas, total ó parcialmente gaseosas, que constituyen ó masas que han de servir para formar estrellas

ó estrellas en diferente grado de formación; y otras, compuestas casi en su totalidad de estrellas ya formadas.

Las nebulosas de este segundo grupo son las llamadas espirales, y nuestra Vía Láctea es una de ellas. Cada una de estas nebulosas espirales constituye, por decirlo así, un universo aparte, en el que existen, como ocurre en el nuestro, estrellas ya formadas, del tipo de nuestro Sol, estrellas en vía de formación y masas gaseosas sumamente enrarecidas que, en edades futuras y por condensación lenta y continua, han de producir estrellas nuevas.

Las nebulosas verdes, las nebulosas con *nebulium*, que han sido observadas y que corresponden ya á estrellas en formación ó estrellas nebulosas, ya á nebulosas planetarias, ya, en fin, á las masas sin núcleo ó en núcleo poco perceptible que entran en la última categoría antes mencionada, se hallan formando parte de nuestro Universo, ó sea dentro del campo de nuestra Vía Láctea. Las que pueden existir dentro del ámbito respectivo á cada una de las demás vías lácteas, de las otras nebulosas espirales, no las podemos percibir ó distinguir separadamente, englobadas como tienen que estar entre el conglomerado de la prodigiosa multitud de estrellas ya hechas que constituyen casi la totalidad de cada uno de estos Universos separados.

Y muy probablemente, cada una de estas estrellas completamente formadas, análogas á nuestro Sol, aunque con edades respectivas distintas, quiero decir, diferentemente avanzadas en los períodos de su propia existencia, son á su vez centros de otros tantos sistemas planetarios distintos, son otros tantos soles con su cortejo de planetas y satélites; y esto, lo mismo en la nebulosa esférica á que pertenecemos como en cada una de las demás vías lácteas que diseminadas por los espacios existen.

Así, la imaginación se abisma cuando trata de abarcar la infinitud de los mundos y se siente absorta é incapaz para apreciar tanta grandeza en toda su esplendente magnificencia.

La vida de las estrellas.

Distintos períodos que comprenden.

Queda por tratar un punto para completar un cuadro tan respetuoso. Una vez formadas las estrellas ó soles, ¿qué duración tienen?; ¿cuál es su vida?; ¿por qué fases van pasando?

Desde luego puede decirse que la vida de una estrella es tan enormemente larga, que ni un hombre ni varias generaciones sucesivas de ellos pueden seguir las transformaciones que vaya experimentando un mismo astro. Pero los millones de estrellas que nos rodean y que componen nuestra Vía Láctea, no han nacido todas al mismo tiempo; de tal suerte que, en un momento dado, puede un astrónomo, observando atentamente el cielo, encontrar estrellas en todos los estados de evolución que una estrella tipo presentará sucesivamente, y reconstituir así la historia de cada uno de estos astros.

Lo característico de esta evolución, á partir del estado

de *estrella nebulosa*, es que la composición del astro va complicándose más y más. Á los gases desconocidos más ligeros que el hidrógeno, pero que presentan alguna analogía con éste, sigue después, como formando parte de la constitución de las estrellas, el hidrógeno propiamente tal, el helio, el calcio, el sodio y el magnesio. Esta fase se halla representada por las estrellas azules y blanquecinas, tales como *Sirio* y *Vega*, las estrellas blancas *beta* y *epsilon* de la constelación Orion, el *alfa* del Cisne y la *gamma* de Andrómeda.

Después de esta fase sigue otra en la que las rayas brillantes desaparecen por completo en el efectivo correspondiente. Cuando llegan á este período, la atmósfera exterior se ha reunido casi totalmente á la masa central. Al mismo tiempo, el número de rayas finas del espectro, llamadas rayas metálicas, y muchas de las cuales son debidas al hierro, aumenta considerablemente. El espectro es, pues, casi idéntico al que da nuestro Sol. Esta composición se caracteriza por el color amarillo, análogo al del Sol, que ofrecen á simple vista las estrellas que se hallan en esta fase; lo cual indica que se encuentran próximamente en el mismo estado de su evolución que el astro central de nuestro sistema planetario. Entre las estrellas de este tipo, merecen ser citadas cuatro: *Sol*, *Aldebaran*, *Arturo*, la *Polar*, el *alfa* del Cochero y el *alfa* de la Osa Mayor. Este es el período de la formación del hierro.

Aumentando progresivamente, después de este período, la complicación en la constitución química de las estrellas, las rayas del espectro correlativo aparecen más fuertes y más anchas, formando verdaderas bandas de absorción muy negras, que se superponen al espectro de rayas finas y que hacen desaparecer, á trechos, el espectro continuo. La presencia de estas bandas de absorción es característica de ciertas combinaciones químicas; en este caso, tales bandas son idénticas á las que dan, en el arco voltaico, el titano, su óxido ó su cloruro. Este período estelar corresponde, pues, á la formación del titano. En esta fase se encuentran las estrellas, *alfa* de Orion, *alfa* de Hércules, y las llamadas *Algol* y *Antares*.

Continuando el trabajo de condensación estelar, el espectro va también variando. Presenta, entonces, muy pocas líneas finas correspondientes á vapores metálicos y de brillo tan débil que apenas se los puede distinguir; pero contiene, en cambio, numerosas bandas de absorción diferentes de las que se observan en los espectros correspondientes al período anterior. Estas nuevas bandas de absorción corresponden, ya á los compuestos hidrogenados de carbono, ya á los del cianógeno. Este es el período de formación del carbono y sus compuestos.

El color de las estrellas que se encuentran en esta fase es rojo, amarillento ó francamente rojizo. La presencia del hidrógeno, del helio y del calcio, en estos astros, es ya muy dudosa, y en algunas no se advierte indicio alguno de los expresados cuerpos. Se han catalogado doscientas cincuenta estrellas correspondientes á este tipo, y de ellas solamente siete pasan de la sexta magnitud, siendo las más notables la *ro* de Perseo, la *19* de los Peces y la *U* de la Hidra.

Muerte y renacimiento de las estrellas.

Á partir de este período, las estrellas avanzan lenta y progresivamente hacia su extinción final, como si dijéramos hacia su enfriamiento y muerte.

En la inmensidad de los cielos circulan una multitud de estos astros apagados y fríos, moviéndose en todas direcciones con velocidades considerables, que llegan á veces á centenares de kilómetros por segundo.

Sin embargo, algunas estrellas, después de extinguidas, vuelven á renacer, esto es, á recobrar nueva existencia. Véase cómo.

Acontece á veces que dos de estos astros muertos, siguiendo su curso respectivo, se aproximan tanto que, por consecuencia de la gravitación que entre ellos se ejerce, cae el uno sobre el otro, formando un solo cuerpo. La enorme cantidad de calor que por consecuencia de este choque se produce los transforma completamente, y en lugar de dos cuerpos fríos y oscuros resultan dos masas luminosas: la una de apariencia estelar, pero sin tener la verdadera constitución de una estrella y presentándose primero muy brillante, pero enfriándose y apagándose rápidamente hasta quedar casi invisible; la otra formando una nebulosidad de aspecto semejante á una nebulosa planetaria, y siendo en rigor una nebulosa en período anterior, con la raya verde característica del *nebulium*, nebulosa que en la serie de los tiempos, y pasando por las sucesivas fases que ya quedan reseñadas, llegará á ser una estrella propiamente dicha y más ó menos brillante.

Así se reproduce ó renueva el ciclo de existencia y evolución de los soles.

Cómo se forman los planetas.

Y los planetas que forman el séquito de los soles, ¿cómo se forman?

Cuando, por consecuencia de la condensación continua de la atmósfera que rodea la porción concentrada central de la nebulosa verde primitiva, las zonas ecuatoriales superficiales han adquirido una velocidad de rotación tal que la fuerza centrífuga resultante contrarreste primero y venga venciendo después á la acción de la gravedad, dichas zonas ecuatoriales superficiales se separan del conjunto, formando una serie de anillos cuya estabilidad disminuye á medida que su densidad va aumentando á causa de la contracción progresiva de su propia masa. Cada uno de estos anillos no tarda en subdividirse en porciones independientes, que circulan alrededor del núcleo central y con arreglo á las leyes de Kesler.

Al mismo tiempo la zona atmosférica exterior de la nebulosa madre continúa contrayéndose y su velocidad de rotación aumentando, con lo cual se reproduce el fenómeno de la separación de otra porción de la referida zona, porción que pasa por las mismas fases que la anteriormente desprendida, y así sigue ocurriendo hasta que la atmósfera de la nebulosa verde esté tan reducida que no dé ocasión á nuevos desprendimientos, quedando convertida en sol ó estrella propiamente tal.

Las nebulosas secundarias desprendidas en forma de

anillo y conglomeradas después en forma esferoidal, girando cada una de ellas independientemente alrededor de la masa central de donde proceden, tienen al principio la misma constitución que las zonas ecuatoriales superficiales que las han dado origen, pero siempre una masa relativamente pequeña comparada con la masa central de donde provienen; por consiguiente, su evolución será mucho más rápida que esta última y podrá llegar á una solidificación superficial cuando el astro central sea todavía una estrella brillante ó sea dotada de luz propia.

Así se forman los planetas que forman el cortejo de nuestro sol, y así se han originado y se originarán los que se hayan destacado y sucesivamente se destaquen de cada una de las estrellas ó soles que pueblan el firmamento.

Resumen final.

Constitución del Universo.

De todo lo que queda expuesto resulta bien claro el concepto que de la constitución del Universo da la Astronomía moderna.

Nuestro sol, con su séquito de planetas, satélites y cometas, forma parte de una primera aglomeración de estrellas, que son las que más brillan, destacándose en la bóveda celeste. Este conjunto de estrellas está rodeado hasta una distancia considerable por una zona inmensa poblada de muchos millones de estrellas y que constituye la Vía Láctea, que no es más que una nebulosa espiral.

Cada nebulosa espiral es, á su vez, una vía láctea tan rica en estrellas y tan extensa como la nuestra, y todas, vistas desde el punto exterior en que con respecto á ellas estamos colocados, presentan un diámetro aparente, cuya extensión depende de la distancia que de esas nebulosas espirales nos separa.

Se conocen las dimensiones de nuestro sistema planetario: pasan de mil millones de leguas. Estas dimensiones son casi nulas comparadas con las distancias que median entre nuestro sol y las estrellas que podemos distinguir á simple vista. Estas distancias son, á su vez, insignificantes con relación al diámetro de la Vía Láctea, y este diámetro es aún sumamente pequeño si se compara con las distancias que separan unas nebulosas espirales de otras y la *nuestra* de cada una de ellas.

Se ha tenido que tomar como unidad para medir estas distancias prodigiosas el *millar de años luz*, es decir, el espacio recorrido por la luz durante mil años, caminando con una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

Son necesarios más de tres años para que la luz de la estrella más próxima llegue hasta nosotros; precisa que transcurran muchos siglos para que esa misma luz atraviese nuestra Vía Láctea y miles de siglos para marchar de una nebulosa á otra.

Hay nebulosa espiral cuya luz ha tardado en llegar hasta nosotros más de medio millón de años.

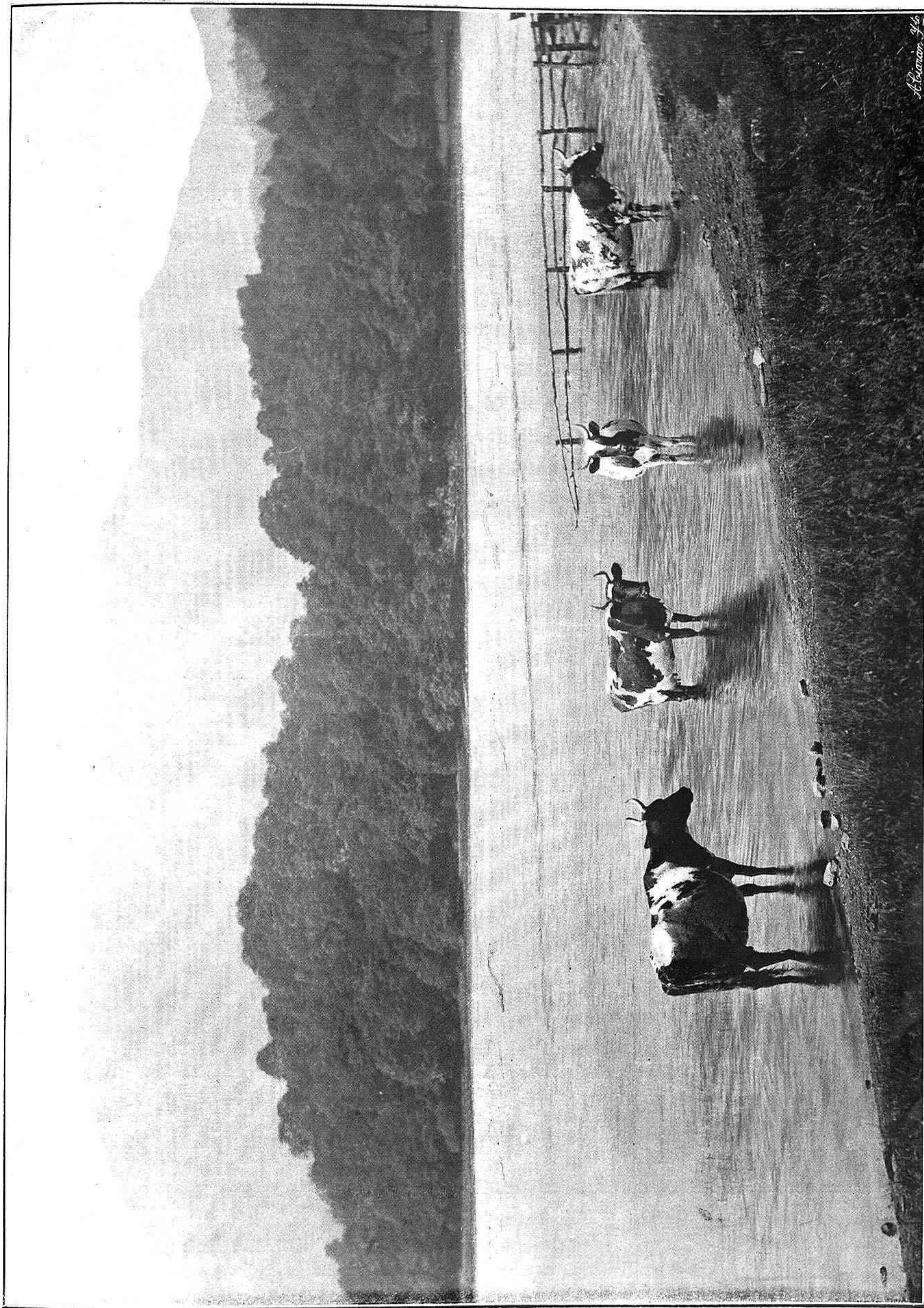
De suerte que los rayos luminosos, esas corrientes de velocidad tan vertiginosa, no nos traen, según decía Arago, sino la historia antiquísima de esos mundos tan lejanos.

VICENTE VERA.



LÍQUIDOS Y SÓLIDOS

por Heileman.

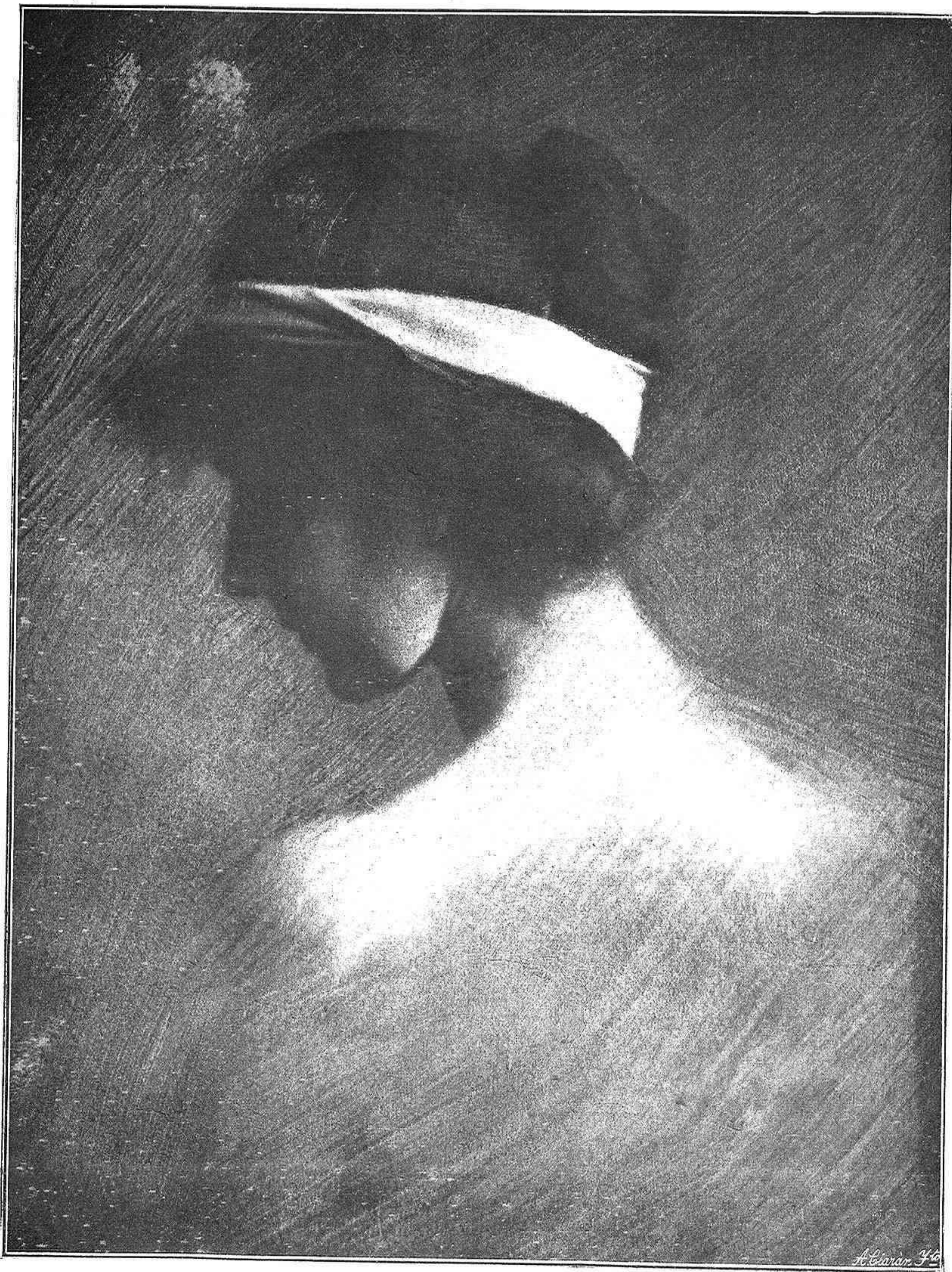


Atkinson 9/16

PAISAJE



por Reid.



ESTUDIO

Fotografía del Sr. D. Carlos Íñigo y Gorostiza.

LA MAGA MODERNA

TEOLINDO fué Emperador de un Imperio sin nombre y sin lugar determinado hasta ahora en el Mapa Mundi.

Presúmese que no debía de estar lejos de España, porque las cosas que en él acontecían andaban cerca de las que acaecen en tierras españolas.

¿Y por qué se volvió loco el Emperador?

No lo merecía ciertamente. El Monarca era justo y benéfico por la gracia de Dios y la Constitución de 1812, únicas potencias, divina y humana, que han legislado sobre materia de virtudes nativas. Y era así por mandamiento de su constitución natural, que no por el candoroso precepto de aquella otra Constitución política de la cual nunca tuvo conocimiento, ni lo necesitó para guardarla y cumplirla en ese punto moral.

Hombre de conciencia, avaro de la hacienda pública, por lo mucho que la cuidaba, y pródigo de la propia en las necesidades comunes, desenamorado del Poder y enamorado de sus súbditos, Teolindo quería ser antes que gobernador gobernado de su pueblo, sin sentir por ello humillada su persona ni quebrado su cetro, instrumento que él comparaba con la batuta puesta en manos del director, no para romper el atril á palos desconcertados, sino para concertar la armonía y el compás de la orquesta. Lo cual le suscitaba frecuentemente la oposición de sus propios ministros, más celosos que él de la autoridad, porque el gusto y ostentación de usarla se muestran más en quien menos la ha poseído y la adquiere por acasos de fortuna.

Tal es la inclinación de los que están arriba, y tanta la fuerza vital del absolutismo, que cuando perece en los monarcas resucita en los ministros. Tiranía en aria ó tiranía en coro: esa ha sido y será la canción eterna de la sociedad política. Sus ministros querían persuadirle á la violencia, advirtiéndole que la bondad lleva de la mano á la flaqueza, y la flaqueza es vecina del desgobierno.

Teolindo prefería, sin embargo, pecar por blandura y, como el pío Emperador romano, no dormía si no se acostaba cada noche con una buena obra y con la lectura de un periódico que la alabara. Las letras de molde le bailaban ante los ojos, le zumbaban en los oídos y le perseguían en el lecho como enjambre de mosquitos desveladores.

Así como los posesos del demonio llevan el espíritu infernal entre las carnes, el Emperador era un poseso de dos diablillos que se le habían metido en el cerebro: el espíritu del acierto y el afán del elogio. No había llegado al arte perfecto de explotar la mina de plomo de la Imprenta, de la cual se

utilizan así las gangas como el metal. Ignoraba que la Prensa es buena hasta cuando es mala, y que quien busque notoriedad debe desear que los periódicos traten de él, aunque lo maltraten. Siempre empuja, sea tirando de la mano, sea á empellones. No se olvide que en la erección de toda estatua entra el granito por tanto como el barro, porque con barro amasado se juntan y afirman las piedras del cimiento.

Pero las santas intenciones del Emperador tropezaban en aquellas otras de que el infierno está empedrado. Y sucedía que la Prensa misma le desorientaba en lugar de guiarle como brújula de sus actos.

En cierta ocasión de festejos públicos, había de celebrarse, entre otros, una lucha de atletas á la manera romana. Pareció bárbara una diversión que podía costar sangre y aun muertes de seres humanos; la Prensa advirtió de ello al Emperador, y el Emperador prohibió el peligroso espectáculo. Afligido el empresario, se quejó de aquella para él ruinosa prohibición, alegando además que el juego de atletas fué antiguamente cosa común en los circos, y en lo moderno subsiste en tierras civilizadas. Movido á piedad el buen corazón de Teolindo consintió en permitir la barbaridad, siempre que la pidieran los periodistas que habían dictaminado en contra.

Persuadidos, ya por la compasión y el ruego, ya por la golosina de la entrada gratuita en el espectáculo, los periodistas se presentaron con la demanda al Emperador, quien accedió seguidamente á ella.

Teolindo, sin embargo, desconfiaba de sí propio y de su acierto antes que de la firmeza y sinceridad de convicciones que tan prontamente y tan de raíz se mudaban.

Engreída con su poder la Prensa, se metía en todo, y se metió de bruces en los fondos cenagosos de cierta pecunia que el Gobierno recaudaba, por vía de contribución, sobre juegos de azar.

El juego, ¿es delito? ¿Es vicio? ¿Es simple diversión, más ó menos cara, y menos ó más peligrosa? Es lo que definan á su capricho los códigos, las costumbres, las modas y... los jugadores, según les vaya en el juego.

«¿Adónde van á parar esos dineros?—decían los periódicos, á los cuales, por ser de oposición, les parecía el juego delito asqueroso.—¿Qué estómagos sin asco se alimentan con esa podredumbre? ¡Sébase! ¡Sébase!»

Súpose, en efecto, y con toda minuciosidad, porque el Emperador, para acallar maledicciones, mandó publicar en la *Gaceta* el empleo de tales gabelas, que no era otro sino el de socorrer así los hospitales necesitados.



—¡Osadía! ¡Impudencia! ¡Escándalo!— chilló al punto la Prensa.—¡Sacar á la luz el vicio! ¡Destapar la cloaca! ¡No debe, no puede conocerse ese cáncer, aunque exista y nos coma! ¡Impurificar así la santa caridad, vistiéndola con jirones del tapete verde!

Y el buen Teolindo se devanaba los sesos, sin entender ni contentar la versátil opinión, que á tales injusticias é inconsecuencias se arrojaba. El pueblo, lo mismo que su soberano, sentía la sugestión de la letra moldeada, que obraba imperiosamente sobre los espíritus. Dábanse notables casos de verdaderos embrujamientos. Recuérdase todavía la historia lamentable del alegre Arquelao, mozo tan inclinado á burlerías, que se burlaba de sí mismo. Por hacer reír á sus camaradas y hacer llorar á los chiquillos de la vecindad, dió en decir que estaba loco, y lo fingía á veces con tanto estudio y perfección, que lo parecía de verdad. Los amigos se enfadaban, no porque lo creyeran, sino porque el fingido loco les tomara por capaces de tan necia credulidad. Y en viéndolo, extraviados los ojos, descompuestos los ademanes, y más descompuestas las palabras, los rapazuelos huían de él con miedo.

Y Arquelao reía y reía de su gracia. De chico en chico y de calle en calle, llenó pronto el barrio la voz de que por él andaba suelto un loco. Del barrio pasó á la Prensa; y la Prensa, por adelantar las novedades, con lo cual suele retardar la verdad, dió por cierta la locura, interesante, porque se trataba de persona de viso.

—Arquelao se ha vuelto loco—exclamó á coro la ciudad.

—Tenía cosas muy extravagantes—decían unos.

—Yo bien me lo temía—contestaban otros.

En vano sus camaradas, sabedores del capricho de Arquelao, decían, para defenderlo, que todo era pura chanza.

—¡Sí, chanza! Leed los periódicos: esos lo saben de buena tinta.

—La tinta de imprenta: la indeleble.

—¡Pobre Arquelao! Su locura no tiene remedio—añadieron otros, siguiendo la progresión de las noticias, pequeñas cuando salen de una boca, crecidas é hinchadas después, como si se llevaran algo del volumen de todas las voces por donde van pasando.

Y, efectivamente, la locura no tuvo remedio desde que quedó decretada por Su Majestad la Prensa. ¡Aun los que conocían el origen de la noticia empezaron á dudar de su propio testimonio!

—Yo hablo con él diariamente, y le encuentro tan lúcido como antes.

—Yo le encontraba también; pero ya no le encuentro así.

—Pero si le vemos y le oímos.

—Pues le oímos y le vemos mal. No lo dudes. Lo dicen los periódicos.

Las gentes del barrio, que antes se reían de las burletas de Arquelao, le miraban ya con tristeza misericordiosa.

—¡Necios!—decía Arquelao.—¡No saben que yo mismo he inventado mi locura! ¡Lo que hace la aprensión!

Sí que hace estragos en los más fuertes; y tantos hizo en el alegre Arquelao, que viendo las caras de los amigos y leyendo las hojas de los periódicos, cayó en la huraña melancolía, avisadora de la demencia.

Y un día reflexionó: «¿Si estaré verdaderamente loco y la locura me habrá dado por creerme cuerdo y fingirme loco? Estos periódicos se informan de todo y de todos. Tienen comunicaciones subterráneas.»

Y otro día, después de mucho cavilar sobre aquella tema, la tema le ocupó el cerebro... y el pobre Arquelao, reía y reía con risa espantable que hacía llorar á los que le amaban: esa risa de los locos, resonancia que desciende á la boca como eco de la oquedad cerebral.

El negociante Jeremías (y vaya otro ejemplo) tenía interés en desacreditar á Isaac, otro negociante, su rival. Supónese cuál clase de interés le movía, tratándose de judíos. Jeremías murmuró primeramente de su enemigo, notándole de codicioso y sucio en sus tratos; pero aunque procuraba divulgar la mala nota, nadie le hacía caso. Isaac se burlaba de la inocentada. Como lo de la codicia no prosperase, Jeremías dirigió sus murmuraciones á la parte opuesta, propalando que si Isaac era codicioso en cuanto al dinero que ganaba, era pródigo en punto á gastarlo después de ganado.

El fausto de la casa, el lujo de sus hijas, los dispendios de su mesa, todo aquello en lo cual Isaac fundaba cabalmente su crédito de banquero fortunado, habían de ser, según Jeremías, motivo de desconfianza para la clientela cuyos negocios ó dineros manejaba Isaac. Y Jeremías iba de calle en calle y de tienda en tienda, vaticinando la ruina de su buen compañero y con ella la de sus clientes, con lamentaciones que remedaban las del patrono de su nombre sobre las ruinas de Jerusalén.

La proximidad del gran desastre comercial, pasó por todas las bocas y todos los oídos del vecindario: nadie la ignoraba, y, sin embargo, nadie se resolvía á retirar su confianza ni sus capitales de la banca amenazada. Isaac reía, y Jeremías, desesperado, intentó publicar la nueva en los periódicos, que se negaron á la pretensión, temerosos de las consecuencias de un agravio sin pruebas. Y entonces el judío ideó una verdadera judiada, que tal fué por lo mal intencionada y por lo mezquina. Imprimi-

mió un papel en forma de periódico, tirando, por la susodicha mezquindad, sólo dos ejemplares, para ahorrar el gasto de papel. En efecto, todo el mundo cuando leyó la noticia en el fingido periódico, la creyó á pie juntillas, y la clientela asedió la casa del banquero, el cual, no pudiendo pagar tantas imposiciones como le reclamaban, suspendió los pagos y llegó al descrédito efectivo. ¡Abrumador peso del plomo hecho letra! Por él, aquella levísima hoja de papel, que leyeron contadas personas y que moría poco después de nacer, pesó decisivamente en la credulidad, y la noticia pareció más pública y real que cuando la afirmaban todas las bocas y la oían todos los oídos. Andaba, ó mejor volaba, en las alas blanquinegras de un periódico, evangelio infalible de la fe popular. Son las alas y las plumas

del águila celeste que inspiró al Santo Evangelista.

¿Cuál es el desenlace de estos cuentos? Teolindo se volvió loco por querer ser bueno y no poderlo ser. Tomaba el camino derecho y le extraviaban las hojas de papel puestas á su paso. La locura le dió por permanecer día y noche inmóvil y como clavado en su trono, temiendo desacertar si echaba el pie derecho antes que el izquierdo, ó el izquierdo antes que el derecho.

Y el pueblo se volvió tonto por crédulo. Se acostumbró á pensar con cabeza ajena, y la falta de ejercicio propio le atrofió el pensamiento.

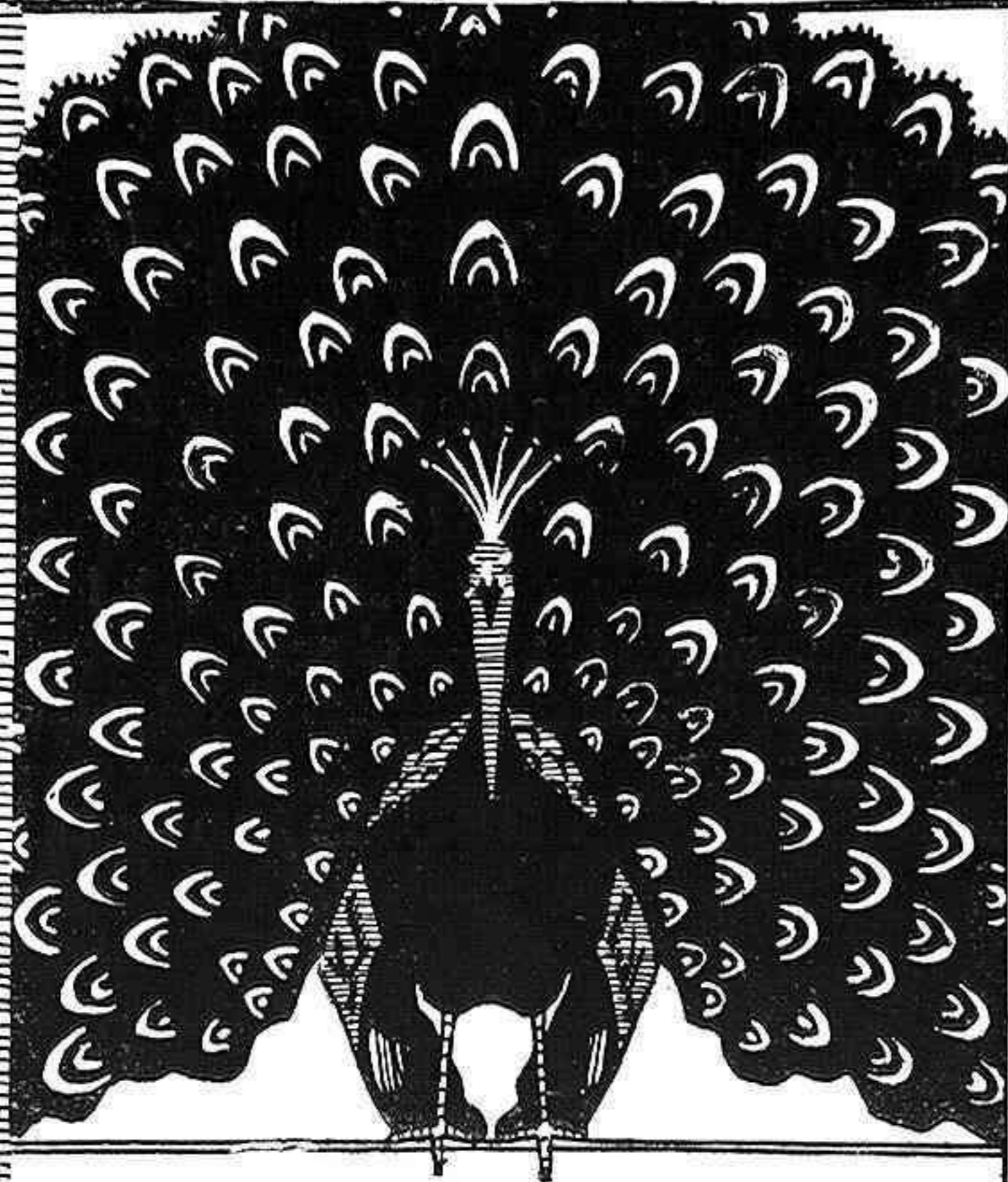
Fueron dos embrujamientos debidos á la maga moderna.

EUGENIO SELLÉS.



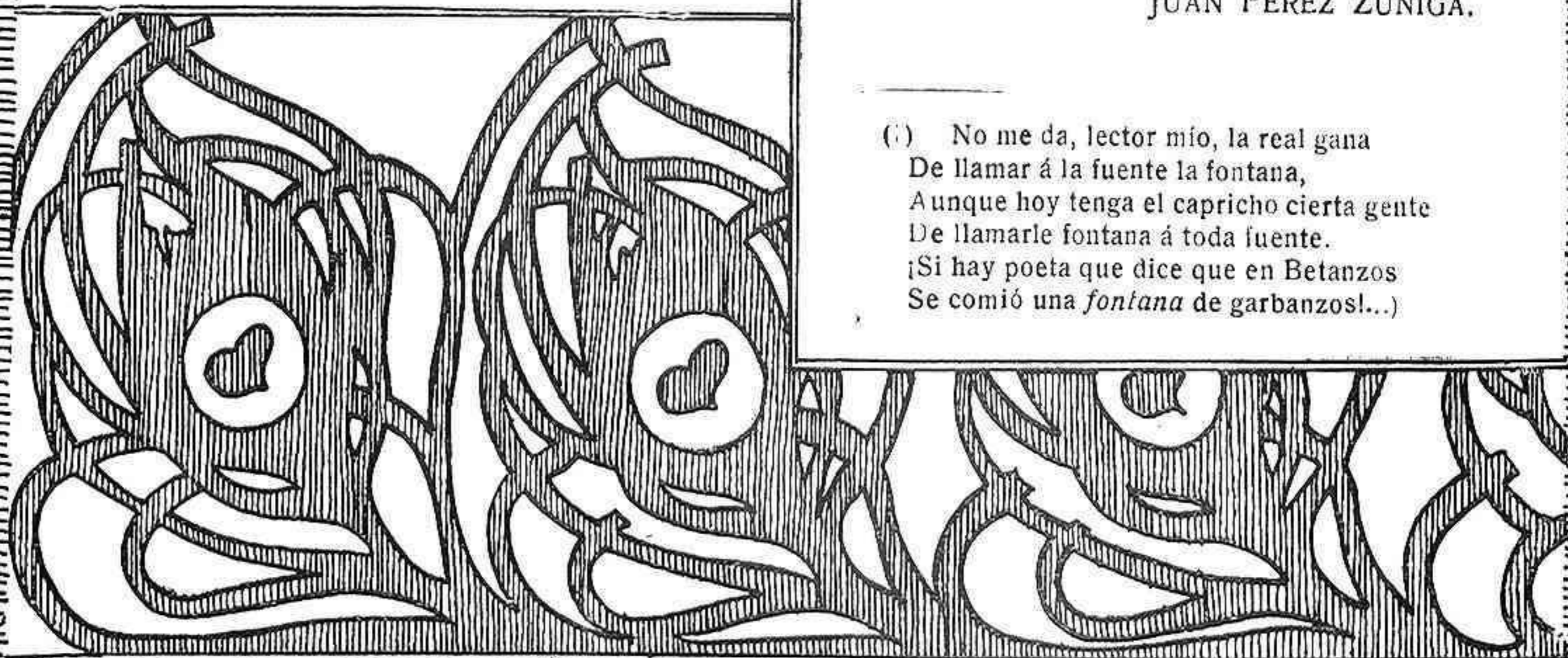
CACHARRERAS SEVILANAS

Cuadro de Vila y Prades.



A un pavo real.

PURA del Castañar, hermosa dama,
Viuda de un adalid republicano
Cuya vida feliz acabó en drama;
Bella dama que á nadie da su mano,
Y es dueña de un jardín lleno de flores,
Y adora á un pavo real que tiene preso,
Temiendo que le empañen los colores,
Allá en la soledad del bosque espeso,
Me llama, por capricho incomprensible,
Y en forma delicada y apacible
Me pide unas estrofas para el pavo
Que serías han de ser de cabo á rabo.
Y aquí de mi conflicto y de mi duda,
¿Qué le digo yo al pavo de la viuda?...
En fin, voy á probar y á darme pisto
Cantando á un pavo real que nunca he visto.



¡Oh, pavo, que en las plumas de tu cola
Combinas los matices azulados
Y al tieso penachito de tu *chola*
Imprimes movimientos agraciados!
Tú que arrastras las plumas por el suelo
Y en ropaje aventajas al mochuelo;
Tú que libas el líquido abundoso
De la fuente del parque misterioso (1);
Tú que tienes cantando más valía
Que las tipples del Real, de frescas bocas,
Porque graznas con gran monotonía,
Pero nunca en tus cantos te equivocas;
Tú que, rey de las aves, has podido
Tal surtido reunir de tornasoles...
(Y esto no negarás, lector querido,
Que es una invocación de tres bemoles);
Tú, en fin, pavo gentil, cuya manía
De andarte por las ramas es notoria,
Mas puédete servir de vanagloria
Que oyéndote chillar día tras día
Te quiera mucho más que á un sér humano
La viuda de un varón republicano,
Aun siendo pavo *real*... (cosa chocante);
Di, ¿quién podrá saber lo que valdría
Tu sér envanecido y arrogante,
Si luego de ostentar tu gallardía
(Que envidia el puerco-espín y admira el

[hombre),

Orlado de cebolla y de canela
Pudiesen trasladarte á la cazuela
Como hacen con los otros de tu nombre?...

.....
Nada más se me ocurre sobre el pavo.
Del conflicto he salido al fin y al cabo.
¡Queda, pues, complacida esa señora
Á quien hoy enloquece y enamora
El lindo pavo real que tiene preso,
Temiendo que le empañen los colores,
Allá en la soledad del bosque espeso,
Mimado por la brisa y por las flores!...

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

(1) No me da, lector mío, la real gana
De llamar á la fuente la fontana,
Aunque hoy tenga el capricho cierta gente
De llamarle fontana á toda fuente.
¡Si hay poeta que dice que en Betanzos
Se comió una *fontana* de garbanzos!...)

Los niños del General.

VIENE un coche de colleras pesadote y cubierto de polvo por la calle de Hortaleza abajo, seguido de escopeteros, no de aquellos españoles y castizos que acompañaban á los viajeros en el tan reciente y, sin embargo, tan lejano reinado del señor D. Carlos IV, sino fusileros franceses, de esos fornidos y barbarotes gabachos que han venido con el Gran Duque de Berg, de las Berzas, como le llaman los de la chispería de San Antón y del Barquillo.

La comitiva hizo un alto en las ventas de Fuenca-rral, con el motivo de una breve refección y de adere-zarse un poco para entrar en la corte de las Espa-ñas, que, por mal de nuestros pecados, es la del rey José, á quien llamamos Botellas, á pesar de que no nos *consta si le gusta el vino*, y apodamos también el *Tuerto*, aunque hemos podido ver que adornan su faz plácida y bonachona dos ojos azules muy her-mosos é inteligentes. Pero no se sabe á cuento de qué viene el atavío y la presunción de los viajeros, que así cree que la villa de Madrid ha de preocu-parse del adorno de sus personas. Sigue ese tren hasta dejar atrás la Real Fábrica de Tapices, y en-trar por la puerta de Santa Bárbara, pasando entre el Saladero de tocino y la huerta de las Teresas.

Compréndese la coquetería cuando vemos que en el interior del coche vienen una señora con tres niños, que deben ser familia de calidad entre los in-vasores, por cuanto reciben toda suerte de cuida-dos, pleitesías, reverencias y solicitudes que les tri-butan los *franchutes* del acompañamiento. Sigue la caravana hasta cerca de la red de San Luis, y, llegando á la calle de la Reina, embócase por ella y se detiene ante un palacio señorial de ancho za-guán y amplio balconaje que llega á la calle del Clavel y vuelve allí la ostentación de sus murales opulentos.

Esta es la casa del señor Príncipe de Masserano, coronel que fué de los guardias de Corps, y vivien-da que sabemos está cerrada en la mayor parte de sus aposentos, no quedando sin sellar más que las puertas de un gabinete azul que hacía justamente esquina á la calle del Clavel, dando sobre una ter-raza, y dos ó tres habitaciones más que el señor general francés Abel Hugo, actualmente goberna-dor de Guadalajara, hubo de visitar hace poco y destinarlas para morada de su familia. No es, por lo tanto, ningún milagro de perspicacia, ni portento de adivinación, si venimos en conocimiento de que esa dama y esos tres muchachillos que salen del coche de camino á la puerta del palacio de Masse-

rano, son la generala Hugo y los tres retoños del General, uno llamado Abel como su padre, y los otros dos Eugenio y Víctor.

Por fin han llegado á Madrid. La señora se ve agradablemente impresionada por el lindo aspecto de la villa, con sus jardines desbordando por enci-ma de sus tapias jaharradas; sus casas pintadas de diversos colores, con las rejas panzudas donde te-jen los rosales trepadores y los geranios pendien-tes florido tapiz sobre la celosía que recata á las doncellas familiares; y, sobre todo, el sol, el sol y el cielo de esta España, que bien se comprende que sólo por ellos quiera Napoleón conquistar la tierra privilegiada por tales bendiciones. Y la señora en-tonces afirma indulgente y bondadosa que se puede vivir entre los españoles.

La Generala, que ya conocía la vida de esta corte por las referencias de la mariscal Junot, cuando fué embajadora de la Revolución cerca de Carlos IV, lamenta que el estado de guerra, y el no hallarse afianzado en el trono su caro compatriota D. Pepe, la priven de aquellas diversiones cortesanas en las gratísimas jornadas de Aranjuez. Mas, por fortuna suya, vino á dar en la más apetecible vecindad que pudo codiciar su aburrimiento. Frente por frente de ella, en un muy lindo palacete adornado con fron-doso jardín, vive la más alta y ponderada de las bellezas de la corte, una criolla espléndida, que es el más magnífico regalo que las Indias españolas, tan pródigas para con la Metrópoli, han podido en-viar á la madre España. El oro mejicano y la plata peruana, las maderas riquísimas de Nueva Granada y las frutas más preciadas de las Antillas nada son ni nada valen si se las compara con el tesoro de la arrogante y olímpica belleza de la Condesa de Ja-ruco.

Los tiempos son de guerra y de zozobra. Sin em-bargo, queda lugar para que las hablillas tengan algo que decir de la mucha amistad que existe en-tre la criolla y el rey José, y de las visitas harto fre-cuentes con que el huésped del palacio Real distin-gue á la hermosa señora de la calle del Clavel. Ya Condesa, agasaja á sus amistades con veladas en su palacete, y la Generala encuentra ya más agrada-ble la estancia en Madrid. Los destrozos que sus mismos paisanos han hecho en el Buen Retiro la priven de haber conocido las delicias de esa regia posesión; pero el Prado y la Casa de Campo, paseo favorito de Bonaparte, que ha mandado hacer un puente para ir allí directamente desde el Campo del Moro, constituyen los lugares predilectos de ma-dama Hugo. Alguna tarde aventuróse á salir por el portillo de San Bernardino, y llegó hasta el palacio de la Moncloa, donde Murat había vivido cuando los sucesos del 2 de Mayo de tres años antes, y al volver pasó por la Montaña del Príncipe Pío, re-



cordadora de los fusilamientos. Pero no ha querido repetir el paseo, cuya causa hemos averiguado después. Primeramente estuvo en la Puebla de los Mártires de Alcalá, donde había asistido para ir al Seminario de Nobles, en el que quería internar á sus tres hijos.

Ese colegio de próceres, donde han recibido educación los vástagos de nuestra principal grandeza, hállase casi desocupado por lo revuelto de los tiempos. Tiene plazas para quinientos alumnos, y no hay en él actualmente más que veinticuatro. Los niños de la generala Hugo, que ya pueden darse el pisto de nobles porque á su papá le han hecho Marqués de Cogolludo, han ingresado en el colegio, donde bondadosamente les acoge un clérigo alto y flaco, que se llama D. Basilio. Eugenio y Víctor, á quienes toca ir al dormitorio de los pequeños, échanse á llorar al encontrarse en aquel vastísimo salón, donde de ciento cincuenta camas no hay ocupadas sino diez. La tiniebla es casi absoluta, porque en todo el ámbito de la anchurosa estancia no hay otra luz que un tenue lampadario que titila en uno de los muros. Á intervalos óyense sollozos entrecortados. No son únicamente los hijos de Abel Hugo quienes se sienten solos y acongojados en el inmenso caserón, pensando en que quizás aquel beso de despedida que recibieron de sus padres á la puerta del Seminario era el último que recibían de sus labios. Todas las tardes, en las que antes eran horas de recreación, murmúranse entre los muchachos noticias de la guerra.

Un día, Abel, el mayor de los hijos del General, fué sacado del colegio, y á poco volvió á saludar á sus hermanos, vestido con un traje admirable de color azul de cielo, con galones de plata. Llevaba además un sombrero con plumas, una faja de seda, y un espadín pendiente de ella. Madama Lucotte, una francesa amiga de su madre, que le acompañaba, dijo á Víctor:

—¿Ves? Ya es paje del Rey. Dentro de un año tú lo serás también.

Y Víctor se ha puesto muy contento soñando en tal favor.

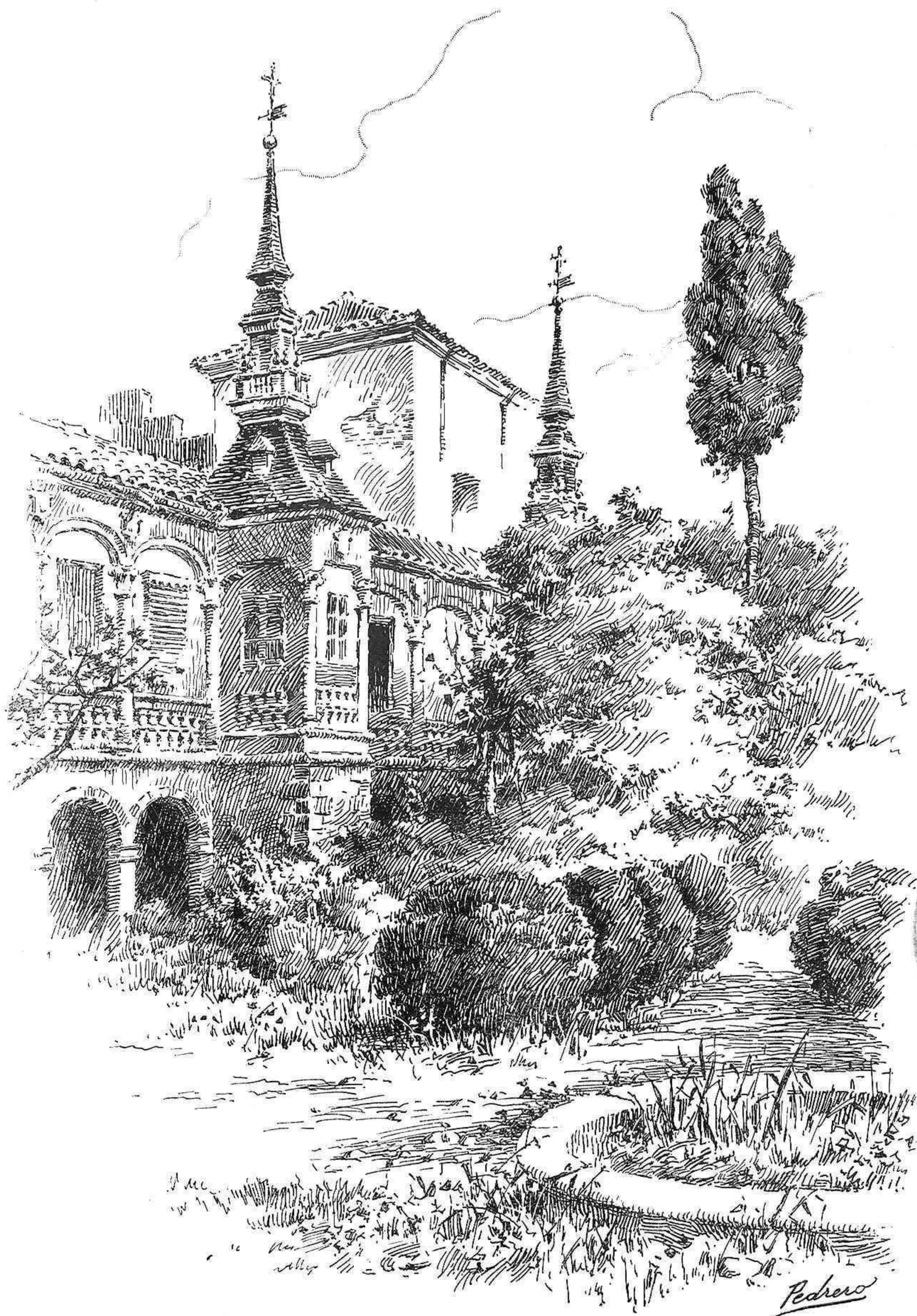
Don Basilio, el clérigo alto, y D. Manuel, que es por el contrario bajito, han recibido un nuevo alumno. Es decir, para alumno es ya algo talludito, aunque seguramente no llega á los diez y siete años. Pero el recién venido no come la olla podrida con los demás colegiales, y tiene distintas horas de recreación. Al fin sábase que es un prisionero. Se llama Fernando, y es un joven oficial español, á quien las tropas francesas trajeron preso de Badajoz. El rey José, compadecido de sus pocos años y su gentil aspecto, se lo ha enviado á los Padres del Seminario para que cuiden de él.

Eugenio y Víctor salen todas las semanas para ir de paseo con su madre. En uno de estos días, Víctor, que ya está muy adelantado en sus estudios y, para sus nueve años, habla bien el español y gusta de aprenderse romances y de leer nuestras viejas comedias de capa y espada, entérase de una nueva que le impresiona mucho. Aquella dama tan hermosa, la Condesa de Jaruco, ha muerto, y por un extraño azar, el primer cadáver que se ha enterrado en el reciente cementerio de la Puerta de Fuencarral ha sido el suyo. Pero el muchacho Víctor averigua algo más. Y es que la misma noche del día del entierro, unas manos misteriosas arrancaron el cuerpo de la Condesa del prosaico nicho donde le hubieron de encerrar y lleváronle á dar poética sepultura bajo del árbol más frondoso de su jardín de la calle del Clavel.

Y el niño Víctor ve desde detrás del vidrio de sus balcones cómo, al caer de la tarde, la figura de un caballero vestido de negro y arrebozado en amplia capa avanza hasta el pie del árbol funerario, y allí se destoca y arrodilla. Víctor reconoce al rey José en el hombre melancólico del jardín frontero, y siente que aquel espectáculo le conmueve de una manera intensa y extraña. Este niño del señor general Hugo es probablemente un poeta.

PEDRO DE RÉPIDE.



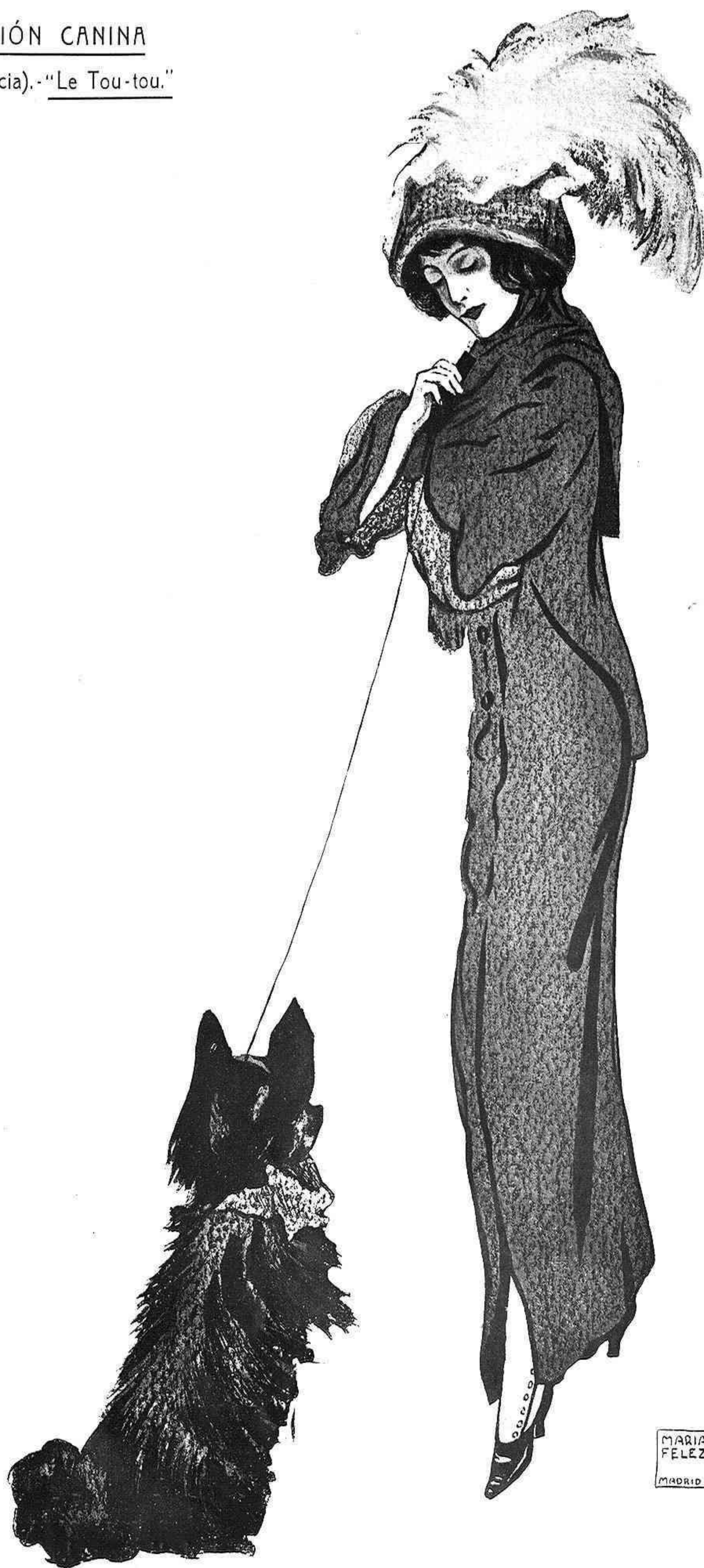


PAISAJES ESPAÑOLES

Alcalá de Henares. - Jardín de la Vicaría.

EXPOSICIÓN CANINA

(Francia).- "Le Tou-tou."



HISTORIA FUTURA

ALLÁ, por el año 2194 de la Era cristiana, la indignación contra París había llegado á su período álgido en todo el mundo.

El grito de alarma había partido de América, cuyas riquezas venían á fundirse un día y otro en el crisol inmenso de la Villa luminosa, y cuya juventud acudía deslumbrada, como las gaviotas ante el potente faro de la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York, á quemarse las alas en la lámpara gigantesca que se alimentaba con sangre.

Dos años antes, en Octubre de 2192, en una reunión celebrada en Chicago, bajo la presidencia del respetable senador mister Wisth, del Estado de Illinois, se acordó, por unanimidad, pedir al Presidente de la República una intervención rápida y enérgica que debería empezar inmediatamente por una acción naval en el Havre. Y hay que hacer constar que la iniciativa de esta reunión, que estuvo á punto de provocar la guerra franco-yanki, no partió de las mujeres timoratas ni de los puritanos rabiosos, sino de un grupo de hombres graves y serios, pertenecientes á la fracción más avanzada del partido democrático radical.

Fundábase la proposición presentada al Presidente en que París era un foco de corrupción y escándalo, donde el libertinaje había llegado á tal punto de desenfreno que amenazaba infestar la tierra y acabar con la Humanidad en plazo breve, si no se le ponía coto. La relajación de las costumbres, la carencia absoluta de sentido moral, el triunfo completo del impudor y de la desvergüenza, habían acabado por convertir la capital de Francia en centro de placer perpetuo, donde iban á envenenarse y pudrirse, en procesión interminable, unas generaciones tras otras, y era, por lo tanto, absolutamente preciso, en opinión de los firmantes, cegar el pozo pestilente para salvar al mundo.

No cuajó entonces la idea, ni el Senado de Washington llegó á votar la movilización de la escuadra; pero los periódicos de todos los países tomaron por su cuenta el tema y no lo soltaron en dos años. Con lo cual la opinión empezó á conmoverse también en Europa; se constituyeron en Inglaterra, Alemania y Rusia los llamados «Comités de salvación de la Humanidad», y únicamente España, por miedo á que el *Petit Parisien* la tachara de inquisitorial y retrógrada, guardó un prudente silencio.

El enorme reclamo que los Comités y la Prensa hicieron con este motivo, lejos de atajar el mal, con-

tribuyó á aumentarle, porque puede decirse que no quedó hombre alguno sobre la faz de la tierra que no hiciera los imposibles por asomarse á aquel jardín de emponzoñadas flores que tan al vivo le pintaban. Por otra parte, la violencia de lenguaje de los diarios franceses que, defendiendo el refinamiento del vicio como signo de civilización envidiable, llegaron á hablar de convertir las naciones todas en feudatarias de la República, acabó de exacerbar los odios y puso las relaciones internacionales á dos dedos de la ruptura general.

El grito de Chicago cruzó los mares, la inmoralidad dominadora y absorbente sublevó las conciencias y, parodiando el *Delenda est Cartago*, del Senado de Roma, japoneses y chinos, americanos del Norte y del Sur, rusos, italianos, ingleses y alemanes, pronunciaron á una en mitines y Asambleas, Congresos y manifestaciones el terrible «¡Arrasemos París!», que vibró imponente y formidable en los aires de ambos hemisferios.

No pudo la diplomacia contener la impetuosa «corriente de opinión» y, por fin, el embajador inglés recibió de su Gobierno, en combinación con todos los demás, el encargo de presentar al Ministerio de Estado francés una especie de *ultimatum* brutal y substancioso: Ó la República aceptaba el nombramiento de una Comisión mixta con amplias facultades para regir y administrar la capital, con el único fin de purificar las costumbres, causa de la corrupción universal, ó los Ejércitos aliados avanzarían sobre ella á sangre y fuego. Así, clarito, y dando un plazo de veinticuatro horas.

Francia contestó gallardamente, como era de esperar, protestando de semejante salvajada, impropia de pueblos civilizados, y asegurando que estaba dispuesta á perecer antes que tolerar la menor intromisión de las potencias en sus asuntos de régimen interior. Tras esta respuesta varonil, vino la hecatombe.

Setecientos cincuenta acorazados y un millar de cruceros rodearon las costas y quinientas veinticinco aeronaves, forradas de acero y cargadas de bombas de dinamita, destruyeron en un abrir y cerrar de ojos la flota aérea de los franceses y se cercnieron sobre París, á una altura de mil metros.

Tuvo el momento una solemnidad trágica, que recordarán mientras vivan cuantos lo presenciaron. Los cinco millones de habitantes de la gran ciudad reina del mundo huyeron con lo puesto antes de las doce horas que se les concedieron para salvarse, y en el minuto mismo en que terminó el plazo, el estruendo de millares de bombas, el estrépito formidable de la lluvia de dinamita, anunció al mundo entero que París había sido destruído. Templos, Museos, palacios, la incalculable riqueza almacenada durante siglos desapareció en un instante.



La moral recobraba sus inmortales fueros y la Humanidad se había salvado.

Mejor dicho, la Humanidad estaba perdida.

Porque al disgregarse á los cuatro vientos las miasmas de la podredumbre, se desparramaron por toda la tierra hasta los últimos y más recónditos lugares, y fueron á constituir cada uno un foco de infección, que jamás y de ninguna manera podría combatirse.

Demimondaines, apaches y croupiers llevaron á todas partes el lujo escandaloso, la impudicia ama-

ble, los placeres desatentados, los gérmenes de la corrupción y del crimen..., y al volar sobre todos los países las brillantes mariposas del vicio, fueron dejando caer en las ciudades y en los campos el polvillo envenenado de sus alas de oro.

Y vencedores los vencidos, sólo quedaron como recuerdos de la catástrofe las riquezas enterradas, las ruinas de los monumentos y los restos de las pagodas chinas, que se derrumbaron al repercutir la explosión á tan larga distancia.

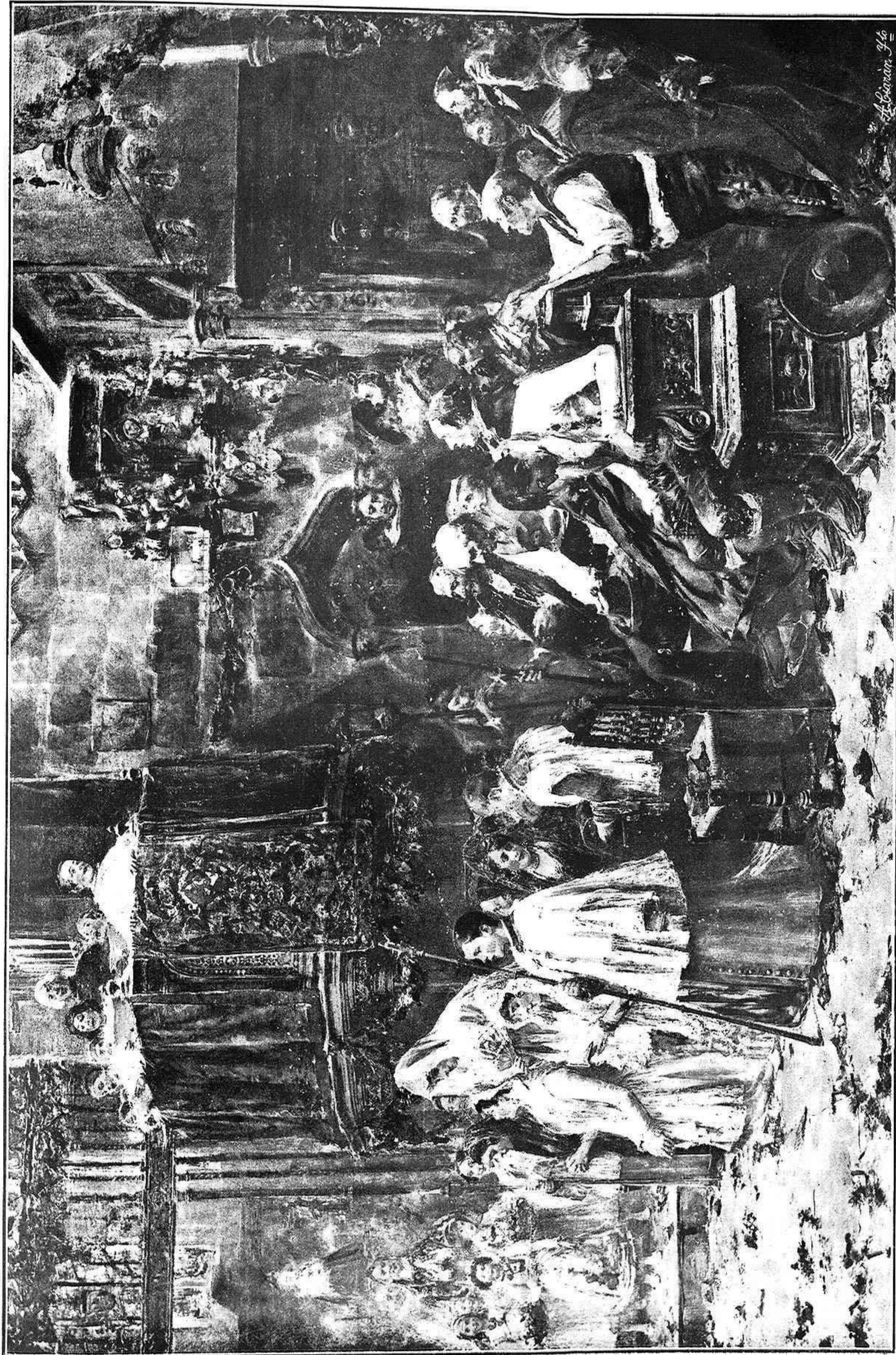
El sacrificio fué estéril...

SINESIO DELGADO.



EL DE LA MONA

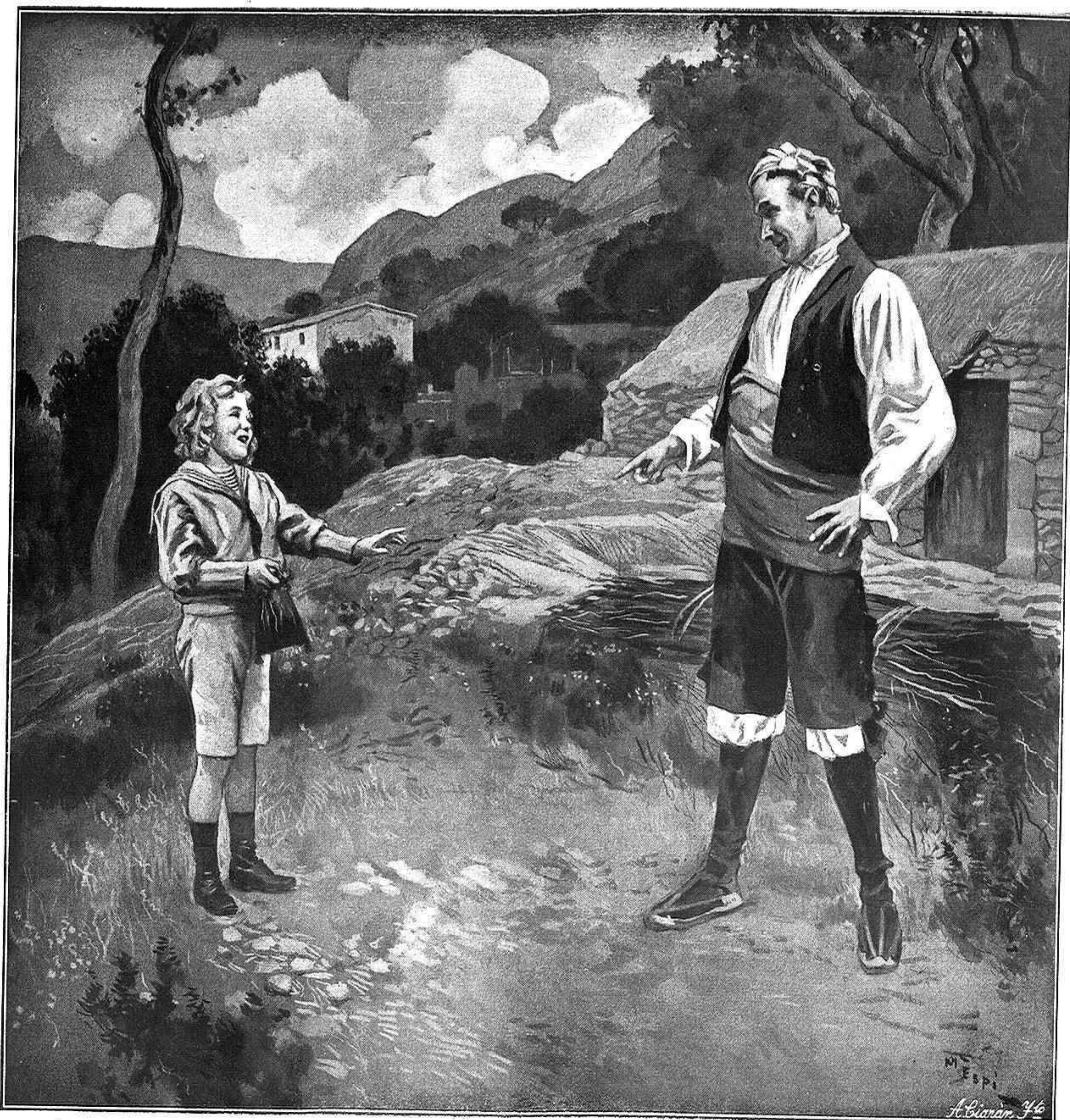
por J. G. de la Puente.



EN LA IGLESIA

Cuadro de José Benlliure.





Los dulces del Año.

Como el Año nuevo tenía tan buena traza y estaba tan monín con su traje de marinero y sus bucles rubios, la gente le piropeaba en la calle; algunas mujeres, más atrevidas, besaban sus mejillas frescas de adolescente, y, á su paso, un rumor de simpatía le halagaba, una oleada de adoración le envolvía.

El Año quiso corresponder cariñosamente á tantas demostraciones, y, metiendo la diestra en la bolsa de raso que llevaba pendiente del brazo izquierdo, sacaba diminutos objetos liados en papel de oro; sin duda bombones. La dádiva del Año era recibida con explosiones de entusiasmo y

gratitud. Aquellos envoltorios dorados no podían menos de traer dentro algo sabrosísimo. Y un coro de bendiciones se alzaba, mientras la gente, palpitando de esperanzas vivaces, desliaba las envolturas é hincaba el diente á las golosinas, regalo del lindo mocoso, que sonreía al hacer el obsequio...

Rápidamente cundía la voz:

—¡El Año nuevo regala dulces!

Desde gran distancia acudía gente, corriendo, al cebo del reparto halagador. Los dulces habían de ser distintos de los conocidos ya, y mejores, amén de distintos. La muchedumbre se comunicaba impresiones, y, suplicante, alzaba las manos. Notó el Año nuevo que cuantos le rodeaban pidiendo un dulcecito se declaraban muy desgraciados, muy combatidos por la vida, muy frustrados en todas sus aspiraciones y deseos.

—¡Año nuevo!—exclamaban.—¡Niño bonito! ¡Á ver qué alegría nos traes! ¡Á ver qué regalo nos vas á hacer!

Y de la inagotable bolsa, que brujas enemigas y malignas iban llenando con manos invisibles á medida que se vaciaba, salían, como la lluvia que cayó sobre el seno de Danae, gotas y más gotas de oro, arrebatadas por manos ávidas, por garras ansiosas y rapaces. Ya no era que el Año repartiese, sino que le robaban, le despojaban, sin darle tiempo ni á hacer el ademán de la distribución... Voces de angustia, ayes de sufrimiento, quejas de dolor, suspiros de melancolía incurable, demostraban que cada cual que se agregaba al tropel era un desdichado, un vencido, agobiado por la carga de la existencia insufrible. Y el Año, regocijado y juguetón en los primeros instantes de su salida al mundo, empezaba á ponerse también de perro humor, al convencerse de tantas calamidades.

Le quedaba, no obstante, una ilusión al Año nuevo: la de que, con los confites dorados, remediaría buena parte, si no todo, del mal que ya comprendía. No era posible que cosa tan elegantemente envuelta, de tan coquetón aspecto, no encerrase, si no la ventura, al menos el consuelo y el alivio. Y ese consuelo sería su obra. Le aclamarían como á un bienhechor. Cientos de miles de bocas le colmarían de bendiciones. Así como así, no era justo que tanto se padeciese bajo la capa del cielo. Unos miseria, otros enfermedades, éste desengaños y traiciones, aquél desaliento y convicción de la propia inutilidad, todos eran atormentados hasta más allá de las fuerzas humanas. Aunque el dorado confite no fuese sino una gota de miel, contrastara un instante la amargura...

Pero he aquí que de la muchedumbre apiñada, que desenvolvía y tragaba con avidez el regalo del Año nuevo, empiezan á brotar quejidos, protestas, reniegos, voces de furia, —mientras los más prudentes se limitan á decir, con aflicción reprimida:

—¡Válgame Dios! ¡Lo mismo que antes!

—¡No, peor que antes!—comentan los rabiosos.

—Á mí me duele más la ciática—declara una vieja.

—Yo estoy más pobre y hambriento que nunca—grita un desarrapado.

—¡A mí se me ha muerto un hijo más!

—¡Me han quitado la plaza de la cual vivía!

—¡Me ha salido fallido el negocio!

—¡Se me ha caído la casa!

—¡La amada me ha vendido!

—¡He perdido el pleito!

—Dice el doctor que tengo que dejarme cortar la pierna!

Y cada uno de los obsequiados por el Año nuevo, al ver que su suerte no cambia, ó, mejor dicho, empeora, se arranca los pelos, se arroja al suelo, enseña los puños ó arroja al rostro del Año un pellón de lodo, una inmundicia recogida en la calle...

Entonces el Año emprende la fuga. No quiere morir ignominiosamente á manos de la vil canalla; y, á paso veloz, se aleja, busca un lugar solitario donde reflexionar sobre lo que le ocurre. ¿De modo que, por haber dado dulces, por haber repartido aquellos gentiles bomboncitos áureos, á poco le linchan? Estaba visto; la Humanidad era un hato de desagradecidos infames, y convenía apartarse lo más posible de ella.

Y el Año, con el corazón oprimido y una invasión de pesimismo en el alma, subió á la escarpada cima de un monte y se emboscó en sus fragosidades, á fin de huir de la humana especie. Al desembocar en un claro, rodeado de hayas centenarias y copudas, vió con sorpresa que ¡también allí había llegado el hombre! Á la puerta de mísera cabaña estaba un carbonero que acababa de soltar, rendido y sudoroso, pesadísimo haz de leña. El infeliz se volvió, sorprendido.

—Oye—le dijo el Año.—Tú, de fijo, no serás ingrato con los beneficios que recibas.

—No me atrevo á decir que sí—respondió con flema el carbonero.—¡Soy hombre...!

—De todos modos, toma.

Y le puso en la mano un puñado de los dorados confites.

—Gracias—murmuró el miserable;—pero no los tomaré sin saber qué contienen. Si no encierran unas gotas de resignación, mezcladas con otras de olvido, no los cataré.

—¿De modo que no quieres nada de mí?—exclamó el bienhechor.—Sabe que soy el Año nuevo...

—¡Ah! En ese caso, puedes hacerme un favor infinito.

—¿Dime cual?—interrogó el Año.

—Pasar pronto—rogó el carbonero, volviendo á cargar trabajosamente con su haz de leña.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



La cisterna dulce.

(TRADICIÓN GRANADINA)

*Cuando de los enemigos
En roja sangre bañado...*

(Del ROMANCERO MORISCO.)

I.

Del castillo de Zahara—retorna Muley Hacem,
El arrogante, el intrépido—hijo de Aben Ismael;
La suerte le ha sonreído—cerca de Ronda esta vez
Y ha aureolado por la astucia—la albura de su alquicel,
Conquistando al de Antequera,—de nobles guerreros prez,
La bien guarnida Zahara,—villa del cristiano rey.
Sobre sus murallas recias,—que no supo defender
El castellano la noche—en que la asaltó Muley,
Dejó el ardid su estandarte—y con sigiloso pie
Sorprendió á los que dormían—sin recelar ni temer,
Recogiendo prisioneros—á los que en el trance aquel
No rindieron con su sangre—honra y armas, vida y fe.
Torna el emir á Granada,—y como tromba tras él
Avanzan sus capitanes,—y al frente de ellos Salem
Alhamar, que en sus audacias—logró fama de cruel,
Y muestra tintos en sangre—la marlota y el arnés.
Son trofeos de la lucha,—son prendas que su altivez
De aquella triunfal jornada—guarda y enseña á su rey.
Y, cuando entre los cautivos—se le consiente escoger,
Sus labios bermejos tremen,—cual los de un tierno doncel;
Que ya el fuego de sus ojos—cayó sobre una mujer
Y, al contemplarla, se rinde—á su gracia y esbeltez,
Demandándola por premio—al propio Muley Hacem.
—¡La ganaste por tu lanza!—dice el emir.—¡Tuya es!
Que ella sea en tu palacio—alcatifa de tus pies.
—Será, el guerrero contesta,—la mejor flor de mi harem.

II.

*De las esclavas que tengo
Tú serás la más querida,
Aquí te entrego mis llaves...*

(ROMANC., Milá.)

En la Alcazaba *Cadima*,—que atalaya vega y sierra,
Tiene Salem su palacio—y en él oculta á la bella.
Hija de un noble cristiano—que manda cristianas fuerzas,
Prometida es del alferez—Don Fadrique de Saavedra;
Mas, aun cuando no llevara—el limpio nombre que lleva,
Fuera María de Hinestrosa,—en trazas de esclava, reina.
Bien la rinde pleitesía—el moro que, al escogerla,
Su favorita la llama—y como tal la corteja.
En su espléndido palacio,—que junto á *Hizn-Román* se eleva,
Lo mejor á su cautiva—Salem Alhamar ofrenda:
Las joyas más envidiadas,—las más süaves esencias,
Cofrecillos cincelados,—ricos tapices de Persia,
Las flores de sus jardines—que la sirven de doncellas,
Labios que al mandar suplican,—ojos que la fiebre incendia,
Y un corazón indomable—que bate Amor y se entrega.
¡Cuidadica la cristiana,—que no rompe sus cadenas!
¡Cuidado Salem, que, en éxtasis,—aun desesperando, espera!
Cuantas veces la habla el moro—tantas otras le desdeña;
Si él la acosa, ella resiste,—si él acaricia, ella reza,
Si la interroga, enmudece—y llora, si el cerco estrecha.

Que es tanta su desventura,—no por estar prisionera,
Sino por hallarse lejos—Don Fadrique de Saavedra.

En vano el muslim requiere—para ahuyentar su tristeza
De la pasión los acentos—y el joyel de sus promesas;
En vano en las arpas vibran—kásidas dulces y tiernas
Que expiran en la alta noche—de la almunia en la floresta;
En vano, desfallecido—Salem y postrado en tierra,
Pone á los pies de la esclava—rosas, narcisos y anémonas,
Con ronca voz balbuciendo—ansias, temores y quejas...
La cautiva sigue muda,—con lágrimas le contesta:
Ni la ablandan los suspiros,—ni las caricias la fuerzan.
—¿Cómo se rinde, cristiana,—de tu amor la fortaleza?
La dice el moro en un raptó—de pasión y de demencia.—
Tuyos serán mis tesoros—tuyas serán mis preseas;
Única mi amor te llama—y en mi palacio eres reina.
¿Qué más quieres? Soy tu esclavo.—Ven á mis brazos y or-
Que aun mi religión renuncio,—si tu voluntad es esa. [dena
—Salem, no puedo ser tuya,—dice con frialdad la bella,
Mi corazón tiene dueño;—¡nadie más me poseyera!
—¡Basta!—en su furor replica—Salem, ante tal respuesta,
Como si un áspid rabioso—las entrañas le mordiera.
Te elegí para ser mía—y en ser esclava te empeñas.
Carne serás del serrallo—é irás al mercado en venta,
Si mañana, cuando el sol—se esconda tras de la sierra,
La altivez de tu hermosura—no se ha abatido á mis flechas.

III.

*El semblante tiene triste,
Pensando está en Antequera...*

(ROSA DE AMORES, de Timoneda.)

¡Noche de angustia y zozobra—para la hermosa cautiva!
El luminar de sus sueños—se ha trocado en pesadilla.
Su inquietud la tiene en vela—y ya el alba se aproxima
Sin que en el cielo sus ojos,—que cielos y tierra hechizan,
Descorrer hayan logrado—la negrura del enigma.
Impasibles las estrellas—su viva luz amortiguan;
Sólo ve en el horizonte—débil claridad rojiza:
Por fuego de amor ó sangre—su infortunio se la explica,
En el silencio de espanto—en que el palacio dormita.
Reclinada en el alféizar—de un ajimez que domina
La *Haratalcazaba*, cuna—de los valientes ziritas,
La cristiana desdeñosa—sufre y piensa lo que haría.
Tampoco el guerrero duerme:—también Alhamar vigila
Como alimaña en acecho—de la presa que codicia;
Y, al sentirse arrebatado—de soberbia y de lascivia,
Si quiere hablar, grita y ruge,—y rebrama si respira.
Todo al fin queda callado—en torno de la cautiva,
Que al peso de su desgracia—la rubia cabeza inclina.
Es un momento solemne...—¿Cede? ¿Sueña? ¿Se resigna?
¿Trama su fuga ó resiste?—¿Se entrega al fin ó vacila?
¡Quién descubre el pensamiento—cuando en ello va la vida!
De pronto, la infortunada—del alféizar se retira
Y como un rayo de luna—por el jardín se desliza;
Flota su nítido velo—como jirón de neblina
Con que nimbaran los gnomos—las rosas de Alejandría;
Y allá, al fondo, en la glorieta—que, á la cisterna contigua,
Flores de azahar perfuman—y á amar y gozar convida,
Se dirige y se detiene—á llorar la favorita.
Caminito de Antequera—su pensamiento camina;
Mas de su amor la paloma—no retorna con albricias.
Absorta está cavilando—que en trance tal no hay salida,
Cuando una mano invisible,—desde la *genna* vecina,
Lanza un ramo de azucenas—que á los pies cae de María.
Tras el muro, si no mienten—en la obscuridad las líneas
De una figura, ocultándose—un moro arrogante espía;

Y al alzar la esclava el ramo—y ver la feliz misiva
Que puso amor paladín—en las flores escondida,
Sus impresiones y gestos—sigue el moro con la vista
Y, cual si mirase á Oriente,—clava en tierra una rodilla.

IV.

Libertad, ¿quién te la dio?

(ROM. DE AMORES, Timoneda.)

Hase cumplido ya el plazo—que dió Alhamar á su esclava;
La esclava ceder no quiere,—que es firme á fuer de cristiana.
Ella en el huerto se encuentra—y al huerto el guerrero baja,
Que es hora ya que decida—si le acepta ó le rechaza.

Sobre sus barbas brunas,—en que el dolor siembra canas.
Hieles de rencor y celos—han destilado una lágrima:
Es su amuleto, es la perla,—como su pasión amarga,
En que un momento refulgen—su pesar y su esperanza.
Con majestad de Califa—Salem por el huerto marcha:
No duda, avanza resuelto,—como si ya descontara
De aquel encuentro la lucha—y el triunfo de la batalla.
Lleva en las sombras por guías—las lucernas de sus ansias;
Pronto da con la glorieta—en que llora la cristiana.

—El plazo expiró—la dice.—Ven á mis brazos y manda.

Da un paso atrás la cautiva—y la embestida rechaza,
Pero tiembla, porque nadie—acude presto á salvarla.
Aún es noche y en lo obscuro—se defiende; mas su blanca
Veste, al huir, deja un rastro—que su dirección delata.
Apasionado, frenético,—ve Alhamar que se le escapa
Y por entre los rosales—corre para sujetarla.

El aljibe está cercano—y á él va á arrojarse la esclava;
Mas de súbito otros brazos—que tras el muro la aguardan
Roban su presa á la muerte—y del suplicio la salvan;
En tanto el ramo de flores—que la alentó en su desgracia
Va al fondo de la cisterna—y riza y perfuma el agua.

Á la boca del aljibe—detiene Salem su planta,
Porque creyó fascinado—que al hechizo de su esclava
Todo el jardín envolvían—niebla y aroma de magia.
Libre y feliz, la Hinestrosa—huye por Bib-Fajalauza
Sobre un caballo morcillo—que tiene la crin leonada,
Y camino de Antequera—su salvador la acompaña.
No era moro el caballero—que acechó tras de la tapia;
Era su amor, don Fadrique,—quien puso en la astucia el alma.
El disfraz le abrió las puertas—de la vetusta alcazaba.
Ya se alejan, ya se pierden—tras las sierras de Granada.
¡Malhaya amor de guerrero—cuando florece entre lanzas!

Largo tiempo la cisterna
que esta tradición consagra,
tuvo gracias y virtudes
de una cisterna encantada.
Sabes á mieles y á besos
sus frescas y puras aguas:
es el dulzor de las flores
de la cautiva cristiana.
Y aún dura su nombre arábigo
cerca de la Rabba Ziada.

RODOLFO GIL



REGRESO

Cuadro de Gabrini.





MUY BARATOS

Cuadro de Blaas.

«... ¿ ¡DIOS DISPONE!»

CUENTO

I

COMPLETAMENTE huérfano, sin ningún pariente consanguíneo, educado entre la familia de su tutor D. Álvaro Donaire (concuñado de su padre), Juan David, al entrar en su mayor edad y en la posesión de unas seiscientas mil pesetas, celebra un banquete, al que invita, con cierto misterio, además de *los de casa*, á unos cuantos amigos predilectos.

Son los bastantes para un acto íntimo y alegre: el tutor de la víspera, sus dos hijas, Inocencia y Luz, Dámaso Recio, Saturnino Alegre, Valeriano la Rosa y Martín Pescador.

Á los postres se descubre el velo: Juan ha reunido en la mesa todas las personas de su afecto para despedirse. Tomó el título de abogado como una condecoración social, pero sin ánimo de *meterse en camisa de once varas mediante cierta cantidad*, como dicen que definió D. Manuel Silvela la abogada. Desdeña la política, le aburre la gente de buen tono, ama la ciencia, pero... le gusta que se la den, como la fruta, servida y limpia en el plato, sin la molestia de cultivarla. No apetece riquezas excesivas; su caudal es bastante para vivir sin hacer nada: este es su bello ideal, el *dolce farniente*; declarándose supernumerario en la lucha por la vida, favorece al prójimo, que tiene así un enemigo menos. No tiene casa solariega que le atraiga, ni amor que le subyugue; no es partidario del matrimonio, ni tiene hermanas que amparar. Nada, pues, le retiene en ninguna parte. Viajará *ad libitum*, sin itinerarios pintorescos ni artísticos. Tan fácil es que se detenga en Venecia un solo día, como que dedique á Castellón de la Plana veintidós. Pasará el invierno en Finlandia, si se le antoja, y el verano en Sevilla, si le peta. Su renta, superior á tres cesantías de ministro, le permitirá vivir holgadamente, sobre todo porque aborrece las alhajas, las baratijas, la ropa de etiqueta, los vinos fantásticos y los vicios onerosos. Se despide ilimitadamente; no sabe cuándo volverá, ni si volverá. No se compromete á escribir á nadie con frecuencia ni regularidad; pero tendrá gusto en dar noticias suyas alguna vez, y desde luego recibirá con gozo nuevas felices de sus amigos. Da público testimonio de gratitud á D. Álvaro, «por el celo é inteligencia con que ha desempeñado su cargo» de tutor, y reconoce asimismo la insuperable probidad

con que le ha rendido sus cuentas. Menciona honoríficamente los tiernos cuidados que debió en vida á la esposa del susodicho, y el amoroso trato que, hasta última hora, mereció de sus virtuosas y bellas hijas, allí presentes, que supieron infundir un perfume de hogar á su hospedaje. En cuanto á sus camaradas, el hecho de convocarlos basta. Todos sus afectos están allí. Alza la copa, brindando por la inalterable felicidad de los presentes, y, como coronamiento de aquel adiós, encarece á las dos señoritas y á sus cuatro amigotes, que, imitando su ejemplo, declaren y expongan el sueño de sus vidas respectivas, el cuadro de su porvenir, el programa probable de relativos festejos en este valle de lágrimas.

Á este brindis responden otros brindis de elevados tonos..., para que llegue hasta los camareros el fragor de la elocuencia. Pero, calmado el alboroto, y vertido copiosamente el espumoso ingenio de sobremesa, quedaba como en olvido la última parte del *speech* de Juan: el ruego extraño. El anfitrión insiste, y la idea no encuentra resistencia, pues, con ayuda del *champagne*, puede ser el *allegro* de aquella despedida. Lo malo es que nadie quiere poner el cascabel al gato: todos rehusan el honor de la vanguardia. Hasta que, de pronto, Dámaso Recio se levanta, copa en mano, y dice así:

—¡Fuera miedo, señores! Yo, compañero de Juan en el bachillerato, y amigo que lamenta de veras su vaga y escéptica despedida, tengo, como ninguno, mi porvenir perfectamente trazado. Yo... nací eclesiástico, como quien dice. Estoy en posesión de una capellanía. Mi padre, al ser mozo, no pudo abrazar la carrera eclesiástica, por no estar vacante entonces el beneficio. En su defecto, abrazó á mi madre, y nací yo. Éramos pobres: fueron mis lares una choza, digna de Job; trillé, escardé, vendimié, tras-humé ganado; cuando cante misa podrán hacer á mi costa un chiste fácil, diciendo que soy un converso, pues antes que cura fuí... pastor. No voy á la iglesia por vil interés; no sacrifico ninguna vocación contradictoria; llevo en la sangre un legado espiritual; ninguno de mi casta, como no estuviera ya casado, renunció la secular capellanía. Verdad es que no tengo medios de seguir carrera alguna; que me hice bachiller, acompañando, mitad criado, mitad custodio, al hijo de nuestro amo en el pueblo; que me libré, por suerte, de las quintas, y verdad también que, si no vaca reciente y oportunamente la congrua, con todo el *Don* de mi título, viérame, devuelto á la gleba ó buscando trabajo en humildes profesiones. Pero, sea como sea, yo voy al Seminario contentísimo, seguro de que Dios me llama por ese camino, sin dejarme atrás ninguna ilusión, dispuesto á estudiar lo necesario para ejercer rectamente mi sagrado ministerio, y sin vanas aspiracio-



nes de más sabiduría que la Ley de Dios, porque, obligado á vivir en Paredes del Barco, la mejor ciencia es una buena vida que edifique al pueblo. Viviré con mi madre, que me vive; mi pobre casa será la casa del pobre, y seré muy feliz, porque... muchas bellezas morales ha intentado derribar el modernismo iconoclasta; pero, á ver: ¡que me digan si hay rincones en el mundo más paradisiacos, de más dulce vivir que la casita de un cura, encalada, limpia, sin adornos concupiscentes; con algún pajarito que píe, unos árboles que den sombra, unas flores que cuidar, un corralito para ayuda del plato, y un plato más para ayuda de quien lo necesite! Soy, pues, la antítesis de mi entrañable amigo Juan: él no sabe, ni quiere saberlo, según dice, lo que hará mañana; yo tengo mi órbita fija; pero, cuando haya dado muchos tumbos, corriendo tierras sin gozarlas, tratando mucha gente sin amor, y le dé el capricho de pasar un día conmigo..., ¡piénselo antes bien, tema la sugestión de una paz agreste, no afronte la batalla entre su cansada vida errante y la paz de mis días sosegados, mire que la llamada monotonía de un pueblo es el Waterlío de muchas vidas napoleónicas, y cónstele que, como protesta contra su credo extravagante, y para impetrar del cielo un santo epílogo á la vana novela de su vida, Dámaso Recio, en la Secreta de la misa, dedicará una oración pidiendo á Dios que sea Paredes del Barco la isla de Santa Elena, ó, mejor, el Yuste de Juan David!... ¡Ya está roto el hielo, señores! ¡Que Dios ilumine á todos, que á mí no me olvide, y... he dicho!

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Será un predicador admirable!

—Sobre todo, sugestivo.

—No; sobre todo, buen corazón—dijo Juan David, levantándose y abrazando á Dámaso.

Pero Martín Pescador objeta:

—Es valiente, viril, la profesión de fe del amigo Dámaso; pero... ¡que nos vengan ahora con que la cara es el espejo del alma! Para mí no hay nada más intraducible ni más equívoco. Decir «fulano tiene cara de esto ó de lo otro», es una vulgaridad que agravan las *psico... tonterías* de los intelectuales. Oíd á los artistas, y sabréis que las flácidas cabezas de Zurbarán irradian misticismo; que son, por derecho propio, semblantes monásticos. Pues volved la oración por pasiva: vean los intérpretes de fisonomías un jaquetón como Dámaso, que es una sobreasada andando, y dirán que ha salido de un lienzo de Rubens ó de Rembrandt, que es *un flamenco*: y empezando yo por negar la exactitud de esas identificaciones, convengamos en que el físico del amigo Recio está pidiendo una capita azul y un sombrero cordobés.

—¡Sí que es lástima de chico!—murmura Inocencia por lo bajo á Juan.

—Pues ahora te toca á ti—le dice á éste.—Y en adelante, para que no haya excusas, sigan hablando por la derecha.

—Pues yo no me enojo—replica Inocencia.—Lo que tengo que decir de mí ¡es tan sencillo! Si han oído á Dámaso, me han oído á mí...

—¡Cómo! ¿También monja?—la interrumpen.

—No. Déjenme acabar. Soy, ó mejor dicho, pienso ser su *pendant* de la acera de enfrente: también mi vida está trazada; también será monótona, pacífica y de estrechos horizontes; también confío en que seré feliz, sólo que... con sacramento distinto. Yo voy al matrimonio modesto, atareado, no como quien *aterriza* después de haber volado en alas de la ilusión, sino buscando mi elemento, mi ambiente propio. Yo no sabría vivir en grande, aunque pudiera; un banquete como el de hoy, no lo resistiría ni dos veces al mes; si mi condición tuviera un uniforme, sería una bata y unas chinelas; la calle me marea; mi jaula, dorada ó no, me encanta; mientras mi hermana borda, yo guiso; desde pequeña preferí, á jugar con muñecas de trapo, tener en brazos á las chiquillas de la vecindad; no me asustan los chicos... Y hablo así porque, Dios mediante, y con la venia, que ya tengo, de mi padre, me casaré para San Pedro; mi prometido ha comprado una farmacia en Montemolinos, y allí nos enterraremos muy á gusto, sin envidiar las dichas tumultuosas de... de... ¡bueno, ya he dicho bastante!

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—prorrumpieron varios comensales, aplaudiendo á Inocencia.

—Demasiado bien—opuso Juan David.—Empieza la rueda tan santa y honestamente, que va á ser difícil el cometido de los demás.

—¡Ca! ¡No! Yo salgo pronto del paso—dijo Valeriano la Rosa, á quien por turno le tocaba declarar sus ideales.—Yo no tengo más que un lema: *debérmelo todo á mí mismo*—, por oposición, entre otros de mi pueblo, vine pensionado á estudiar en Madrid; soy Bachiller, y he cursado privadamente algunos estudios prácticos; pero la pensión me la suprimen en breve, y tendré que buscarme un empleo. ¿Cómo? Por oposición. ¿En qué ramo? En el que sea. Correos, Telégrafos, Banco de España, Tabacalera, Penales, Aduanas, Ferrocarriles..., ¡lo mismo me da! Si me revuelcan en un examen, si me vencen influencias, volveré á presentarme y á luchar: dondequiera que se saquen plazas, sin exigir el título de abogado (que no tengo medios de alcanzar), allí estaré yo. De modo que no sé, ni por asomo, ninguna de las particularidades superfluas de mi vida futura; pero sí afirmo que, sea en el ramo que sea, seré un funcionario *por oposición*, sin que me importe vivir en ciudad ó en pueblo, ser soltero ó casado, tener ó no tener hijos, ni cobrar el sueldo de una monarquía ó de una

república. Un cocido y una cajetilla de dos reales, debidos á mí mismo... ¡Ese es mi ideal!

—Un ideal de vía estrecha como los dos anteriores—dijo su *ad latere* Martín Pescador.—Pocas veces, en caso igual, se oirían confesiones tan sinceras. Lo corriente es vestirse con plumas de pavo real y hacer el autorretrato pintoresco, pero falso. Yo, en cambio, para ser sincero, necesito de la indulgencia de mis oyentes. Mi franqueza puede tacharse de cinismo... Y es cosa particular que, fijándose en ello, mis propósitos tengan puntos de contacto con cada uno de mis preopinantes. Á Juan me parezco en que me gusta vivir bien y no trabajar; á Dámaso, en que si él nació medio eclesiástico, yo soy sibarita de nacimiento; á la bella é ingenua señorita Inocencia, en que fundo mi felicidad en el matrimonio, y á Valeriano en que ganaré á mi mujer por oposición. ¡En una palabra, y de nuevo les pido perdón para mi desahogo: yo pienso seguir la carrera de... *consorte!* Una carrera mal vista, ya lo sé, porque puede convertirse en una estafa si, al recibir grandezas á cambio de cariño, no se hace efectivo el afecto que se pactó. Los defectos de los médicos ó de los abogados no son de la profesión, sino del modo de ejercerla. Pues dígame lo mismo de mi *carrera*: exégrese al infame que agravié á su esposa sirviéndose de sus bienes; pero no á quien va, como yo, de buena fe, resuelto á un canje leal. Yo doy un nombre y un hombre á cambio de mi bienestar. Si mi esposa no tiene encantos personales, me acordaré de que, sin ella, tendría que trabajar y sufrir chinchorrerías de jefes... que tampoco, después de todo, tienen encantos personales. Y entre aguantar á diario un superior molesto ó padecer una mujer poco agraciada..., ¿qué más da? Haré, pues, como Valeriano: llamaré á una puerta y á otra hasta que se me abra una. Me sobrarán candidatas, porque el matrimonio está en baja, y los voluntarios se pagan con plus. Pondré alta la puntería, porque claro es que no me pesará ser archimillonario; pero también sabré resignarme á un modesto pasar: sin *auto*, con un sencillo coche; sin hotel, con un pisito de seis ó siete mil pesetas; sin cotos de caza, con una *villa* en San Sebastián; sin dar bailes suntuosos, reuniendo semanalmente á comer unos cuantos amigos selectos, como los presentes, á quienes desde ahora tengo el honor de invitar... Y no tengo más que decir.

—Vamos, tú vas á explotar el físico—dijo Valeriano.

—Llámalo como quieras; pero he dicho la verdad, y sabes que ya tengo hecho un censo de solteras y viudas disponibles.

—Pues, chico, celebraré que se realice tu deseo con... *sorte*. Y ahora, ¡plaza al talento!, ¡ojigamos la elegante palabra del genial artista!

—Agradezco la lisonja—dijo, dándose por aludido, Saturnino Alegre;—pero soy el único que no necesita hablar aquí. Sería repetirme. Unos me han oído en la conferencia del Círculo, bien reciente; otros conocerán, al menos, la reseña de los periódicos; he dicho cómo el artista es un sér aparte en la vida; de tan distinta sensibilidad, que las diferencias de fortuna, de educación, de fe, de raza y hasta de sexo..., son secundarias ante el abismo que separa al artista del que no lo es. El artista es inconfundible... Todo lo transforma en belleza... El asesinato lo estudió Quincey «como una de las Bellas Artes»; lo que quiere decir que hay almas capaces de llegar al crimen cuando su ejecución es bella, y sólo por ser bella. Para el artista no hay dolor ni maldad que no pueda ser fuente de belleza; como Job, según Víctor Hugo, hizo de su lepra una púrpura, el artista...

—No hará nunca de su frío un gabán... ¡Oh, fantástico Saturninito! El artista es un sér aparte, como los locos...

—Pero ¿se puede saber, amigo Dámaso, por qué merezco el honor excepcional de ser interrumpido?

—Pues, sencillamente, porque nadie ha expuesto teorías, y éstas atraen la controversia.

—Por eso dije al empezar que no era preciso que yo hablara, siendo bien conocidos mis principios. Baste, pues, añadir que yo soy y seré, ahora y siempre, pobre ó rico, sano ó enfermo, pecador ó santo, Greco ó pintamonas, ¡artista y exclusivamente artista! No viviendo para el arte, creedme, no viviría...

—¡Ea, querida Luz!—dijo Juan David.—Á ti, la más joven del concurso, te toca cerrar la serie. Dinos tus ideales, que no llamará el amigo Martín de vía estrecha.

—¡Oh!, no. Desde el lugar pasivo que ocupa la mujer en la sociedad sería necio aventurar conjeturas sobre el destino. Lo vemos todos los días: vamos al baile y hemos de esperar *á que nos saquen*; no sabemos lo que vamos á bailar ni con quién. Pero ¿ideales? ¿Ensueños? Eso sí. ¡Ya lo creo! Yo soy incompatible con el amigo Martín... Precisamente porque pienso lo mismo que él. Y dos corchetas no... abrochan. Tengo, y lo confieso, monomanía de grandezas. Envidio todas las celebridades. Quisiera ser Juana de Arco, Agustina de Aragón, María Antonieta, Sarah Bernhardt... La vida oscura de mi hermana y de Dámaso me horripila. Nos enseñan en la Doctrina cristiana á santiguarnos, para que Dios nos libre de los malos pensamientos, y yo bien lo necesito y bien lo hago, porque mi fantasía pierde el freno y hay momentos en que... llego á envidiar á la Otero, la Cleo de Mérode, etc... ¡Dios me libre! Á veces, leyendo el relato de una catástrofe, quisiera ser la víctima, de

quien se dice que «era de belleza extraordinaria». Cuando caen en mis manos tantas y tantas revistas de actualidad, con retratos de mujeres, tengo que santiguarme en seguida, y aunque todas no lo confiesen, á muchas les pasa lo mismo. En resumen: para mí lo primero de todo es la gloria...

—¿La gloria divina ó...

—Las dos; en el pedir no hay engaño. Después de la fama, la fortuna, el dinero... Luego..., ¡nada! Ya todo me es igual. Pero no incurriré en el yerro, tan común, de andar á caza de un marido, bueno ó malo, con tal de casarme. Ó me caso bien ó no me caso. Prefiero quedar soltera que ser ama de llaves y de cría... en un piso tercero, con entresuelo, y... patatas viudas. Las cadenas, de oro ó no sufrirlas. Esclava de Dios, sí; pero ¡sufrir por un hombre la más pequeña molestia! Allá las demás; yo, no.

II

El jefe de estación de N*** esquivaba salir al andén, so pretexto de estar conferenciando por telégrafo, precisamente en favor de los viajeros amotinados. Y éstos descargaban su cólera sobre un humilde factor, á quien pedían el libro de reclamaciones para consignar su airada protesta contra el engaño de que habían sido víctimas, dando por expedita la vía y obligándoles á transbordar tres veces.

Sonaron unos discretos golpes en la puerta del despacho; abrió el jefe y vió entrar con sigilo al revisor acompañando á una señora.

—Aquí viene—dijo el entrante—la señora marquesa de Casa Real. Su esposo es consejero de varias Compañías de ferrocarriles, y no quiere mezclarse en la protesta.

—Muy bien. Sólo puedo ofrecerla, como ve, una modesta silla, pero me honraré mucho complaciéndola en cosa tan insignificante.

Quedan solos el jefe y la marquesa; explica ésta que viaja sola, como no tiene costumbre de hacerlo, por un telegrama urgente que ha recibido del marqués, y al prestarla atención dice aquél:

—El título de la señora me confunde, porque yo... creo... ó... me parece conocer á usted...

—También yo recuerdo vagamente su fisonomía.

—Saturnino Alegre, su humilde servidor.

—¡Usted! ¡Usted Saturnino Alegre! Era lo único que faltaba...

—¿Cómo lo único que faltaba?

—¡Sí! ¡Tiene muchísima gracia! ¿Quién no se acuerda de sus palabras en el banquete de Juan David?

—Luego usted es...

—Inocencia Donaire.

—¡Inocencia! ¿Enviudó usted del boticario?

—No, señor, no; no me casé con él. Lo mismo que aquí un sencillo movimiento del guarda-aguja manda el tren por otra vía, un azar inesperado cambió mi destino. Levantó su casa de Bilbao mi tío el marqués, á quien sólo de nombre conocíamos, pues por un antiguo pleito no nos tratábamos. Al verse en Madrid con mi padre hicieron las paces, vino á mi casa, me vió, le gusté (por lo visto), y aunque con otro no me hubiera casado llevándome cerca de treinta años, por aquello de ser pariente..., en fin..., y porque me lo aconsejó mi padre, me resigné á ser marquesa, y rica, renunciando á mi ideal farmacéutico...

—¿Tiene usted... familia?

—¡Tampoco!

—¿Seguirá usted cuidando entonces los chiquillos de la vecindad?

—No, señor, no. Merezco su ironía. Pero... ¿y usted? Aun recuerdo la *pose* con que nos dijo: «Seré artista, exclusivamente artista. No viviendo para el arte no viviría.»

—Es que la vanidad nos ciega siempre, pero más en los primeros años: confundimos la facultad de sentir la belleza con el poder de crearla. Yo, impregnado de arte, ensayé mis pinceles, y... fué una desdicha. Tuve el valor de acudir á una Exposición con tres lienzos. Dos los rechazaron, el otro fué á la *Sala del crimen*. En cuyo momento histórico murió mi padre, dejando en muy mala situación á mis tres hermanas. Tuve que buscarme la vida para ellas y para mí. Y aquí me tiene usted: las saqué adelante como pude, se casaron..., me casé, y... ya tiene usted cuatro servidoritos...

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡No me quedaba más que ver!

—En efecto, dijo usted antes que yo era «lo único que faltaba».

—Pero ¿usted no ha sabido nada de los demás comensales?

—¡Ni lo más mínimo! No sé por dónde anda Juan David, y me extraña que estando yo en este empleo no le haya visto pasar nunca por esta estación.

—Ni por ésta ni por ninguna. Es raro que no lo sepa usted.

—Es que yo, poco después de aquella despedida, estuve fuera mucho tiempo.

—Pues el incansable viajero, el judío errante, está metido en un pueblo.

—¡Ah! ¡Vamos! ¿Con Dámaso, el curita, su gran amigo?

—¿Qué cura ni qué niño muerto? Dámaso no llegó á cantar misa. Tuvo un rifirrafe con un profesor, llegaron á las manos y le echaron...

—Entonces... ¿qué es de él?

—Corista de Apolo.
 —¡Qué barbaridad!
 —Como usted lo oye.
 —Y ¿qué hace Juan en un pueblo?
 —Vegetar. Antes de emprender su viaje, y para simplificar el cobro de sus rentas, quiso tener todos sus bienes en valores mobiliarios, y puso en venta su finca próxima á Leganés y Alcorcón. Un día se le ocurrió ir á retirar de la casa algunos objetos familiares; enganchó el *tilbury*, realizó su proyecto y dió la vuelta por Alcorcón. Esa fué toda su famosa égira... No estrenó el kilométrico. Á su paso por la patria de los pucheros vió una muchacha que le trastornó sin que se sepa por qué. Agradable y sana, pero sin instrucción, sin modales y modestísima labradora. Fué una boda relámpago. Se casó, se metieron en la finca, engordaron como dos cebones, atrapó á los dos años una humedad que le dejó baldado, y así vive.
 —¿Tuvo familia?
 —No. Se la dieron hecha; viven á su sombra y costa los papás políticos y cuatro cuñaditas.
 —¡Pues sí que se le ha cumplido el programa que le oímos!
 —¡Calle usted! ¡Sí, usted era el único cabo que faltaba!
 —¿Acaso aquel Valeriano se equivocó también?
 —Ese está en un Penal.
 —¿De jefe?
 —¡De recluso! El que sólo quería un cocido ganado por su esfuerzo, se dió á malas compañías, abandonó el estudio, fué gancho de juego, vivió en grande, colocando capitales en préstamos á menores de edad, y puesto en el disparadero, se metió

en una gran estafa, se ganó una celda.. por *oposición* á las leyes.

—¡Ah! Se me olvidaba preguntar á usted por el famoso Martín, aquel simpático vividor, que vestía tan bien y tan milagrosamente...

—¿El de la carrera de *consorte*? Desde que le oímos aquella declaración bromeábamos con su apellido, y le decíamos: «Adiós, Pescador... de dotes.» Y él sonreía satisfecho, contestándonos: «Al tiempo, al tiempo. Ustedes comerán á mi mesa.» Y en efecto, dicen que en su casa se come muy bien.

—¿Por fin encontró la rica heredera? ¿Se casó?

—Sí; como andaba mal de cuartos comía en un figón ilustrado, medio taberna, medió *tupi*; entró en relaciones con la hija del dueño, sin pensamiento trascendental, por pasar el rato. Luego fué hombre de conciencia y se casó. Ahora es él el dueño: saca para vivir, trabajando mucho...

—Es decir, lo contrario de lo que pensaba.

—Justamente.

—¿De modo que nadie, nadie, se ha librado del vuelco de sus ilusiones?

—Nadie.

—Casi no me atrevo á preguntar á usted por su hermana Luz, que también tenía monomanía de grandezas y amaba el ocio y la fortuna...

—Pues ¡asómbrese usted!...

—¿Asombrarme después de lo que oí de los otros?

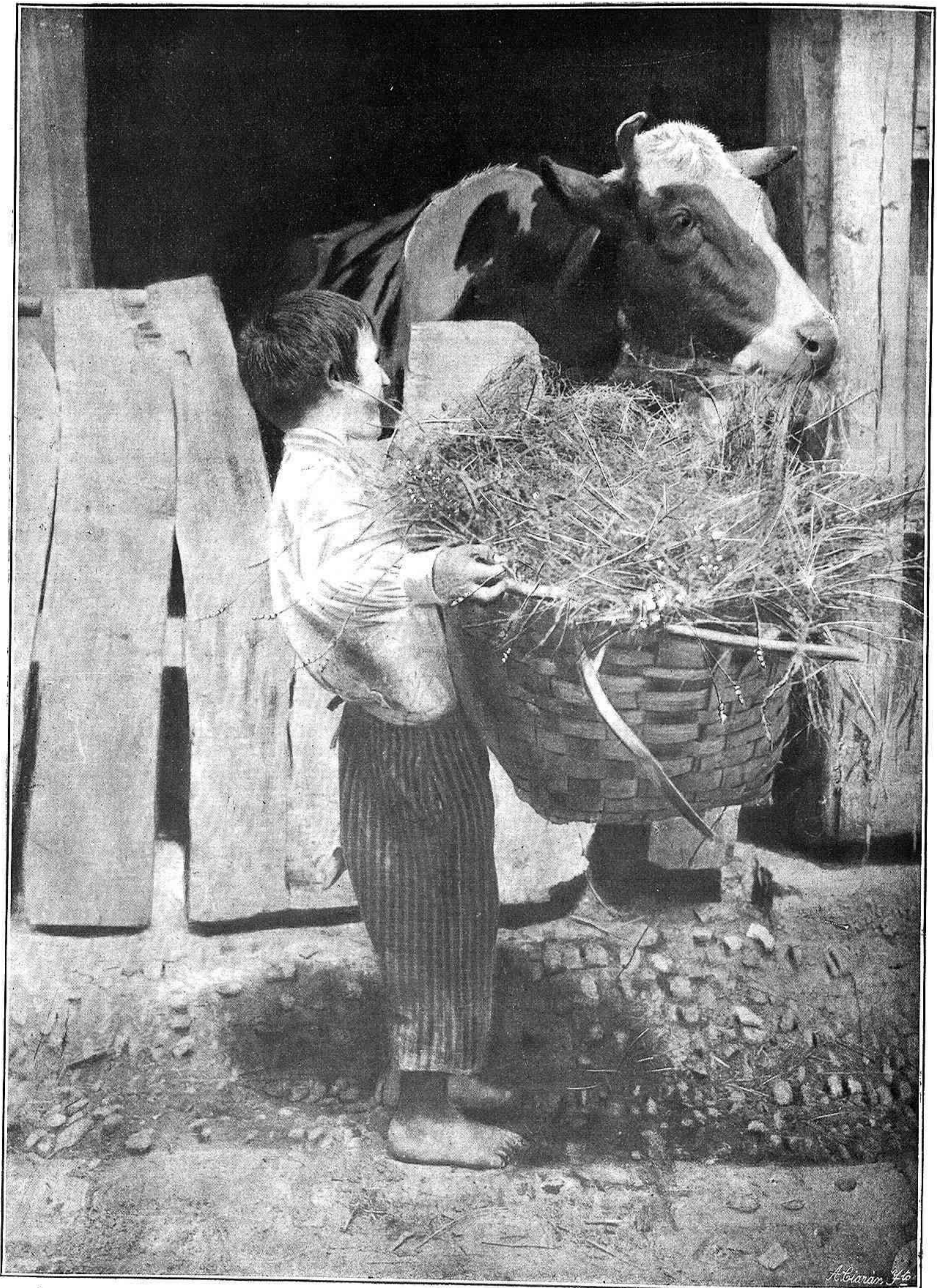
—Sí.

—Pues ¿qué es su hermana?

—¡Hermana de la Caridad!

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.





ESCENA MONTAÑESA

Toma un bocaduco.

(Fot.ª de J. G. de la Puente.)



JARDÍN DEL PARMO (Mallorca.)

Cuadro de S. Rusiñol.



El borracho hidráulico.

—Agua, Señor, danos agua,
Sé complaciente y benigno;
Que llueva, Señor, que llueva,
Ó se desborden los ríos,
Ó haga brotar manantiales
De las piedras San Isidro,
Repitiéndose el milagro
Que el santo labrador hizo.

Así decía un borracho,
Hidráulico por lo visto,
Puesto que elevaba el agua
En grado superlativo,
Y en épocas de sequía
Siempre estaba con lo mismo,
Y si el tiempo era lluvioso
No variaba de estribillo.

—Peor es el fuego que el agua,
Como lo siento lo digo;
La inundación es prolífica
Y el incendio esterilísimo.
En cuanto hace tiempo seco
Ando más muerto que vivo;
Quisiera ser un Neptuno
Para desatar los grifos
Y descargar á las nubes

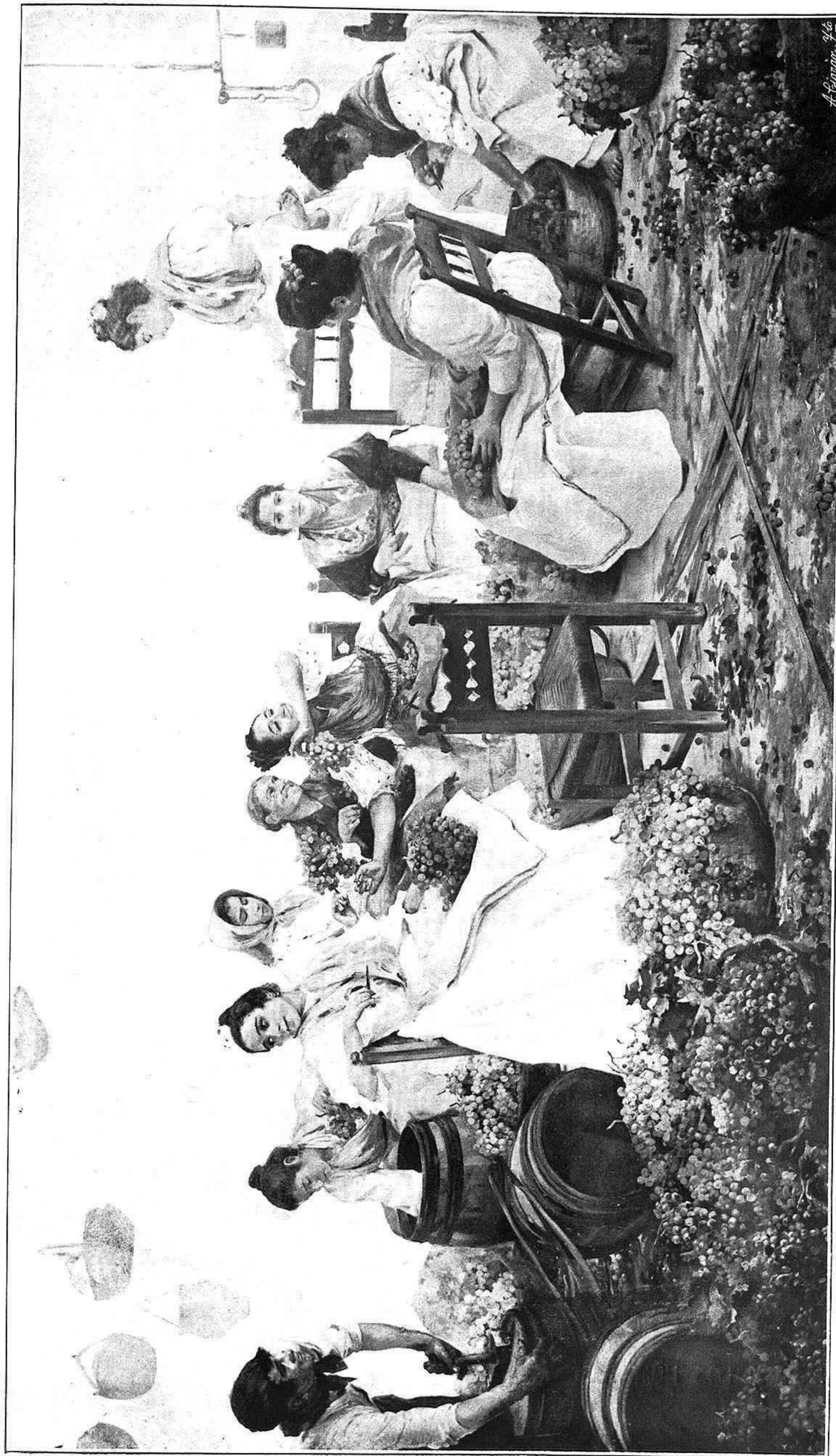
De todo el precioso líquido;
Sueño con las cataratas
Del Niágara, y hasta envidio
Aquel diluvio benéfico
De que hablan los textos bíblicos.
Señor de cielos y tierra,
Piadosamente infinito,
Agua, Señor, danos agua,
Por los siglos de los siglos.

Hasta que un día, que estaba
Entre Valdemoro y Pinto;
Harto ya de tal canción,
Absurda en tal individuo,
—Pero ¿por qué tanto empeño —
El tabernero le dijo—
De que el agua no nos falte,
Si usted no la prueba, amigo?

Y el otro le replicó:
—¿Sabe usted por qué la insto,
La demando, la requiero,
La imploro y la necesito?
Porque para un buen cristiano
Es elemento preciso;
Porque sin él no podría
Verificarse el bautismo,
Y, en fin, porque ¡si se acaba
El agua, se acaba el vino!

JOSÉ DE LASERNA.





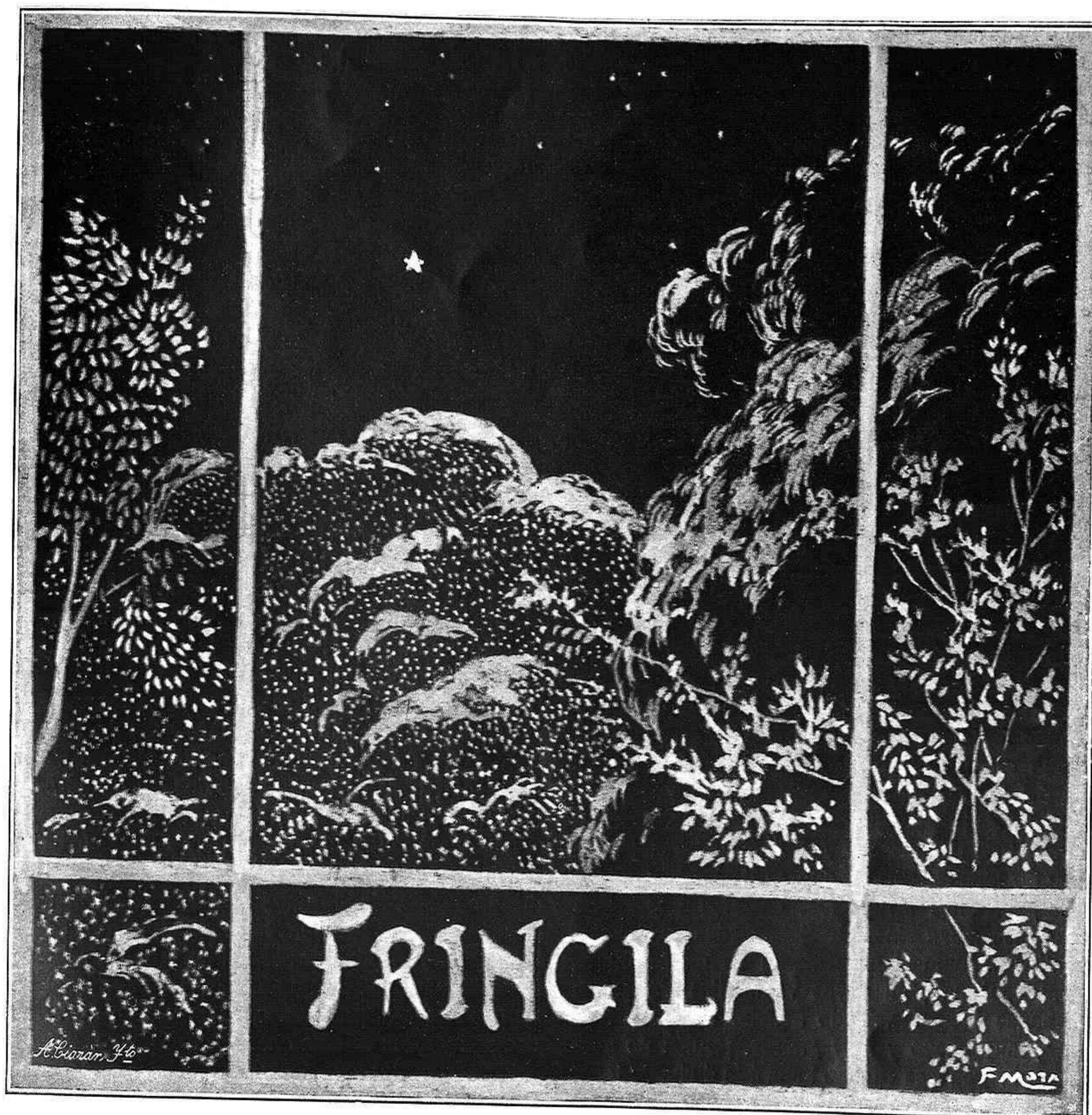
LAS UVERAS



Cuadro de Eduardo Chicharro.



LA GIMNASIA Y LOS NÚMEROS



Y ESPERABA... Esperaba en la copa del almendro, henchido de savia agridulce, que comenzaba á estallar en brotes. Era la hora solemne, la escogida para las anunciaciones en todos los ritos; la hora mística en que vibra doliente el eco de los bronce y asoma á los labios la plegaria, y una de las líneas del horizonte se difumina en púrpuras mientras en la opuesta parpadea luminosa la estrella única sobre mares insondables de azul; la hora en que se estremecen los cálices y palpitan los nidos y la luz va muriendo, despedida por lejano tintinar de esquilas y balidos de recentales y aleteos de pájaros fugitivos que buscan un refugio desde donde contemplar, encogidos y temblorosos, la magnificencia enigmática del Misterio estrellado.

Y ella no venía. Diez veces lanzó Celebs su grito

vibrante que subió por las ramas y fué á perderse en las lejanías, en que se extendía amenazadora la sombra, y otras tantas irguió su nuca de color azul ceniciento con el despecho de la impaciencia y extendió sus alas franjeadas como un blasón, como si fuera á lanzarse al espacio hostil y solitario. Las rojas plumas de su pecho se erizaban unas veces de frío y otras de cólera. Pasó sobre su cabeza una ráfaga helada; luego comenzaron á brillar en el cielo los astros, y el silencio fué tan augusto que el infeliz pinzón creyó oír dentro de su corazón los latidos.

Por fin en la parte purpúrea de la inmensa bóveda, allá donde el día se había sepultado en mares de grana, apareció una pequeña línea cabalística, algo como una úpsilon griega que fué ascendiendo sobre





la bóveda de azulado esmeril. Celebs se estremeció. Aquel vuelo raudo, grácil, seguro, no podía ser otro que el de Fringila.

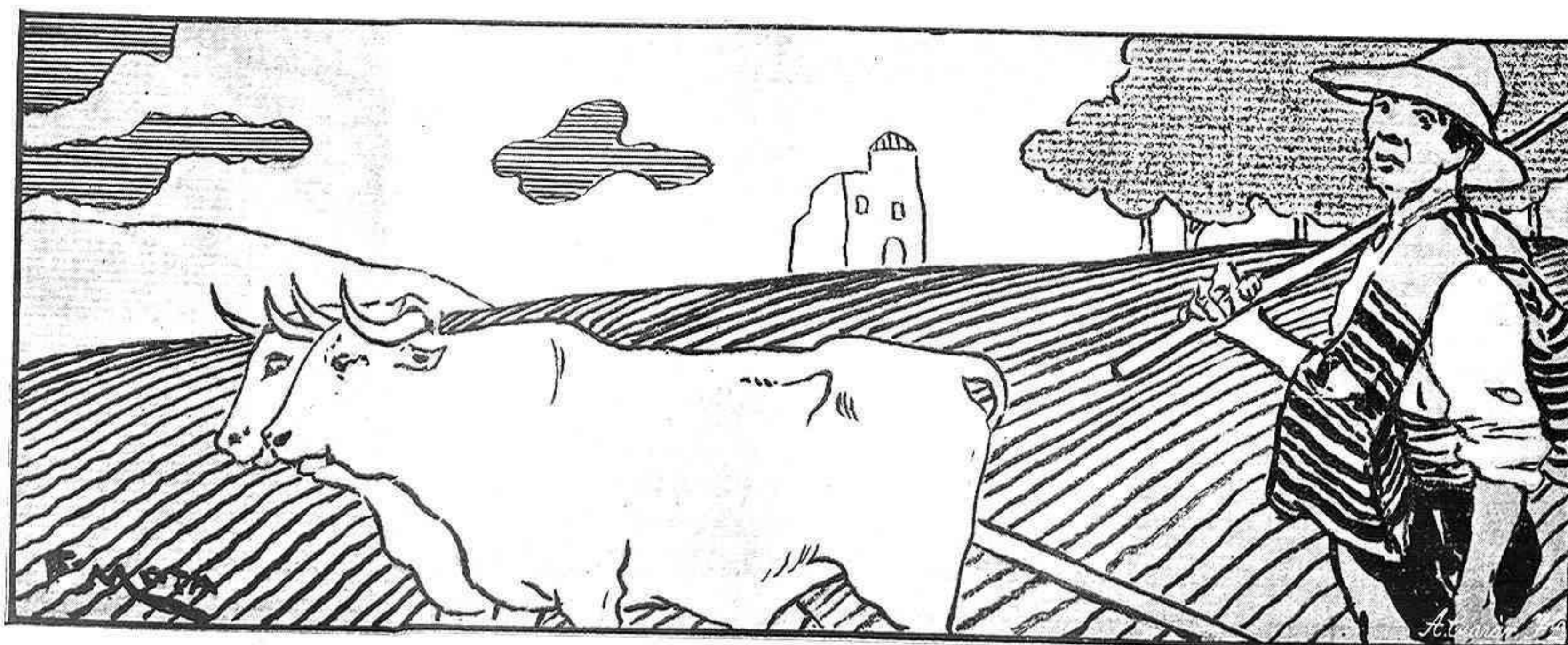
Un minuto después se posaba fatigada en la rama. Venía de muy lejos y la había sorprendido en el camino la noche. Una vez en el nido, contó trémula á Celebs las impresiones de su viaje. El mundo era muy grande: se extendía mucho más allá del bosque de cedros, se dilataba pasada la vertiente de la montaña cubierta de nieve. Y en ese mundo había ignorados y deslumbradores prodigios: floridos huertos en que se deslizaban claros y serpenteantes arroyuelos, caseríos por cuyos techos ascendían á las nubes humaredas fantásticas, orgullosas, como si procedieran de un sacrificio, torres enhiestas, en cuyos ventanales volteaban campanas jocundas. Todo aquello era muy hermoso, muy nuevo y muy grande. ¡Quién no sueña con la grandeza cuando llega á la dicha de tener alas!

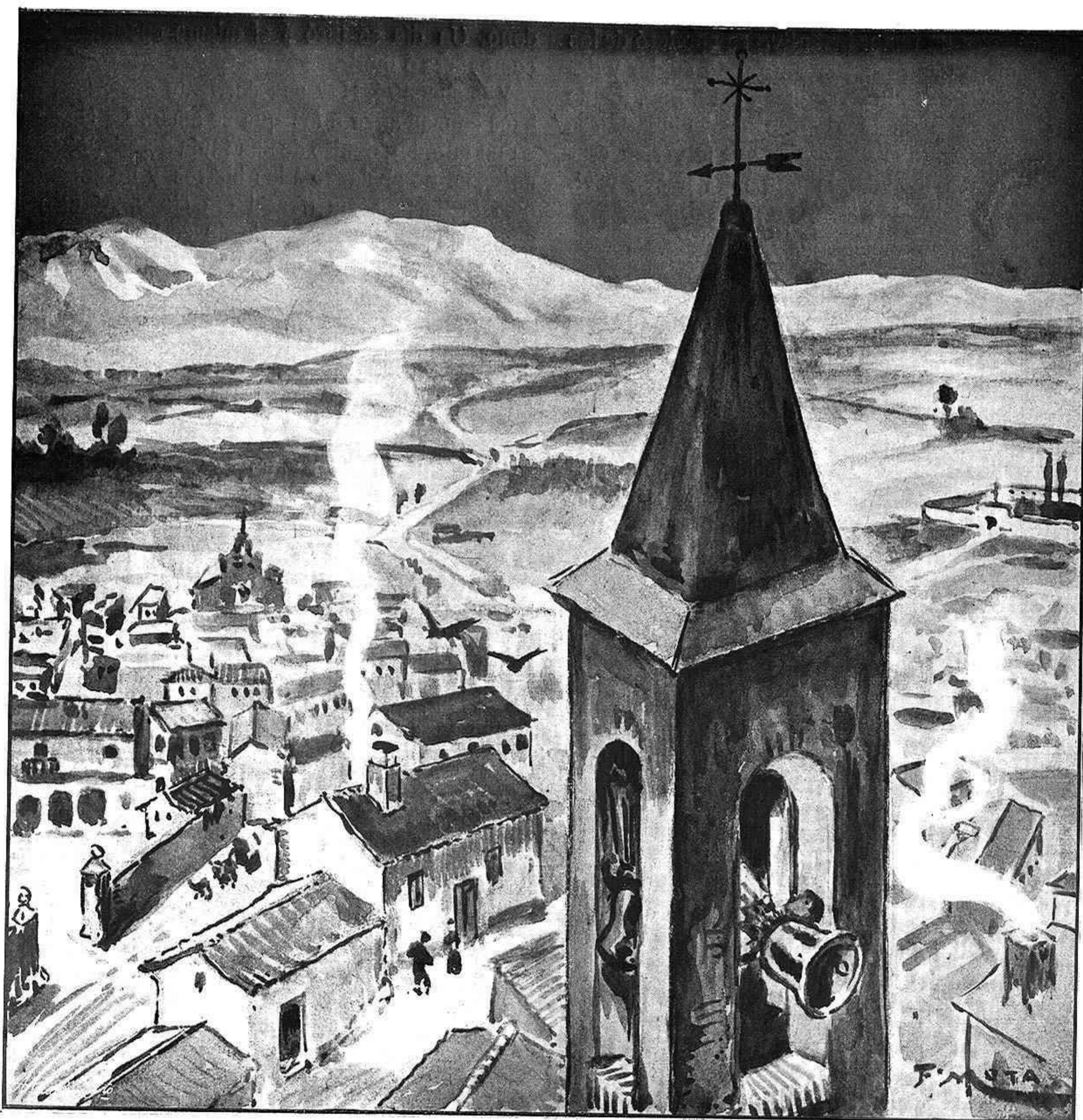
Celebs la escuchó taciturno. Para él el universo se llamaba Fringila. ¿Qué huertos más floridos que los ribazos en que ella caminaba saltando sobre

alfombras de césped, más jugosas y muelles que tapices de Egilope? ¿Qué sonidos más acordados que los de sus trinos sensuales, ni qué rumor más plácido y confortador que el de la lluvia, escuchado desde el escondrijo nupcial? La curiosidad de Fringila era malsana. Era allí, entre las montañas nevadas y los bosques de cedros, donde habían visto volar á sus hijos, donde ellos debían morir algún día, para reposar al pie de los almendros y transformarse en savia, en flor y en aroma.

Esta vez fué la hembra soñadora del conirrostro quien cayó en abatimiento mortal. Durante tres días no salió del nido sino para picotear displicente algunas rústicas semillas. En vano el pinzón desolado quiso alegrarla trayéndola en el pico robusto insectos y larvas. Fringila estaba enferma: enferma de ese mal que padecen cuantos vuelan de veras una vez y que se llama *ansia de lo infinito*.

Transcurridos que fueron algunos crepúsculos, Fringila insistió. Eran pinzones y debían volar. Ella moriría reclusa por siempre en el valle solitario y agreste, viendo siempre nacer iguales auroras, correr las mismas brisas, elevarse idénticos mur-





mullos. ¡La vida, la inspiración, la idealidad estaban muy lejos, más allá de las nieves!

Y Celebs se rindió. Una mañana tibia y perfumada emprendieron juntos el vuelo firme, incansable, tenaz. Y cruzaron sobre el bosque de almendros y traspusieron las cumbres frigidísimas y vislumbraron el valle riente y los caseríos humeantes y los campanarios enhiestos. Y el propio Celebs se preguntó cómo había podido vivir tanto tiempo sin deleitarse con tan bello espectáculo.

Sonaba confortador y regocijado el toque del alba. Por las apartadas veredas pasaban los campesinos cantando cierto *ranz* melancólico que las vacas subrayaban con el tañido de sus esquilas. Bandadas de jilgueros hendían los aires y los poblaban de gritos de victoria. Celebs buscó en la torre un lugar seguro y comenzó a instalar en él

su nueva vivienda. Cuando llegó la noche un fulgor de dicha inefable brillaba en sus ojos, tan intenso, tan soñador como el que fulguraba en las pupilas de Fringila.

Pero de pronto, un ruido ensordecedor, sobrehumano, paralizó la sangre en sus venas é hizo temblar la torre en sus cimientos. Era la campana, grave, aturdidora, apocalíptica, la que parecía arrojar su cólera aniquiladora sobre los intrusos. Los pinzones huyeron y hendieron las sombras aterrados, creyendo haber cometido una imperdonable profanación.

Pero les quedaba la paz del huerto y allí fué donde, á la primavera, depositó Fringila sus huevos, promesas de alada fecundidad. Eran pequeños, limpios, pintados; en su seno se albergaban los hijos, el porqué del vivir. Cesaron las excursiones



arriesgadas y un temor instintivo se apoderó de los dos amantes. Era menester ante todo cuidar y defender la prole. Y allí se pasaban las horas, dando calor con su plumaje al fruto bendecido de sus entrañas, soñando con el día en que le verían cruzar el espacio modulando una nota nueva y vibrante en la inmensa armonía universal.

* * *

Una tarde salieron juntos, sin embargo; habían descubierto un manantial nuevo, y se distrajeron sumergiéndose en el agua fresca é inmaculada. Al regreso les esperaba la catástrofe. Una mano impía les había robado su nido. La vecindad humana es dañosa á los pajarillos. Desfallecida, exánime, permaneció Fringila durante muchos días. Nada tan doloroso como una promesa frustrada. De su pico salió el grito de la especie herida. Pasado que fué el tiempo, su resolución fué irrevocable. Era preciso huir.

Pero ¿adónde? Comenzaron los vuelos atrevidos, las largas excursiones, las exploraciones insensatas. Una tarde Fringila regresó alborozada. No lejos de aquel sitio había visto una gran ciudad con jardines espléndidos, estanques alabastrinos y alcázares marmóreos. Allí las gentes, más cultas y piadosas, respetarían de seguro los nidos y... la hembra lo confesó con rubor: allí podría lucir su plumaje policromo, su canto subyugador, su vuelo caprichoso y audaz. ¿Para qué sirven la belleza y el arte si no hay quien los admire? La gloria nada vale sin la celebridad. Ser admirado es el patrimonio del genio. ¿Volver, como Celebs quería, al valle primitivo, triste y solitario? Jamás. Cuando el genio al morir pide luz, es siempre para que se le vea.

Y volaron á la ciudad. Fringila estaba deslumbrada al mirar los paseos enarenados, las lujosas carrozas en que se reclinaban mujeres de espléndida hermosura, los palacios de mármol y de jaspe, los parques inmensos; y ya de noche, no podía dormir, contemplando desde la imposta en que los pinzones habían hecho su refugio, al amparo de una estatua colosal de Venus Atenea, mirando á lo lejos las prodigiosas luminarias, verdaderos hormigueros de luz que simbolizaban la riqueza, la fiesta perpetua y el placer intenso é inagotable.

Una tarde Celebs esperó en vano la vuelta de Fringila. El pinzón, desolado, voló sobre los suntuosos palacios, pasó frente á los grandes almacenes, tropezando con los arcos voltaicos; desfalleció más de una vez en las populosas avenidas y creyó ser aplastado por los veloces automóviles. Todo fué inútil. Fringila no volvió. Errante muchos días, experimentó Celebs la suprema angustia del aban-

dono. Un día se juró á sí mismo encontrar á su compañera ó morir.

Y la encontró. Hay una corriente misteriosa que hace comunicarse á los que se aman. La encontró en un mirador, dentro de una jaula dorada, abatida, enferma. Se abalanzó á los hierros y no consiguió sino lastimarse. Su frenesí era ciego. Alguien se acercó al mirador, y el pinzón se vió obligado á emprender el vuelo. No temía por sí, sino por su última esperanza de dar á su amada la libertad.

Y ¿creeréis que lo consiguió? ¡Cuántos días perdidos en esfuerzos desesperados é inútiles, hasta dar con su pico, por azar, en el resorte que abría la puerta de la jaula! Fringila salió y cruzó los aires sin mirar á su compañero abnegado. El instinto es ingrato. Por fin se encontraron en la espesa fronda del parque, y Celebs abordó resueltamente el problema.

Era preciso regresar al valle nativo. Á mayor esplendor, mayor peligro para los débiles, mayor miseria para los míseros, mayor dolor para los tristes. Había que volver á las tierras humildes y á los cedros callados y solitarios. La gloria era mentira, humo que se evapora. Nacer y morir en un mismo sitio: tal era el ideal de los seres de carne y de pluma que saben amar.

Fringila se indignó. ¡Renunciar á lo que brilla y fulge después de haberlo contemplado! Era superior á sus fuerzas. Irían al jardín del Emperador, en donde las jaulas estaban repletas y no hacía falta un prisionero más. Celebs encantaría con sus arpegios los oídos de todo un monarca, y ella participaría de la gloria del gran artista inimitable. Por su parte, luciría su plumaje vistoso, su soberana gracia, bebería en tazas de alabastro y se columpiaría en tallos de nardo y jazmín. No esperó la respuesta y emprendió el vuelo.

Celebs la seguía. Pasaron la cerca, se internaron en el bosque. De pronto una detonación espantosa sonó en un plantío de adelfas y, disipado el humo, vió Celebs á su amada abatir las alas é ir á caer fuera de la cerca, por la velocidad adquirida. Se abatió sobre un prado de pensamientos, y allí dobló, exánime y moribunda, su tierna cabecita gentil.

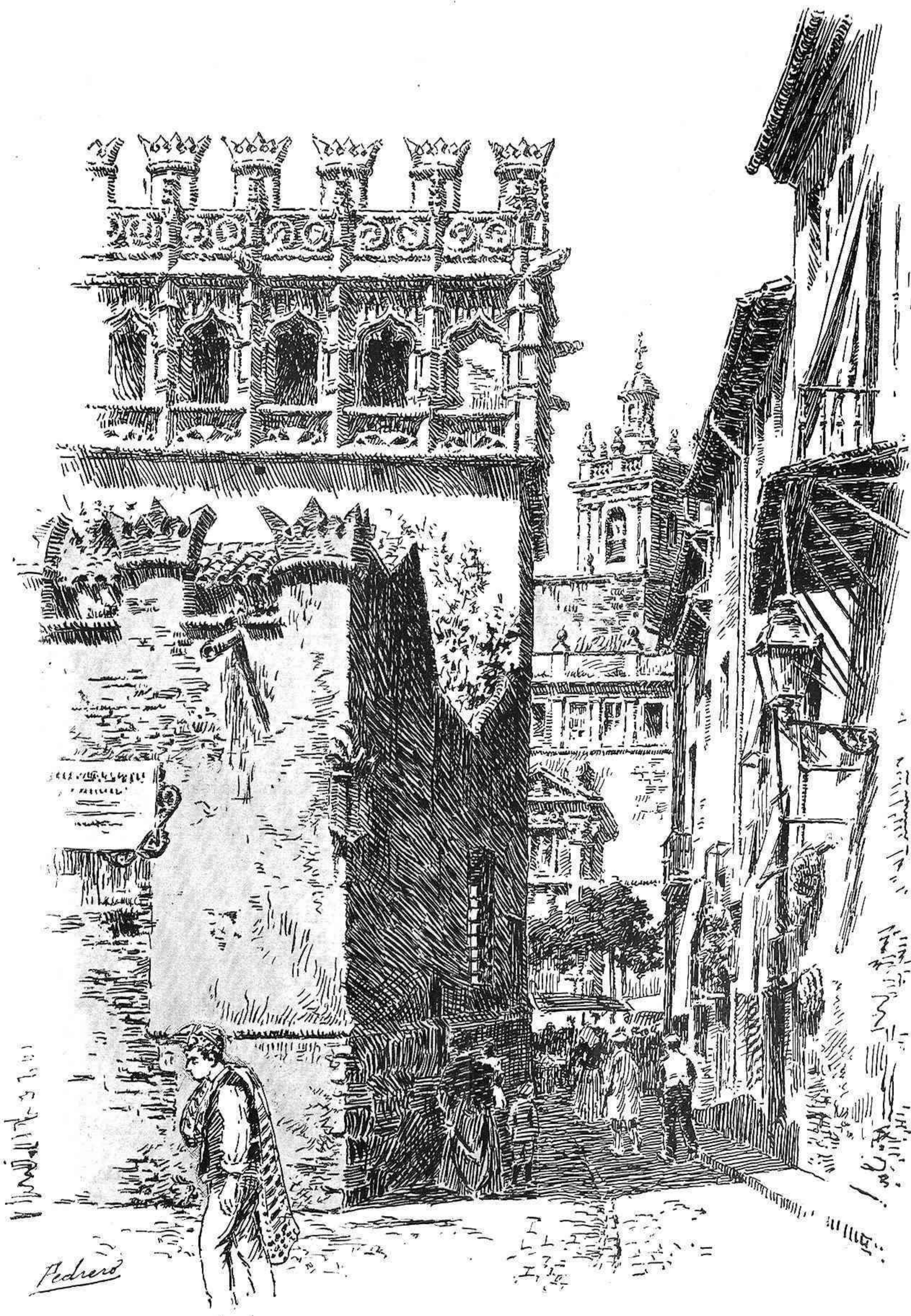
—¡Fringila!—murmuró en el paroxismo de la angustia Celebs.—¡Vida mía, levanta, huyamos! ¡Huyamos al valle solitario, pero lleno de aromas; humilde, pero exento de riesgos, en donde no turbe nuestra dicha la ajena maldad!

—Es tarde—balbució ya casi sin aliento Fringila. Y, sin embargo, yo quisiera...

—¿Qué quisieras?—contestó delirante Celebs.—¡Dilo para realizarlo á costa de mi vida!

—Yo quisiera... ¡volar más allá!

ANTONIO ZOZAYA.



PAISAJES ESPAÑOLES, por Pedrero.

Valencia.-Calle de Cordellats.





LA CHUMBERA

Indómita, salvaje, rígida, oscura,
Deforme, áspera, huraña, recia y bravia,
Del caos primitivo resto y hechura,
Aun habla de los tiempos en que á porfía
La fuerza batallaba con la hermosura,
Y era siempre la fuerza la que vencía.

Al verla se diría que Dios la hizo,
Más que planta insensible, monstruo viviente
Que, aferrándose al duro suelo calizo,
Se retuerce y se enrosca, cual la serpiente,
Y se cubre de púas, como el erizo.

Más hosca y más arisca que la gitana
De retadores ojos y tez bronceada,
Al paso infranqueable, nunca se allana,
Y, rebelde á la poda, nunca se alinea.

Sin desgarrar la mano que va á cogerlos,
Sus incitantes frutos gustar no deja.
Porque, para endulzarlos y defenderlos,
Tiene miel y aguijones, como la abeja.

* *

Quando el agua del cielo cae á raudales,
Rebota, sin doblarlas, en sus paletas,
Firmes, escalonadas y desiguales,
Y baja entre sus nudos y por sus grietas,
Antes de que, embalsada, forme charcales
Y corra por los surcos y las cunetas.

Si el viento huracanado que se embravece,
En la huerta, en que es seto, vallado y linde,
Olivos y naranjos sacude y mece,
Resiste, siempre altiva, siniestra y torva,
La fugitiva racha que no la rinde
Y el pertinaz impulso que no la encorva.

Y si el fuego que abrasa la rastrojera,
Y que á su pie consume cardos y gramas,
Da á su silueta informe nimbo de hoguera,
Y á su cuerpo de saurio rojas escamas,
Crepita con violento chasquido ronco,

Y sufre sin quemarse que, hasta sus ramas,
Siguiendo la epiléptica torsión del tronco,
Más que el soplo del viento, suban las llamas.

* *

Quizás en esta sierra y en este llano,
—Como hoy engalanada, como hoy florido—
Lo mismo que la veo, la vió Lucano,
El poeta rebelde y enardecido
Que, celebrando á Orfeo, venció á un tirano,
Y amando la justicia, cantó á un vencido.

Y mientras le inspiraba su libre musa
Su hexámetro sororo, lleno y valiente,
Como calenturienta visión confusa,
La selva de Marsella surgió en su mente.

Y adivinó el misterio de su aspereza,
Y su sombra perenne, medrosa y fría,
Y el ramaje intrincado con la maleza
Que, vivo y palpitante, se retorcía
Porque en lugar de savia, sangre corría
Bajo la piel rugosa de su corteza.

* *

Hoy, mientras que á la fuerza vence la gracia,
Y que de la belleza triunfa la moda,
Hoy que el sauce se riza la barba lacia
Y logra el jardinero con sabia poda
Que su copa en esfera trueque la acacia;

Que, hasta formar un arco con su ramaje
En un ceremonioso, grave saludo,
El ciprés, cortesano, la frente baje,
Y que el boj recortado copie un escudo
Con orla y lambrequines, yelmo y plumaje;

¡Aun conserva su aspecto deforme y rudo,
Su altivez primitiva, su hosca fiereza
La chumbera indomable, fuerte y bravia,
Para probar que hay algo que es todavía
Natural en la madre Naturaleza!

MANUEL DE SANDOVAL.

EXPOSICIÓN CANINA

(Inglaterra). "The Bull dog."



MARIANO
FELEZ
MADRID 1913

La Virgen bizantina.

QUÉ tole tole se armó en Madrid por causa de la dichosa escultura!

«El Estado no debe consentir que las obras de arte salgan de España», decían unos. «Es un caso de conciencia para el Ministro del ramo», añadían otros. «Hay que promulgar una ley para que el poseedor de una joya de esa naturaleza no la pueda vender al extranjero», vociferaban muchos. «¿Y si el dueño se está muriendo de hambre?», argüían los menos. «Pues que reviente», respondían los más. Y así discutiendo los dos bandos en periódicos y revistas, en los centros artísticos, en el salón de conferencias y hasta en los cafés, el público iba interesándose por la famosa talla, como si se tratara de un pedazo del territorio nacional que se marchase tranquilamente á echar raíces en extraño suelo, dejando en la honra patria un hueco de esos que no se llenan con las lágrimas de cien plañideras generaciones.

Y era de ver y de oír el derroche de erudición barata que con motivo de la célebre Virgen se propinaban los presumidos de sabihondos.

—El arte bizantino nació en el siglo IV de nuestra Era—clamaba D. Senén del Marchamo en la tertulia de la Peña.

—¡Qué Era ni qué ocho cuartos!... Hasta el siglo VIII no tomó el arte bizantino verdadero carácter—respondía D. Nicéforo Pendueles, que por razón de su nombre griego la echaba de perito en tales materias.

—No entienden ustedes una palabra de estas cosas. La influencia helenística y la adaptación de los elementos orientales son las características del arte bizantino—argumentaba D. Sisebuto de Fraga, el conocido inventor de la quinta rienda para montar á caballo.

—Lo que le digo á usted es que la Virgen en cuestión parece tallada por el propio Geroncio—predicaba D. Juan Capicúa, el conocido financiero.

—¡Lo que sabe Capicúa!—murmuraba D. Pedro Gómez al oído de D. Sandalio Pizcueta.

—Nada, hombre, nada. Eso lo ha leído esta mañana en algún diccionario enciclopédico.

Y por si éste sabe ó aquél deja de saber, por si el Gobierno es un blandengue que no pone mano en el asunto, por si los españoles son todos una reata de mansos que toleran que así se desmembre el tesoro nacional sin decir oxe ni moxe, y por lo de más acá y más allá, D. Sisebuto y D. Nicéforo se dieron de cachetes, y dos conocidos *clubmen* se batieron á pistola.

Como que al fin y al cabo el providente Gobierno, que si no existiera para nuestra felicidad y buen vivir sabe Dios lo que sería de nosotros, vióse en el caso de meter su cucharada en el asendereado negocio, nombrando una Comisión que emitiera su respetable voto acerca de estos dos importantísimos extremos: Primero, si la Virgen bizantina era ó no auténtica; segundo, si en caso de que lo fuera debía permitirse al poseedor de la mirífica talla que la vendiera á Mr. Lacksen, el famoso anticuario norteamericano.

Reunidos los eximios personajes que fueron designados para tan delicada tarea—un iconógrafo ilustre, un peritísimo crítico, un coleccionista de cosas antiguas y un diplomático que había viajado mucho,—dictaminaron, *nemine discrepante*, que la Virgen bizantina era auténtica de toda autenticidad, (y eso que por causa de la discusión en punto á las relaciones entre el arte bizantino y el occidental, en un tris estuvo que se tirasen los trastos á la cabeza), y para mostrar su saber profundo sacaron textos de Straygowski y Courajod, que pasaron íntegros al luminoso informe elevado al Ministro que entiende y rige los asuntos artísticos. En cuanto al segundo tema, dividiéronse los respetables miembros de la Comisión, pues el iconógrafo y el crítico opinaron por el veto á raja tabla, mientras el coleccionista y el diplomático que había viajado mucho establecieron distingos, cuyo valor legal sólo podía esclarecer un conclave de jurisconsultos, ya que al Ministro se le pasó meter un abogado de nota en la Junta dictaminadora, que para dilucidar el aspecto jurídico del caso habría venido de perilla.

Y después de haber pronunciado su última palabra tales autoridades, ¿quién era el guapo que se hubiese atrevido á sostener que la discutida imagen no era auténtica?... ¡Si bastaba verla! ¡Una escultura de madera, chapeada de finísima lámina de oro; el paludamento todo cincelado, con recuadros llenos de follajes y animales; el nimbo y orla del vestido incrustados de ricos cabujones de piedras preciosas; las manos planas y alargadas; los ojos abiertos, grandes, con enormes pupilas de azabache; la cabeza de largo vuelo; la mandíbula reducida, y el divino Niño delante, con su nimbo crucifero!... Indudablemente esta imagen, que se escapó al afán destructor de los bárbaros iconoclastas, tolerados por el Isáurico, vino de Constantinopla á España traída por algún valiente almogávar que la arrancó de rico oratorio constantinopolitano.

Pero, en resumidas cuentas, ¿la tal Virgen era auténtica ó no?

La historia de la famosa escultura es una de las más ingeniosas chuscadas que se le han ocurrido al humano ingenio, en aprieto de dar la castaña al crédulo prójimo. Y es la siguiente:

Erase que se era un individuo sumamente ducho en antigüedades, con las cuales hizo su Agosto, unas veces dando gato por liebre y otras quedándose con el gato, á no poder más. ¡Aun le estoy viendo! Bajito, recoquín, carirredondo, todo afeitado, ojos vivos, coloradote, sonriente, aspecto bonachón, encubridor de mil camándulas, y tan abultado de abdomen que sus cortas piernas iban perezosamente marcando paso tras paso, cual si pisara huevos. Y voy á llamarle D. Eleuterio, porque aun vive, y no quiero que me arme alguna zalagarda.

Pues mi D. Eleuterio veíase cierto día en un verdadero apuro. Como las veces de la fortuna nunca han reposo, en una de ellas le volvió la cara y se encontró el sagaz chamarilero sin blanca y á punto de perder crédito y honra, porque en compras y cambalaches apretó más de lo que podía abarcar, y los vencimientos de las letras veníanse á galope tendido. ¿Qué hacer en semejante trance y cómo reunir las 15.000 pesetas que le faltaban para cubrir sus pagos? Revolvió entonces los cachivaches de su casa, á ver si vendiéndolos todos, aunque fuera á bajo precio, componía la suma deseada; pero bien presentados y mejor compuestos no montaban, ni con mucho, las 15.000 susodichas. Y estando en tales angustias tropezó con la escultura que en una almoneda de cierta casa ducal, venida á muy poco, compró por cuatro cuartos, tal se hallaba de estropeada y carcomida, y cuyo origen seguramente no iba más allá del siglo XVI. Verla y darse un golpe en la frente, todo fué uno. Llamó á un habilísimo restaurador, que por ahí anda, y entre los dos amañaron y pulieron la estatua, de suerte que el artífice que puso primero en ella sus pecadoras manos no la hubiera conocido. Pero quedaba lo principal. Quedaba rodear á la santa imagen, ya acicalada y vestida de bizantinismo puro, de alguna prestigiosa leyenda que fuese cebo de incautos, pues estas cosas antiguas se venden según el clavo de que se cuelgan: si es de oro valen mucho, si es de hierro no valen nada. Y he aquí lo arduo del problema.

¿Cómo llegó á noticia de D. Eleuterio que las monjas clarisas estaban á la cuarta pregunta? ¡Vaya usted á saberlo! Ello fué que una mañana se presentó en el convento con pretexto de ver si querían vender cosas antiguas, trabó amistades con la Superiora, pues labia le sobraba, aquélla le pintó las miserias de la comunidad, fingió compadecerse de ellas, y como la echó de hombre rico y generoso, al despedirse habló así:

—Mire usted, Madre. Su relato me ha enternecido... Yo tenía una hija que se metió monja á los veinte años y murió tísica... ¡Pobre hija mía!—Y aquí D. Eleuterio largó un zollipo y se llevó el pañuelo á los ojos.

—Dios la tenga en el cielo—murmuró la monjita toda acongojada.

—En memoria de mi infortunada Marta tome usted estas cien pesetas.—Y puso el billete azul en manos de la Superiora.—Pero aun quiero —continuó—manifestar á usted, por mayor modo, el interés que me inspira esta santa casa. Mañana enviaré á ustedes una imagen de nuestra amantísima Madre, por la cual mi pobre hija —y aquí otro zollipo — tenía gran predilección. Yo estoy solo en el mundo y en mi casa no recibe el culto que debiera, mientras que aquí...

—¡Ah, señor!... ¡Cuánta bondad!—exclamó la Superiora.

—Conserven ustedes la escultura y récenla, que es milagrera; pero si alguna vez los apuros del convento les obligan á venderla, por nada de este mundo digan que yo la traje, sino que aquí la tienen de tiempo inmemorial y pidan por ella dos mil pesetas..., ni un céntimo menos.

Después de este discurso mi hombre se fué tan campante, y las monjas reuniéronse en el coro y rezaron por el alma de la pobre Marta, que en el breve espacio de un minuto nació y murió en la mente de D. Eleuterio.

No transcurrieron ocho días cuando un corredor de antigüedades, de los más afamados, llamó á la puerta de D. Gustavo Cienfuegos, el anticuario *ganguero* que todo Madrid conoce.

—Don Gustavo—le dijo.—Traigo un hallazgo. Un verdadero momio. He descubierto una Virgen bizantina que se puede adquirir á poca costa.

—¿Auténtica?

—Autentiquísima.

—¿Está usted seguro?

—Cuando lo digo yo.

—¿Dónde está?

—En un convento de monjas. Allí la guardan como una preciosa reliquia. Procede de un legado que hizo al convento el Papa Borgia.

—Pues tráigamela antes de que otro la huela y se la lleve.

—Piden por ella dos mil pesetas.

—Como estas—dijo D. Gustavo echando mano á la cartera.

—Poco á poco, don Gustavo... Como usted la puede luego vender en diez ó doce mil duros, porque los vale, á mí me ha de dar usted veinte mil pesetas.

—Ahí van veintidós mil, si la escultura es auténtica, se entiende, y si me gusta mucho le regalaré además quinientas pesetas de botijuela.

Cerróse el trato, vino la escultura á poder de D. Gustavo, el corredor echadizo se guardó mil duros más la botijuela, de acuerdo con D. Eleuterio, y éste quedóse con las quince mil pesetillas,

riéndose para su papada de D. Gustavo Cienfuegos y de las pobres monjitás, inocentes cómplices de su embuste y maña.

.....
¿Que parece un cuento? Pues no lo es. ¿Que sería un caso de conciencia llegarse al Ministro y decirle la verdad? ¿Para qué? ¿Para que propios y extraños se burlasen de los eximios varones miembros de la Comisión famosa, con lo cual todos perderíamos?

¿Que cuál será el final de la historia? Pues que cuando un experto inteligente y honrado aparezca y examine la escultura, se habrá venido al suelo la leyenda de la Virgen bizantina.

Pero yo pido al sér poético y divino que la representa que no aparezca jamás ese honrado experto... ¡Se vive tan bien con la leyenda y consuela tanto!

EMILIO GUTIÉRREZ-GAMERO.

NIDO DE ÁGUILA

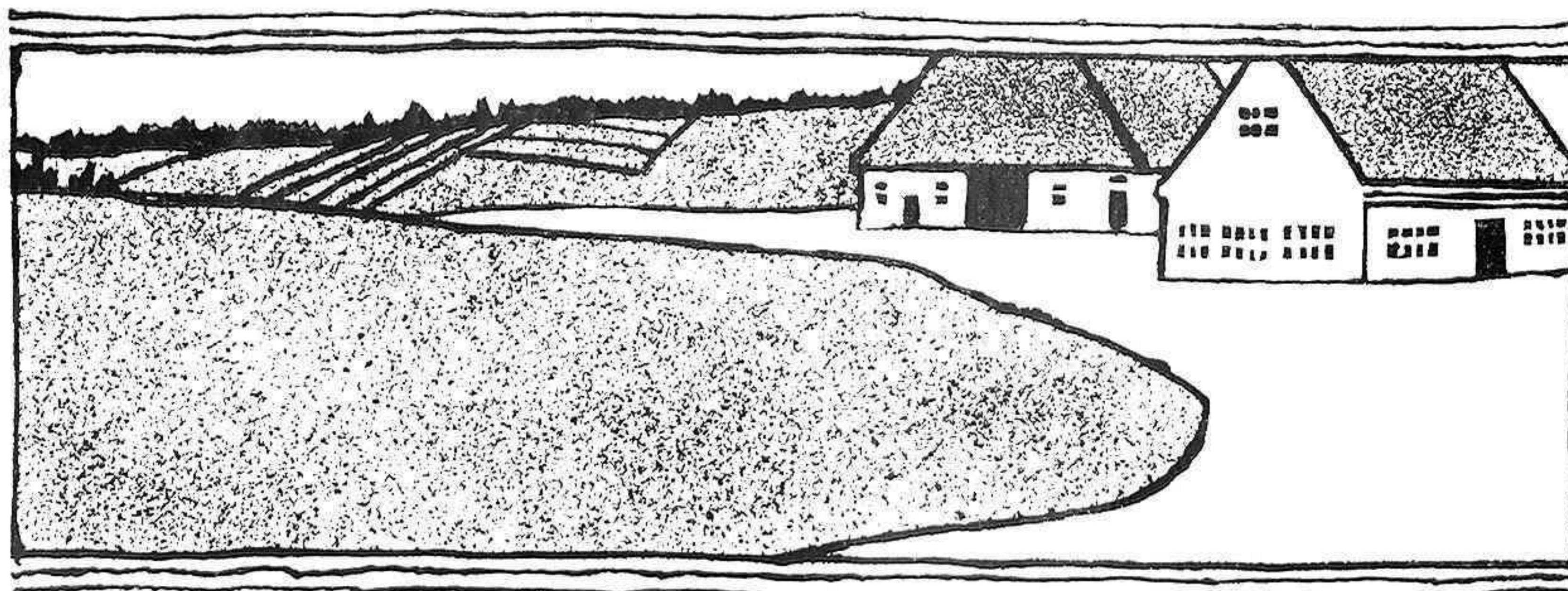
Bajo un cielo, turbante de colores
Do el alba pliega su irisada toca,
Enhiesta surge prepotente roca
Sobre un tapiz de inmaculadas flores.

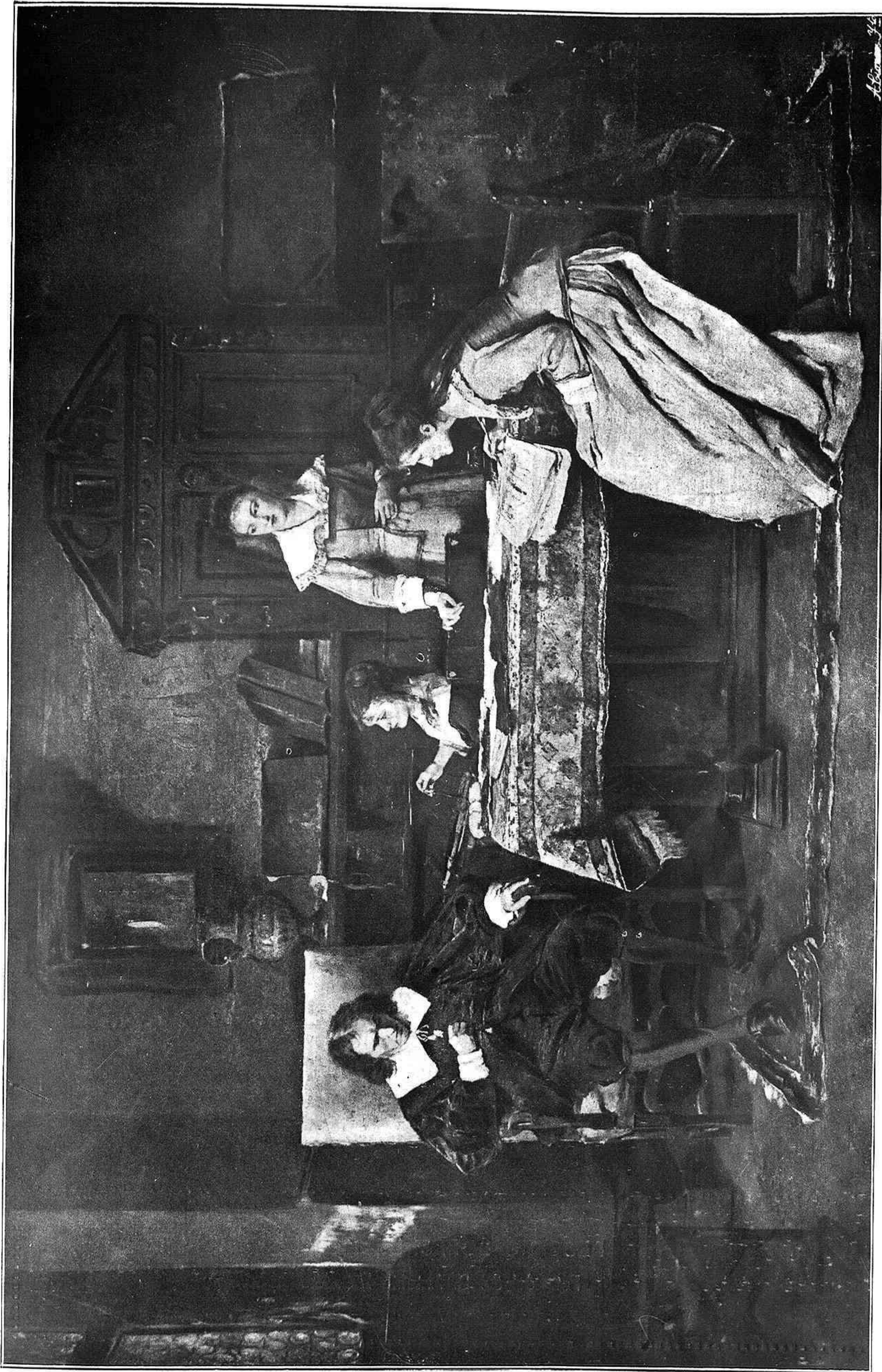
Abrupta cueva, entre sus mil primores
De helecho, yedra y musgo, abre su boca
Y, allá en su fondo, que un olimpo evoca,
Un águila concierta sus amores.

Es alba y cielo y flor tu gentileza
Donde toda hermosura tiene asiento,
Cifra, copia y conjunto de belleza.

Y, real corona de tan real cimiento,
Es olímpica gruta tu cabeza
Y es águila caudal tu pensamiento.

ANTONIO OSETE.





Cuadro de Munkaczi.

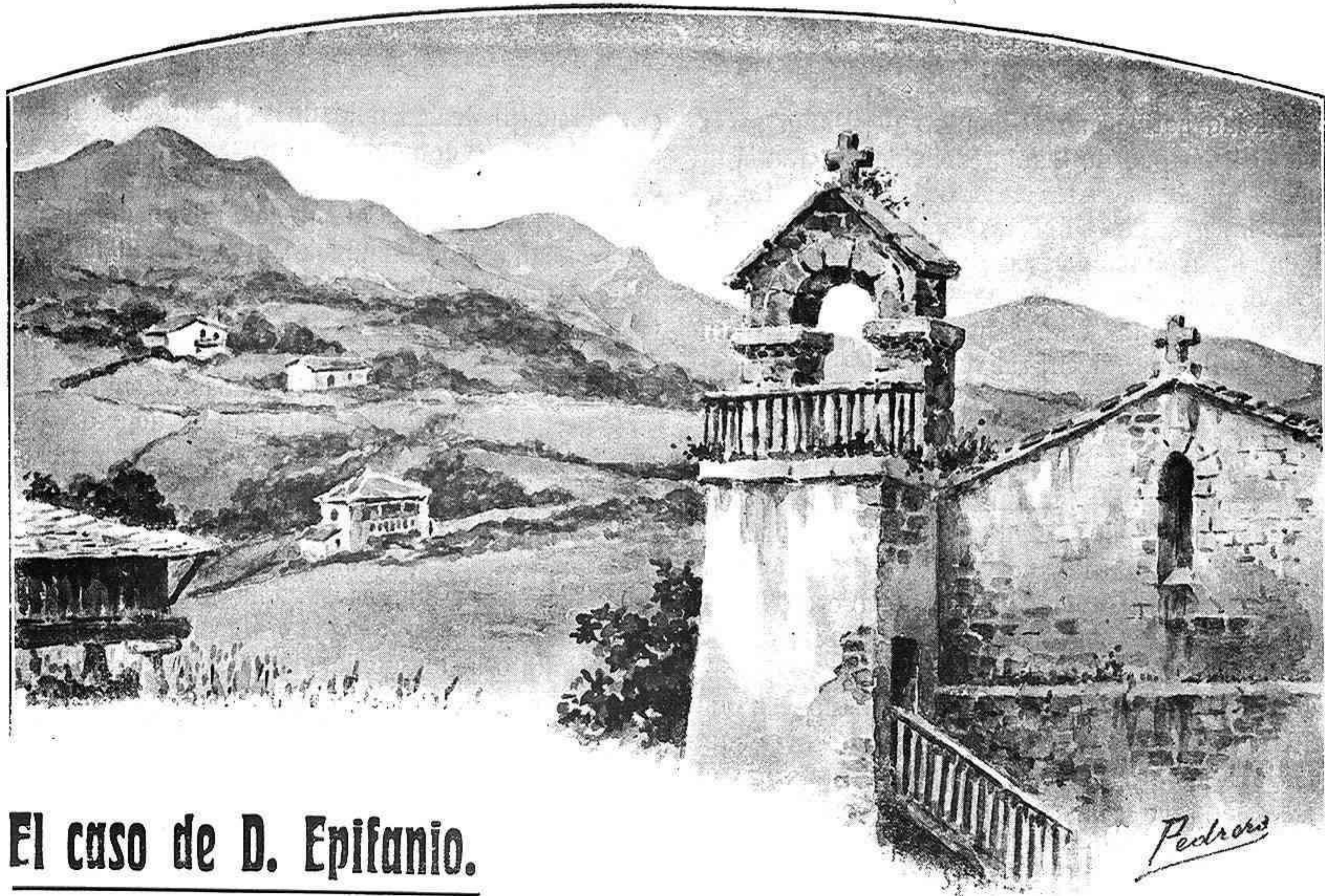
MILTON

1875



DESCARGADORAS DE MUELLE

Fot.^a del Sr. D. Antonio Rabadán.



El caso de D. Epifanio.

La parroquial de Llantares es un templo de imprecisa vetustez; sus paredones sorbieron la luz solar de muchos siglos, á la vez que rezumaron humedades centenarias; así aquellas venerables piedras se nos aparecen engalanadas con una doble coloración de cobre y de verdín. Esto al exterior, que dentro todos los objetos se humillan en luz penumbrosa, filtrada de lo alto por ventanucos angostos como rajás, y esparcida con cauta dulzura, que vela por la mansedumbre del santuario.

El cual se levanta sobre el lomo verde de un collado, desde donde señorea el valle de Llantares, imponiéndole la dominación de su silueta como vigía de santidad campesina. Una arboleda densa recubre las laderas de la loma, de modo que se apacigua el templo en los silencios rumorosos del castañar. El caserío de la parroquia está desparrañado sobre el verdor de las praderías: todas son moradas humildes y humildemente recatadas entre lozanía de higueras y nogales.

La casa rectoral tiene una solana tan enflorada de geranios, y las paredes tan blanqueadas, y en lo trasero de ella una huerta tan pingüe, que aparenta señorío. Á su señor D. Epifanio, nada le da de esta apariencia; el engreimiento sólo florece en el pecho de Paula, su gobernante; alma simple poseída de tres simplicísimas vanidades: la floración de los geranios de la solana, la blancura de las paredes, y la feracidad de la huerta. Verdad es que es ella sola cuidadora y agenciosa de estas galas: Paula

riega las cajoneras dos veces al día, enjalbega las paredes dos veces al año, y labra en su sazón las correspondientes hortalizas. Algunas veces, D. Epifanio insinuó una reprensión por estos atildamientos algo ostentativos, pero las réplicas despóticas de Paula le infundieron la tranquilidad de que no eran superfluos. Su gobernante y hortelana le dejó entrever como una recóndita significación de aquellas faenas que propendían á santificar la casa del señor Cura con la virtud virginal de las flores, la mística albura de las paredes, y el sobrio mantenimiento de las personas que supone la humilde cosecha de unas legumbres.

Paula no lo dijo así, pero así lo comprendió don Epifanio, con pensamiento perspicuo que acaso aventajó al de su servidora, cuyas faenas de exornación y labranza quedaron para él dignificadas por una especie de sutil simbolismo casi teológico. No era este un caso nuevo en las relaciones de amo y clavera: las más veces, suscitada una discrepancia, el pensamiento de D. Epifanio era el que se abatía, pero la sumisión, en vez de apocarle, le remontaba; concepto que Paula sugería como especie rudimentaria, amparado por el juicio transmutatorio del Cura, se despojaba de su rudeza, sutilizándose. Con esto el equilibrio de la vida familiar era perfecto en casa del señor Cura: para la servidora, el regodeo de la dominación instintiva; para su señor, el goce de las superposiciones ideológicas.

Era D. Epifanio hombre de voluntad blanda, propenso á la sumisión doméstica; si no poseyera esta

benignidad nativa aun el imperio de Paula sería firme. El párroco de Llantares había llegado á la eliminación de todos los anhelos de la vida á fin de poner, íntegras, las potencias espirituales, al servicio de una aspiración única, grande.

Es el caso que aquella parroquial, doblemente venerable, por lo santa y por lo antigua, era un templo sin voz; es decir, sin voz exterior, ya pregonera, ya clamorosa, porque el interior, á más de la espiritada vocecilla de D. Epifanio, contaba con los resoplidos desapacibles y aflautados de un armonio. La mudez exterior del templo atenebraba la existencia de aquel varón bendito. Si la espadaña de la parroquia de Llantares en vez de recortarse vacía sobre el cielo, sustentara, como era debido, su campana, D. Epifanio hubiera pasado por el mundo sin sombra de pesadumbre.

Debe decirse que la falta de la campana era una deficiencia inmemorial; ningún feligrés viviente guardaba recuerdo de haberla oído resonar en el valle. Lo que guardaban, y ya de herencia, era el rencor á los feligreses de la parroquia vecina que escarnecieron á los de Llantares con el apodo de *campaneros*. ¡Como si fuera leve burla el retintín de la campana vecina que hasta ellos llegaba en los días de grandes ventoleras!

Á D. Epifanio, este retañido le partía el alma: amurriado, guareciase en la rectoral en espera de bonanza. Entonces la servidora, viendo su conturbación, le interrogaba malignamente:

—Señor, ¿oye usted la campana de San Saturio?

El señor le respondía con un silencio lastimero. Y ella, implacable, reforzaba la zumba:

—¿No será la campana *del nuestro* campanario?

Y él, doliente:

—¡Paula, Paula..., ya repicará la campana *del nuestro* campanario!

Y Paula, desvaneciendo en compasión la burla:

—*Van traerla* los angelinos del cielo.

—Puede ser que sea, si no alcanzan de aquí á un año las limosnas que voy recogiendo para comprarla.

Corrían los años, y las limosnas que D. Epifanio ahuchaba no alcanzaban. No alcanzarían nunca. Ya lo sabía él, convencido de que el tema de la campana era impotente á mover corazones de labriegos. Ni tenía adónde acudir de renuevo, tras veinte años de imploraciones mendicantes. Muy de tarde en tarde entraba ya moneda en la alcancía: era la iglesia misma la agenciadora de ellas, que por ser obra de tan remotos siglos, alguna vez aparecían por allí, como descarriados, algunos visitantes; verlos aparecer D. Epifanio y captarlos, era una misma cosa. Durante la visita, indefectiblemente, cura y curiosos trepaban por una escalera repodrida á la espadaña. No valían protestas ante

el desvencijo de los peldaños: el párroco incitaba al escalamiento con cebo de rarezas arqueológicas en lo alto. Y una vez arriba, dádiva segura; jamás fallaba el ardid. La contemplación del campanario vacío allanaba los impedimentos que la natural timidez oponía al petitorio. Allí ni trasudores ni encogimientos para deslizarse con decoro la cuestasión; allí los visitantes hacían sus oblaciones como por impulso espontáneo. Las únicas ofrendas que se le escapaban á D. Epifanio eran las de extranjeros, con los cuales él no tenía comunicación posible. Éstos quedaban relegados al servicio seglar de Paula, experta lucradora de emolumentos. Esforzábale el amo por inquirir la cuantía de ellos, y aun más, por allegar porción á la hucha de la campana. Todo inútil: Paula era una mujer sórdida.

Al bendito señor cogíale la vejez con el corazón macerado por la desesperanza. Los aldeanos, sus feligreses, veíanle vagar como una sombra dolorosa á través de los maizales y de las pomaradas, pero empedernidos ante su dolor. Que así llegó á ser un dolor dignificado por el silencio.

Hasta que una tarde, en cuanto Paula le vió entrar en la rectoral, le espetó esta pregunta:

—¿Dijéronle lo que pasa?

Don Epifanio abrió mucho los ojos, con pasmo interrogativo. La servidora ahincó la pregunta:

—¿No se lo dijeron?

Todo el rostro del sacerdote se dilató consternado. Lo que pasaba era una cosa muy extraordinaria: que la *Quinta* había amanecido abierta de par en par, y con señales inequívocas de estar dentro la Duquesa.

—¿Dices que la Quinta? ¿Dices que la Duquesa?

—inquirió el Cura.

—Como lo digo. Llegara ayer anochecido, en automóvil.

El estupor embarazó los comentarios.

La Quinta es un palacete de torva arquitectura herreriana, emboscado entre arboleda, tan melancólica como el edificio, y todo ello al amparo de un tapial verdinegro, más lóbrego todavía que la casa y que la fronda. Sobre el arco del portón se encopeta el aditamento de un escudo, que en tiempos debió ser emblema jactancioso, ahora roído por la humedad y empatinado por los musgos.

El interior de esta mansión era el grave misterio de Llantares. Algunos aldeanos viejos tenían memoria de haberla visto habitada tal cual vez por el *señor Duque*, y aun daban de él referencias de mucha alabanza. Algunas aldeanas septuagenarias reforzaban el encomio del prócer. Pero desde los tiempos ya remotos de aquel Duque, nadie volvió á saber de los amos de la Quinta. Las leyendas corrían por la aldea, al igual que por el mundo, como suplentes muy divertidas de la historia. El largo

cerramiento del palacote, su hosca apariencia, estimulaba la fabulación campesina con tosco aderezo de brujería y malignas añadiduras desvergonzadas.

Con lo cual, así que la Duquesa apareció en su Quinta, corrieron por Llantares los rumores del comadreo irreverente. Don Epifanio no les dió acogida: en cuanto Paula ensayó á iniciarlos, nuestro párroco se encerró, se abroqueló en su celda, para no volver á presentarse hasta el día siguiente. Aquella noche ni cenó D. Epifanio. Al salir del en-

Ya la noche cerrada presentóse el visitante de la Duquesa: le resplandecían los ojos, sus labios borbataban frases incongruentes, sus manos se movían con actividades insólitas. La servidora hizo esfuerzos por regular tan desconcertado devaneo ó sorprender al menos un resquicio de lógica. Fué el mismo D. Epifanio el que espontáneamente se clareó; no por efecto de la palabra, sino por arte de mimica, porque la simplicísima mujer jamás hubiera alcanzado la verdadera significación de aquel *Tintinnabulum habemus!* que su amo se dió á repetir con jocosidad impropia de sus años. Por suerte que la machaquería de la frase fué acompañada de movimientos correspondientes al repiqueteo de una campana. De manera que Paula comprendió, y exclamó:

—¿La campana?



cierro era otro hombre; de tal modo era otro hombre, que Paula, por primera vez en su vida, tuvo el sentimiento de la supeditación servil. Fueron horas turbulentas en la rectoral: el rector, trepidante de nerviosidad; su clavera, despavorida y un poco sentida de humillación.

Mediada la tarde, el Cura salió de casa como si le arrebatara una ventolera; Paula tuvo la precaución de subir á la solana; desde allí registró el rumbo de su señor. Lo que ella maliciaba: camino de la Quinta. Á través de los *caleyos* zarzosos y de los prados en verdor de estío fué siguiendo la mancha negra y oscilante. Hasta que la perdió de vista, sorbida por la sospechosa frondosidad del palacote.

Entonces á las horas de turbulencia sucedieron otras de espera anhelante; anochece y D. Epifanio demorado allá dentro. Aquella demoranza en la Quinta fué el pasmo supremo de Paula.

Y D. Epifanio, imperturbable en su perturbación festiva, asintió, repitiendo:

—*Tintinnabulum habemus!*— á la vez que con todo su cuerpo echó á vuelo un repique.

Paula juraría que, de haber podido, el señor Rector hubiera dado cuatro volteretas en el aire para que más claramente se transparentase su idea y su regocijo.

Al serenársele un tanto el espíritu, se le apaciguaron juntamente las gesticulaciones y los ademanes imitativos. Poco á poco recobró su porte natural, la dulce gravedad propia de su ministerio y de su persona, y entonces fué el desbordarse las explicaderas.

Apenas le había sido menester deslizar la súplica: la señora Duquesa, con perspicacia de gran dama, con una desenvoltura muy graciosa, le hizo cerrar el pico en el instante en que él preludiaba, entre rubores, el parrafillo preparado en el desvelo de la noche para mover aquel corazón aristocrático.

—Te digo, Paula, que la aristocracia existe; que es una realidad palmaria. Se me reveló desde que entré en la Quinta; si tú entrases allí, se te revelaría de la misma manera: se mete por la vista; se mete por el olfato.

Un leve respingo de Paula obligó á remachar el concepto.

—Se mete por el olfato, porque apenas entraste, ya te da el perfume del verdadero señorío. Tú no lo comprendes; yo tampoco lo comprendo; pero ese aroma existe: es una realidad palmaria. Aunque tú digas lo contrario.

Paula no decía nada; más bien guardaba silencio, aunque, en verdad, su silencio era un poco hosco. Don Epifanio no estaba para percatarse del valor de los graves silencios.

—En resolución: te digo, Paula, que con tal naturalidad, puedo añadir que con tal elegancia, la señora Duquesa me prometió costear la campana, que parece como si hubiera venido á Llantares de propósito para hacer la ofrenda.

Paula oyó la narración sin poner un comentario y sin secundar el alborozo del amo. Esta misma reserva arisca observó D. Epifanio en todos sus feligreses. En cuanto á la Duquesa, su presencia fué tan fugaz, que á los tres días estaba la Quinta trancada, como para otros cincuenta años de cerramiento. La campana, ella misma la remitiría. Y tan á tiempo llegó, que para el día de la patrona de Llantares estaba el bruñido bronce reluciendo en el campanario de la parroquia. No hay que decir si D. Epifanio estaba también reluciente.

El primer repique se dispuso para la alborada del día de la fiesta. Dicen que los feligreses de la parroquia de San Saturio estuvieron oído alerta.

Calentaba ya el dorado sol de la mañana de

Septiembre, y en el aire azul, limpio, como dispuesto á recibir el alborozo del campaneó, nadie oyó repique. Iba á comenzar, con la solemnidad natural del día, la misa cantada; pues la campana, muda. El traqueo de los cohetes fué el único rasgador del aire. Salió por los campos la procesión de la Virgen; pues la campana, muda. Detrás de las angarillas, en que se bamboleaba la imagen de la patrona, seguía D. Epifanio revestido de una pluvial blanca y dorada; los diáconos cogían las puntas de la capa, como si llevasen á rastras al pobre Párroco: de tal modo iba atribulado. Cerró la noche sin que se rompiera la mudez de la campana.

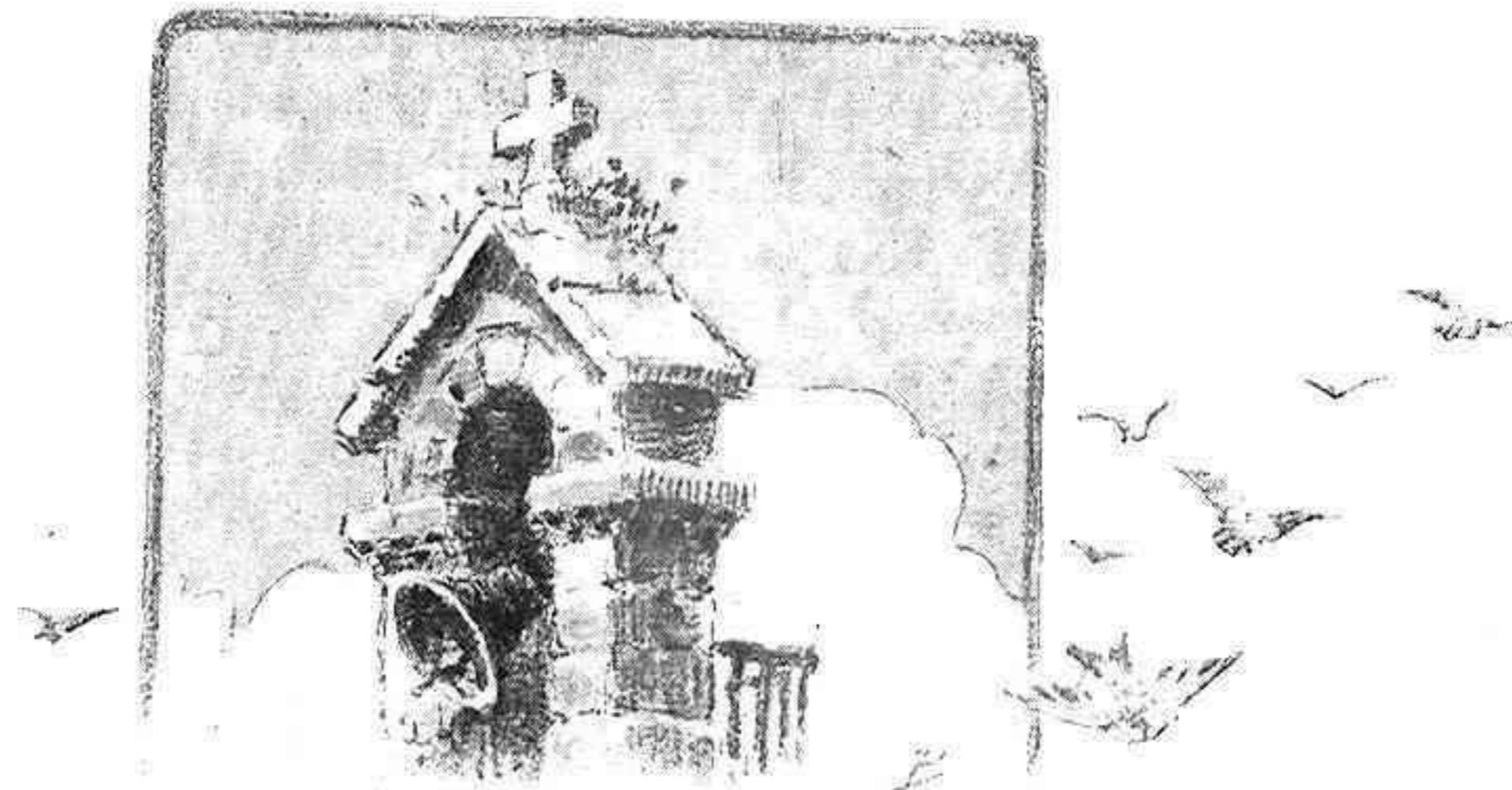
La razón del silencio campanil quedó secreta entre el Rector y su servidora. La víspera de la fiesta, ya anochecido, Paula se había determinado á hablar sin melindres á su amo, imponiéndole la acritud de su habitual despotismo. Si D. Epifanio, ignorante de la verdad de las cosas, quería repicar, que repicara; ella descargaba su conciencia, y decía: la campana de la Duquesa no debe voltear en lugar santo. Sería escandaloso.—¿Me entiende bien, señor? ¡Escandaloso!

Hirió en lo sensible. Aludir al escándalo, era asegurar el perpetuo silencio del flamante bronce. Y así, tan silencioso como el bronce, quedóse el Cura desde aquella triste noche hasta la última noche de su vida. Paula recogió amorosamente los suspiros y las palabras postreras de su señor. Las palabras fueron unos vagos y desacordes monosílabos, semejando lejano voltear de campana.

—Indudablemente—se dijo á sí misma Paula,—mi amo se va al otro mundo repicando campanas. Acercóse á la cabecera, y murmuró:—Señor, señor..., repicará la campana *del nuestro* campanario

¿Oyó D. Epifanio la promesa de Paula? Paula se quedó con la duda toda su vida. Pero es la verdad que, así que rayó el alba, la campana de la parroquia de Llantares tañó sonora, solemne. Era Paula la que tañía reciamente, devotamente, en la convicción de que D. Epifanio la oía desde las regiones celestiales.

FRANCISCO ACEBAL.

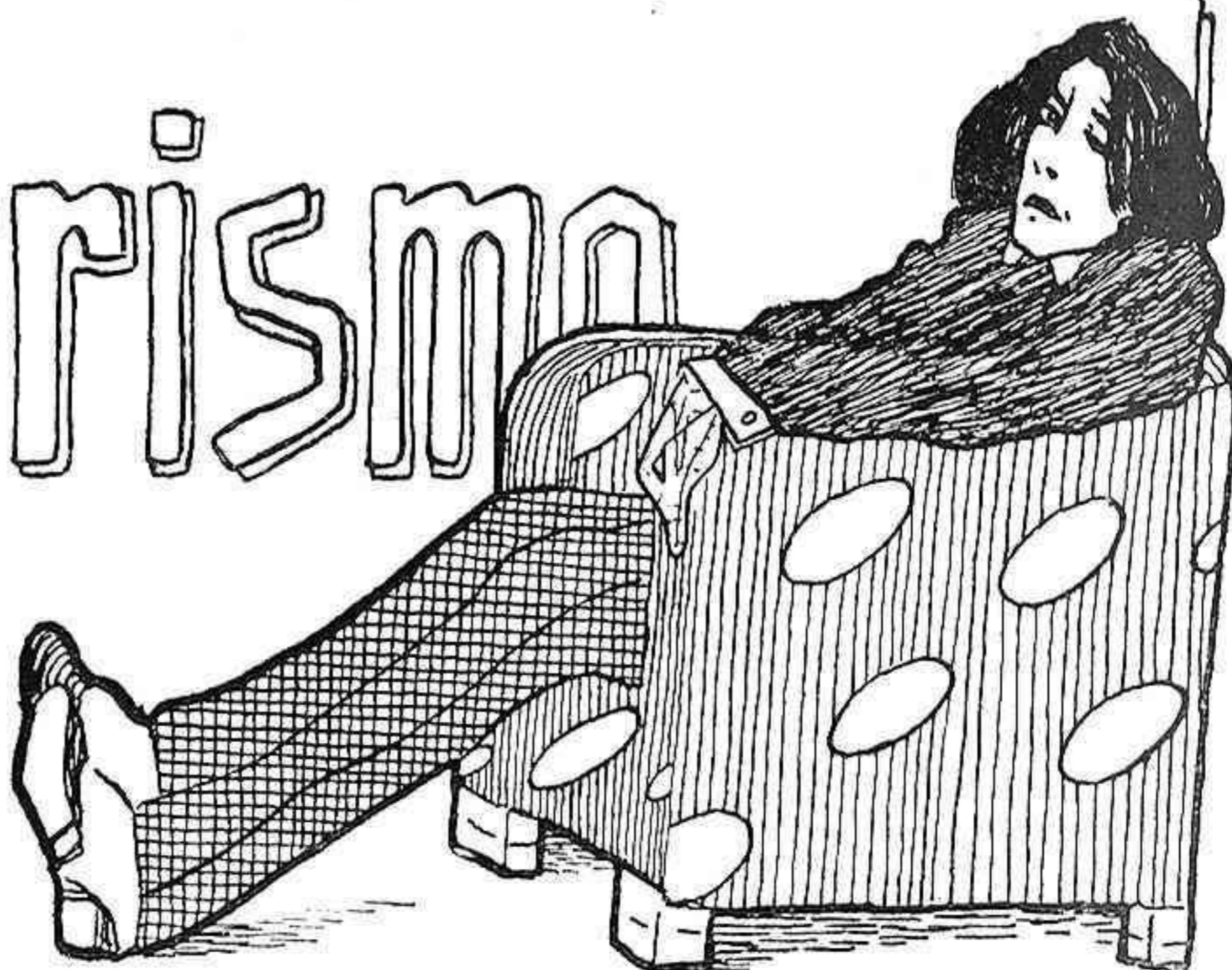




A. S. 2006

EN LAS LAGUNAS

Ultrafuturismo



MARIANO
FELEZ =

¡Hagamos añicos las antologías!
De los aborígenes hasta nuestros días,
Cuantos en *Hispania* cantaron poesías
No trovaron nunca más que tonterías.
Versos sin destellos y sin *calorías*,
Notas sordas, frías,
Silentes, sombrías,
Sin timbre vibrátil en las armonías.
Tan sólo en mis versos hay *eucaristías!*
¡Yo soy el Mesías!
Yo soy el maestro,
Porque yo demuestro
Que en el tiempo nuestro
Soy, de puro diestro,
¡¡¡El astro del estro!!!
¿Por qué? Porque extirpo todo clasicismo
Y romanticismo
Y aun el modernismo
Y hasta el futurismo.
Mi madre es la Nada: mi padre el Abismo:
¡Por eso yo mismo
Tengo que expedirme la fe de bautismo!
¡Soy el superhombre y el superartista
Supereminente por la gran conquista
Del numen poético *ultrafuturista!*
¡Decid francamente si hay quien me resista!
¡Nadie! Á todos venzo. Soy el soberano,
Y el canon artístico lo traza mi mano
Con pluma de ensueño y tinta de arcano.
¡Cada rasgo mío es un meridiano!
Y hago mi falsilla con los paralelos,
Y mi ortografía la cojo en los cielos,
Y al trazar mis versos sobre la laguna,
El sol es el punto, la coma la luna,
Y con las estrellas de rayos más vivos
Pongo en mis estrofas puntos suspensivos!

Esmaltan mis frases lumbres de diamante
Encima, debajo, detrás y delante;
¡Y en torno el ambiente se enciende y se anima
Detrás y delante, debajo y encima!
¿Quién hizo otro tanto del ritmo y la rima?
¡Oh seres yacentes en el antro obscuro
De la vieja estética! Venid. Yo os auguro
Porvenir excelso por el arte puro:
¡Yo, que he descubierto el rumbo seguro
Que lleva á las cimas del *Pluscuamfuturo!*
¡Volved boca abajo todo lo existente:
Buscad en lo negro lo resplandeciente:
Sentid la frescura de lo incandescente:
Gozad del aroma de lo pestilente,
Y principalmente
Amad la hermosura de las cosas feas!
Hablad sin palabras: pensad sin ideas:
Pintad sin colores: cantad sin sonidos...
¡Oh vates, abajo los cinco sentidos!
Y sea el ensueño que el cosmos enfoque
El que vea y oiga, huelga, guste y toque.
¡Derribad las moles de las catedrales,
Arruinad las urbes más monumentales,
Y haced otras nuevas con casas iguales
Que sobre el tejado tengan los portales,
Para que recuerden nuestros sucesores
Cómo protegimos á los aviadores!
¿Que cómo se ensueñan los versos mejores?
Oid trovadores:
Todo lo inmanente y lo transitorio,
Lo real y efectivo como lo ilusorio,
Desde el megaterio hasta el infusorio,
Miradlo en lo cóncavo del espejo ustorio
Y todo revuelto en amplio envoltorio
Tome en la vorágine ritmo giratorio;
¡Y en una confusa

Gama indefinida,
Dará una difusa
Sensación de vida
De una ciencia infusa!

Soltad todo vínculo: romped todo nexo:
¡Borremos las Patrias, las clases y el sexo!
¡Todo divergente y todo conexo!
¡Viva el arte cóncavo y muera el convexo!
Y cuando el ensueño los cantos evoque
Rompa la cesura y el metro disloque,
Á fin de que en íntima y oculta armonía
Grite cada sílaba:—¡Viva la anarquía,
Con la dinamita de la poesía!
¡Fuera lo tranquilo!
¡Abajo lo lento!
Sea vuestro estilo
En todo momento
Raudo como el viento

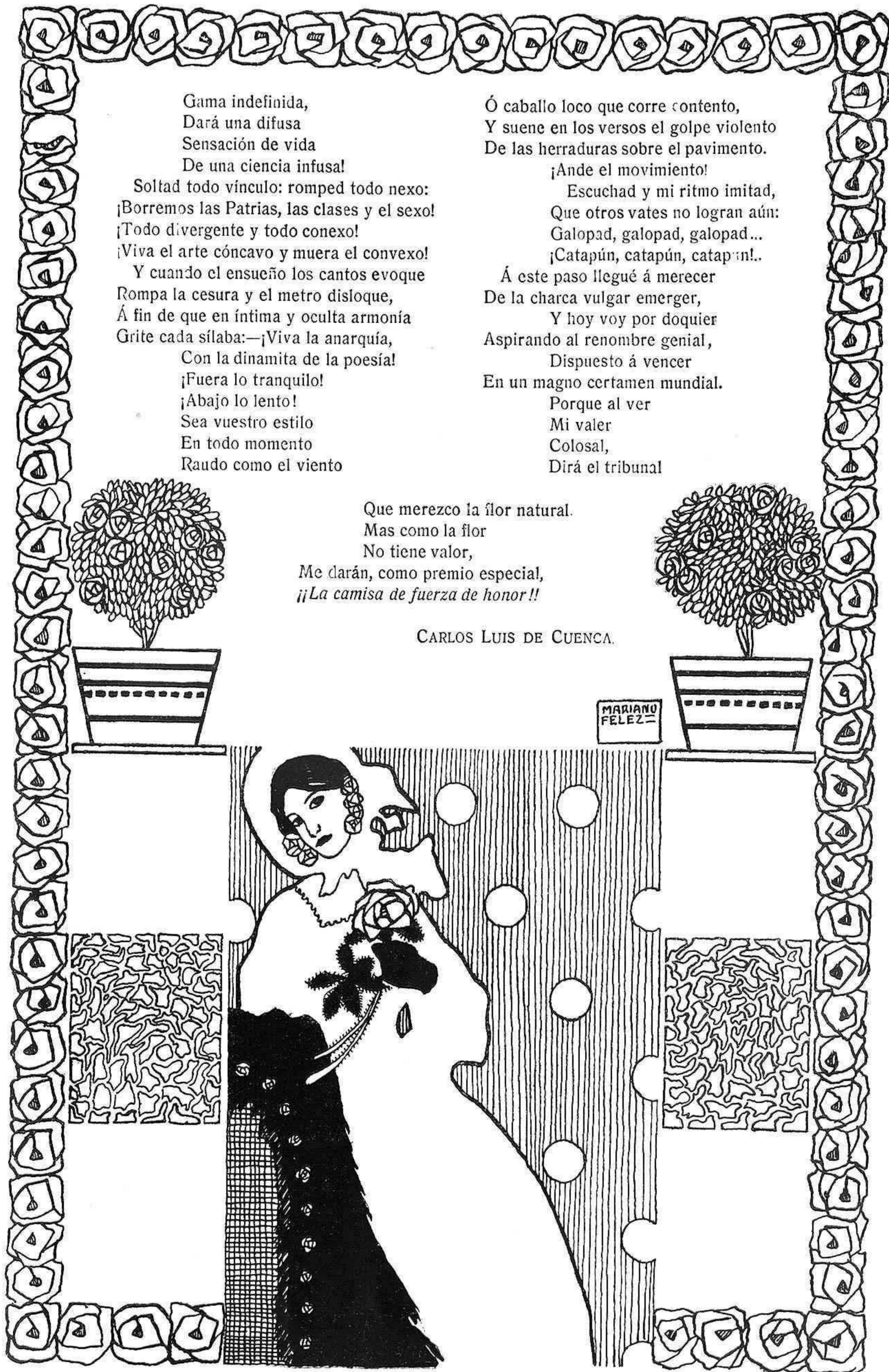
Ó caballo loco que corre contento,
Y suene en los versos el golpe violento
De las herraduras sobre el pavimento.

¡Ande el movimiento!
Escuchad y mi ritmo imitad,
Que otros vates no logran aún:
Galopad, galopad, galopad...
¡Catapún, catapún, catapún!..

Á este paso llegué á merecer
De la charca vulgar emerger,
Y hoy voy por doquier
Aspirando al renombre genial,
Dispuesto á vencer
En un magno certamen mundial.
Porque al ver
Mi valer
Colosal,
Dirá el tribunal

Que merezco la flor natural.
Mas como la flor
No tiene valor,
Me darán, como premio especial,
¡¡La camisa de fuerza de honor!!

CARLOS LUIS DE CUENCA.





MES DE MARÍA

Cuadro de Carlos Vázquez

Fot.^a de Moreno.

LA NOVIA INGLESA DEL REY D. PEDRO

EL rey Eduardo VII de Inglaterra cuando venía á las proximidades de Bayona se encontraba como en su casa propia, recordando los antiguos dominios continentales que por aquel lado fueron parte de la Corona de Inglaterra. Desde aquel solar veníanle á la memoria las estrechas relaciones que en los siglos medios existieron entre Inglaterra y Castilla, entonces tan cercanas, al mismo tiempo que los celos de Francia que nunca descansaron en obstruir ó dificultar al menos aquellas relaciones, y, aunque Príncipe de su tiempo, divagaba poco por los campos de la erudición histórica, sentía una verdadera atracción hacia la figura, todavía mal juzgada, á pesar del transcurso de los siglos, de aquel rey D. Pedro, que mantiene aun la opinión discordante entre si debió llamarse *el Cruel* ó *el Justiciero*, que hacia Inglaterra manifestó siempre una inclinación de predilecta simpatía, de cuyo tronco Real fué su primera *novia*, á cuya sangre Real vinculó la más querida de sus hijas, y cuyas joyas de su opulencia todavía se ostentan en la diadema con que se celebran las coronaciones regias en Westminster.

Todavía el rey D. Pedro no contaba apenas un año de existencia, pues había nacido en 1334, y ya en 1335 el tierno vástago de Alfonso XI era objeto de codicias rivales para un nuevo parentesco entre el rey Felipe de Valois y el rey Eduardo III que ilustraba la sangre de los Plantagenet. Alfonso XI de Castilla no sabía qué hacerse con tantas embajadas como recibía y tantas recomendaciones como se le hacían. Felipe de Valois teniendo en Aviñón en su favor aquella serie de Papas franceses que comenzó en 1305 con la exaltación de Clemente V, que sucediéndose sin tregua en Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI y Gregorio XI, no paró hasta 1378 en Urbano VI, otro Rey italiano, entre las pretensiones con que abrumaba al papa Benedicto, que el mismo año 1334 en que nació D. Pedro había ascendido al Solio Pontificio, no dejó de utilizar el influjo que la soberanía pontifical ejerció siempre en todos los Monarcas de nuestras viejas Monarquías peninsulares, para seducir al castellano á preferir por aquel medio la alianza de Francia á la de Inglaterra; porque aunque en aquel tiempo las miras políticas de los Reyes de Castilla se dirigían exclusivamente hacia aquella parte del Sur de la Península, donde se hacía indispensable cortar por el estrecho la ominosa comunicación de los musulmanes que allí reinaban con los del África, cuyos auxilios hacían más tarda y

costosa la reconquista; con todo, tanto en París como en Londres se daba gran peso á la amistad del Monarca castellano, cuya alianza militar garantizaba una gran preponderancia de fuerzas á aquella parte de que se inclinaría en las continuas luchas de rivalidad que sostenían, á pesar de sus propinuos parentescos, los Reyes de Inglaterra y Francia.

El rey Eduardo inició sus gestiones para esta alianza, teniendo por base el pacto de un futuro matrimonio entre el Príncipe español recién nacido y una princesa Plantagenet á mediados del año 1335, mas Felipe de Valois no tardó en penetrar el secreto, y enviando por Embajador á Alfonso XI al arzobispo de Reims, éste arrancó hacia su país á Fernán Sánchez, de Valladolid, para ajustar otros tratos, que anularon los del inglés: porque desgraciadamente en España la atracción de Francia ha encontrado siempre más espíritus dispuestos á dejarse cautivar por ella, que por la de ninguna otra parte, y entonces, como ahora, para estos españoles la línea divisoria del mundo conocido ó civilizado ha estado en París, de donde no nos ha sido posible redimirnos jamás, tendiendo la mirada por otros mayores horizontes. No hay que decir que, entonces las negociaciones llevadas á efecto entre el mariscal de Francia Roberto Bartrand y Fernán Sánchez hicieron fracasar las gestiones de Eduardo III, si bien por entonces nada quedó resuelto acerca de pactos prematuros matrimoniales con el primer Infante heredero de la Corona de Castilla.

La conducta de Felipe de Valois con Alfonso XI, desde que logró este triunfo diplomático, fué la que siempre los franceses han observado con España, apenas han hecho abortar las tentativas de cualquier otra alianza que nos fuera más provechosa, y sus vejámenes fueron tantos, que, después de la memorable batalla del Salado en 1340, el Rey de Castilla hizo pública ostentación del enfriamiento de sus relaciones con Felipe de Valois. Eduardo III, que observaba con atención todos estos movimientos, volvió solícito á sus propósitos de intimar con el castellano. Pero Clemente VI, francés como sus antecesores, tomó la mano en el negocio: interesó al arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz, en que resucitase la cuestión de los matrimonios, y aunque el infante D. Pedro no tenía más que once años, en Marzo de 1345, propuso la boda con doña Blanca de Navarra, hija del rey Felipe d'Evreux, que ya contaba trece y pertenecía á la estirpe Real de la Casa de Francia, porque las primeras francesas que á la sazón vivían eran todavía muy niñas, aun para tan tierno novio.

No iban por aquel lado los pensamientos de Alfonso XI. Desde que en 1335 el rey Eduardo le brindó para su primogénito la mano de su hija mayor la princesa Isabel de Inglaterra, su espíritu se

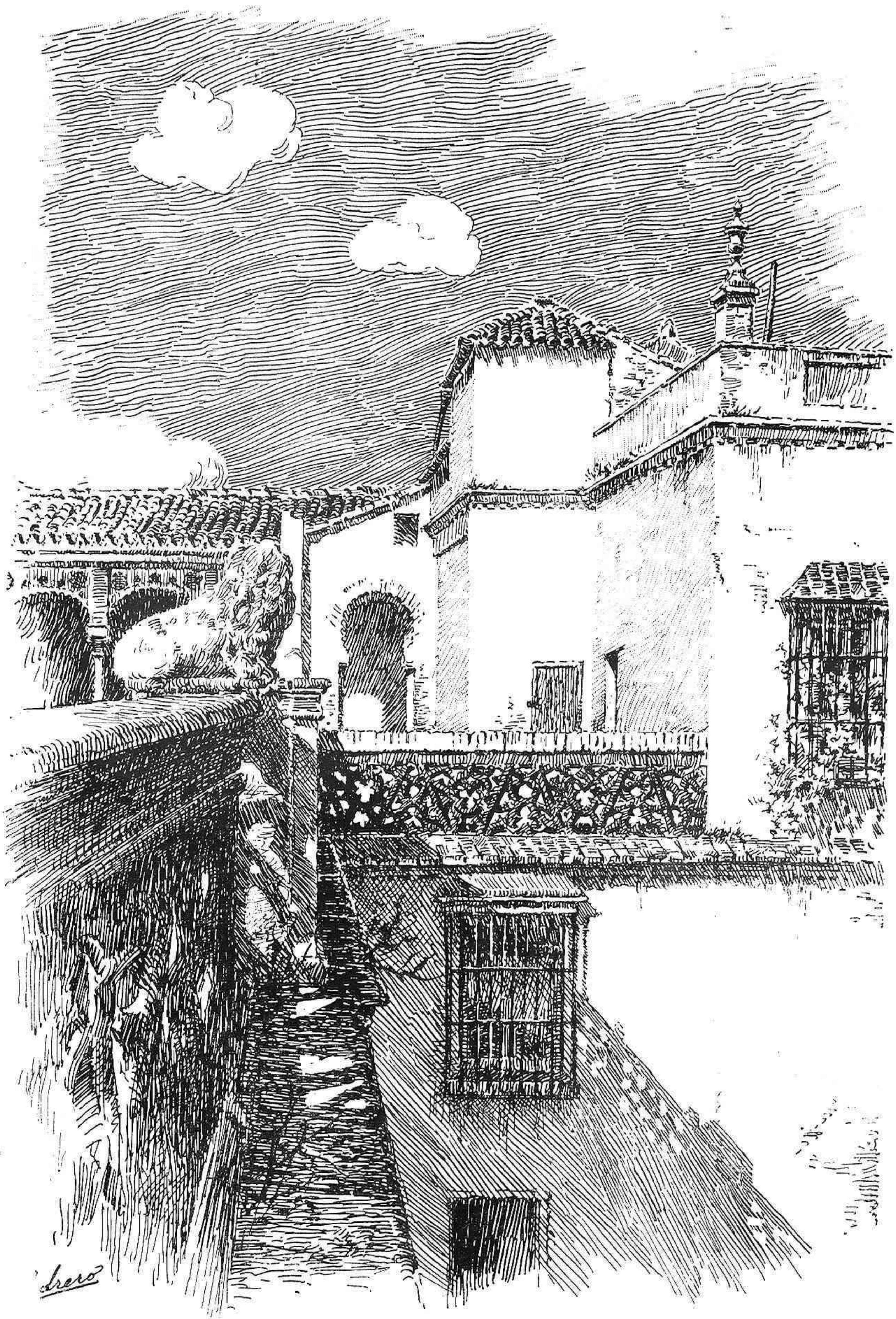
inclinaba á la alianza que se le prometía con esta Corona. Las intrigas de Francia hicieron fracasar aquellas negociaciones, pero no que el Rey de Castilla desistiese de su propósito, y aun el infante don Pedro crecía halagando la ilusión de este matrimonio. Desde 1342 se avivaron estas ideas. Casada ya la princesa Isabel, la *novia* del rey D. Pedro era su hermana la princesa Juana Plantagenet, la más hermosa entre las seis jóvenes hijas del rey Eduardo. Las intrigas francesas no dejaban de suscitar dificultades para que aquellos proyectos llegaran á su madurez; no obstante, algunos nobles ingleses, so pretexto de la cruzada perpetua contra los moros, mas para estrechar las relaciones entre los dos países, venían á afiliarse á las mesnadas de Castilla, por lo que los Condes de Derby y de Salisbury, que á la vez negociaban la de los casamientos, formaron parte del ejército Real en la toma de Algeciras. Muy vivas anduvieron por aquel tiempo las gestiones para el matrimonio: vinieron á Burgos nuevos Embajadores británicos, y aun parecían apoyar las pretensiones del rey Eduardo hasta los magnates más influyentes de la Corte del rey Alfonso, y que hasta entonces habían sido los más resueltos campeones de la alianza francesa. ¿Cómo fracasó una negociación que llegó á estar tan adelantada, pues sólo faltó firmar los pactos, ya convenidos y aprobados, y en la que tan interesados se hallaban los dos Reyes contratantes, la Princesa inglesa contrayente y el infante heredero D. Pedro, que soñaba en su *novia*? Los documentos del tiempo no están completos. La intriga de Francia no hay medios de proseguirla en todos sus ocultos artificios. Cuando á los tratados concluidos no faltaba sino su última consagración, apareció el llevado á efecto en León el 1.º de Julio de 1345 con otros agentes franceses,

y el matrimonio de D. Pedro de Castilla quedó concluido, muy á pesar de este Príncipe, con D.^a Blanca de Navarra, que había de dar ocasión á la tragedia que, comenzando en el funesto matrimonio, por pocos meses, de esta misma Princesa con el rey Felipe de Valois, había de continuar en los largos martirios que desde el tratado de Atienza del 4 de Noviembre de 1352 comenzó para aquella egregia dama, fábula de la fábula y ludibrio de la historia.

¿Quién llevó al rey D. Pedro á los brazos de D.^a María de Padilla, mientras en los proyectos de sus bodas, comenzados desde el primer año de su vida, trabajaron sin tregua diez y siete años tantas intrigas, tantas vacilaciones y tantas esperanzas fallidas? ¿Su juvenil edad? ¿La fogosidad de su genio? ¿Las pasiones de la juventud? La política fraguó la tragedia. La triste suerte de la infeliz D.^a Blanca de Navarra, el negro drama de la noche de Montiel no son pecados y vindicaciones aciagas del carácter falsificado del rey D. Pedro de Castilla, sino errores de una política extraviada por la carencia de inspiraciones nacionales, en los que llevaban la dirección del Estado antes de que don Pedro fuera Rey, é inmixtiones de influjos extranjeros, siempre ominosos é impertinentes. Hasta el concepto exagerado de las *crueledades* del rey don Pedro son las ficciones amañadas de estos errores políticos y de estas intervenciones opresivas y degradantes. Mayores que los de D. Pedro fueron los actos de *crueledad* de todos los Monarcas de aquel tiempo, los de Aragón, los de Francia, los de Inglaterra. Don Pedro, con sus leyendas, no es más que un desheredado de la justicia en la Historia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.





PAISAJES ESPAÑOLES. por Pedrero.

Sevilla. - Azoteas de la Casa de Pilatos.





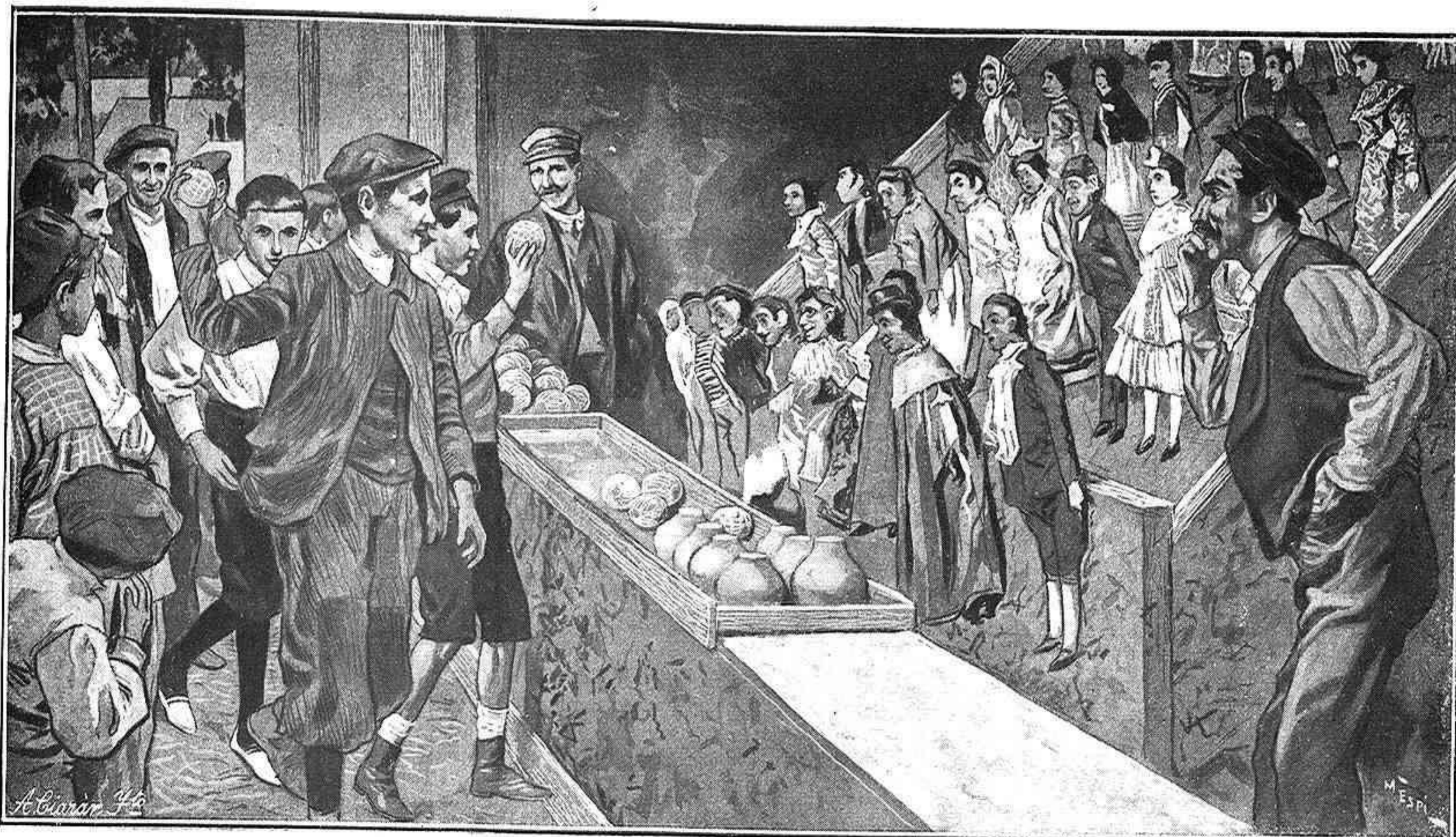
❧ CANCIÓN OTOÑAL ❧

Con las voces del viento
Que agitándose van,
Se confunde el lamento
Que los árboles dan...
Y los pinos callados,
En extraño sopor,
Cabecean cansados
De su eterno verdor.
¡Corazón, no te pierdas
En el tiempo que fué!..
¿Qué venturas recuerdas?
—¡No lo sé!... ¡No lo sé!..
Solitario y sombrío
Languidece el jardín,
Con el hábito frío
Que ha matado al jazmín.
Los rosales en ruinas,
Sin cuidados de amor,

Tienen aún sus espinas,
Mas perdieron su flor.
¡Corazón, hay quimeras
Que tu impulso no ve!..
¿Qué desgracias esperas?
—¡No lo sé!... ¡No lo sé!..
Bajo el cielo sañudo
Que oscurece su faz,
Cruza un pájaro mudo
Temeroso y fugaz.
Una fuente escondida,
Manantial de salud,
Da su voz conmovida
Por perpetua inquietud.
Se deslizan las horas
Esperadas con fe..
Corazón, ¿por qué lloras?
—¡No lo sé!... ¡No lo sé!..

ANTONIO PALOMERO.

MARIANO
FELEZ
MADRID - 12



El pim pam pum.

TRAGICOMEDIA

DESPUÉS de rodar años y años por ciudades, villas y villorrios, harto de vocear en ferias y romerías las quisicosas que llenaban sus cajas portátiles de buhonero, Nemesio Rendueles determinó hacer un alto definitivo en su vivir pintoresco y emplear su ruin peculio, unos cuantos centenares de pesetas, en acomodarse en la coronada villa y ejercer una industria de más importancia y sosiego que la de mercachifle ambulante.

Quiso la buena fortuna de Rendueles que todo le saliera á medida de sus deseos y trocara un puñado de duros por un barracón de tablas instalado en un solar abierto á calle de mucho tránsito y bullicio; ítem, con el «inmueble» entraba en plena posesión de hasta unos sesenta peleles y un centenar de pelotas de trapo: con éstas, con los muñecos y el barracón, un ciudadano que no sea lerdo puede cumplir descansada y decorosamente con el precepto bíblico de ganarse el pan de cada día, y hasta, si se quiere, de escribir un amenísimo y trascendental tratado de filosofía pimpampunesca.

Nemesio no había de emplear el magín en tan sutiles lucubraciones; harto rompecabezas era el de defender los garbanzos con el divertido negocio en que empleó sus capitales.

Quieta y pacíficamente seguían las cosas de este mundo para Rendueles: el pim pam pum no era una mina de oro, como hubo de asegurarle su antecesor; gracias si un día con otro se cubrían los gastos

y se retiraban, para ir mal viviendo, dos ó tres pesetas en indecente calderilla. Pasábase el hombre las horas en blanco en la aburrida contemplación de la grotesca falange de peleles que, montados al aire en los listones de la gradería, esperaban, con la estoica resignación propia de tan malaventurados muñecos, á que apareciese el «héroe» que los derrotase á pelotazo limpio.

Una mañanita cayéronsele á Rendueles los palos del sombrero al ver dentro del solar á unos carpinteros que alzaban un barracón destinado precisamente á un nuevo pim pam pum, que un *signore* Picolomini tenía la comodidad y el desenfado de emparejar con el antiguo. Rendueles puso el grito en el cielo y miró con la melancólica desesperación del que prevé su ruina á los ridículos huéspedes de trapo.

Charanga, bailoteo y hasta cohetes hubo en la inauguración de la barraca del italiano, el cual, hombre de su tiempo, ofrecíase lo más ruidosa y espléndidamente posible á la pública curiosidad.

El pim pam pum era un derroche de luz y de colorines: había muñecos de palo, vestidos con gran lujo y propiedad, para los señores que gustaran tumbarlos ruinmente á pelotazos, y discos con figuras recortadas, que servían de blanco á los «mortíferos» disparos de carabinas de salón. Para amenizar el espectáculo, aparte el macarrónico y divertido parloteo del *signore* Picolomini, que al jurar, *¡per Baco!* que su instalación era la *non plus* del mundo, llamaba *eccellenza* á los papanatas que le escuchaban, había un gramófono con una bocina enorme,

por la que de continuo salía un torrente de música alegre y ligerita de opereta, muy adecuada para templar los nervios de los tiradores y llamar la atención de los transeúntes.

Los cuales estacionábanse delante del vistoso tenderete, y Picolomini no tenía manos con que atender á tantísimo Guillermo Tell improvisado que pedía un arma con que lucir su habilidad en la balística. Los «blancos» más solicitados eran unas figuras de color de chocolate que querían ser mo-

rrimiento, torturábase el meollo para solucionar de manera definitiva el morrocotudo problema que su contrincante le planteara: ó defendíase como gato panza arriba, enseñando las uñas, ó igual que un borreguito resignábase á presenciar los juegos malabares que con su puchero ejecutaba el de los macarrones.

Encendiósele el amor propio á Rendueles, determinado á entablar la lucha, ó, lo que es igual, la competencia: pintarrajeó de rojo y gualda el ba-



ros; sobre éstos descargaba la ira patriótica de los tiradores, y á cada infiel que recibía lo suyo, clamoreaba entusiasmada la muchedumbre.

El gramófono, los disparos, los pelotazos, la perorata de Picolomini y los clamores de la multitud, traíanle al amigo Rendueles loco de rabioso despecho, y á la sordina rugía, que no refunfuñaba, las imprecaciones más canallescas contra el tío de los macarrones.

En espantosa soledad transcurrían los días y las noches: ni un alma se acercaba al pim pam pum primitivo. Rendueles, para disimular su mortal abu-

rracón; puso una muestra estupenda, en la que se leía: *El pim pam pum nacional*; disfrazó de moritos á sus maltrechos peleles; compró carabinas de aire comprimido, un fonógrafo y su veintena de discos parlantes en buen uso. con tangos, soleares, machichas, garrotines y demonios colorados, y desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche, dedicóse á dar voces llamando la atención de los transeúntes hacia su portentoso pim pam pum.

La gente es veleidosa y deteníase á oír las peroratas de Rendueles, que intercalaba cuentos de todos colores para entretener á los curiosos, y decía pestes del vecino y de su país, en el que, según el orador, no había más que fábricas de macarrones

y desarrapados musiquines que tocaban el acordeón.

El *signore* Picolomini era un hombre gordo, excesivamente gordo, y, por lo tanto, pacífico y bonachón: oía las voces de su airado rival como si oyese llover; al advertir que la gente tomaba partido por el vecino, plantó unos cartelones anunciando una rebaja de un cincuenta por ciento sobre el precio de tiros y pelotazos.

Tal rebaja, que era la ruina inmediata del negocio, hizo que el español se pusiera verde, que es el color de los que padecen del hígado. Con castellana altivez plantó en sus dominios cartelones más grandes aún que los de su competidor, rebajando las tarifas en un setenta y cinco por ciento.

Picolomini se sonrió irónicamente, y anunció premios en metálico á los que en una tirada de doce pelotazos ó disparos hicieran tres impactos seguidos. Rendueles, en su desesperación, tocó el cielo con las manos, y ofreció duplicados los premios.

El de los macarrones se conformó con encogerse despectivamente de hombros y llamar á su cofrade en el más puro italiano: «¡Imbecille!»

Picolomini era un gran psicólogo, que poseía el secreto de atraer á las multitudes.

Un buen día ofreció un encanto más á la pública curiosidad con la presencia en el barracón de una mujer joven, hermosa, vestida con un llamativo traje de Colombina.

Picolomini cesó en sus parloteos, y el gramófono

emparejó sus notas con las muy dulces y armoniosas de la *bella fanciulla*, que en su idioma patrio cantaba trozos de opereta con tan desenfadado arte, que los cientos de curiosos que, sin entender jota, oíanla embelesados, la aplaudían frenéticamente, pidiendo la repetición. De muy buen grado satisfacía la *donna* los deseos del público, no sin antes rogar á sus *eccellenzas* probaran sus habilidades en el noble ejercicio del tiro...

¿Y quién se resiste al ruego de una hermosa?...

Picolomini hacía su agosto, á pesar de lo inverosímil de los precios y de la esplendidez con que se premiaba á los tiradores afortunados.

Rendueles...

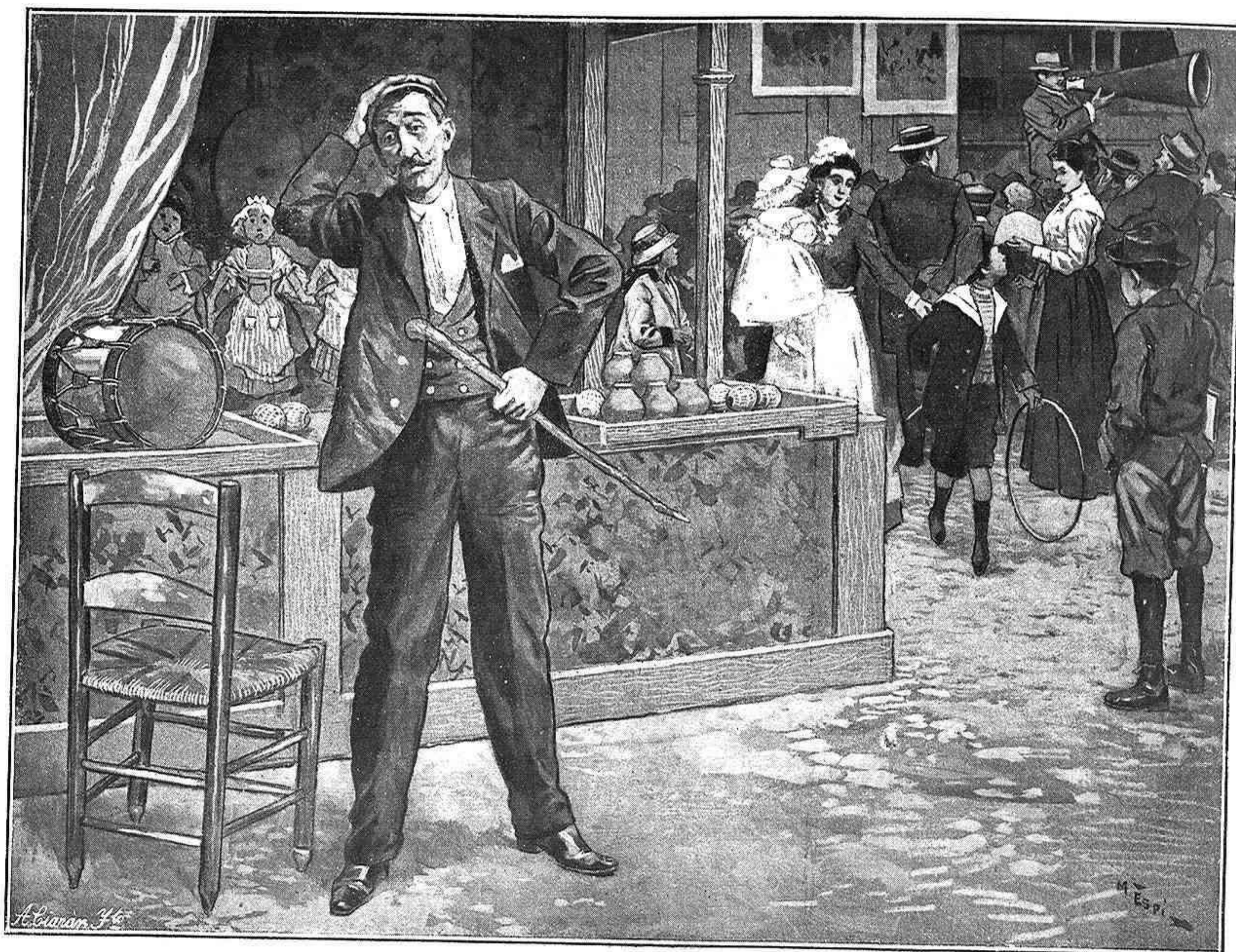
«Pero D. Juan no se arredra», y Rendueles se dijo, admirando, á pesar suyo, á la «tía de los macarrones»: «¿Conque una señora que cante?... ¡Pues ahora verás tú lo que es bueno!...

Y trajo á su barracón, de no se sabe dónde, una real moza, flamenca á todas luces, aderezada á lo cantaora de café cantante, cruzado al pecho un mantón auténtico de Manila, color grana, con chinitos y chinitas de cara marfilesca.

La prójima se sonrió de lástima al oír las folías melancólicas de la italiana; «aquello» era de un cursi espantoso; lo «suyo» era lo castizo y «chipén», canelita en rama, que dicen los que saben de estas cosas. Y al chirriante sonar de los discos del averiado fonógrafo se «salió» por peteneras.

Picolomini y Colombina, que eran hermanos, dicho sea aquí para desvanecer dudas que pudieran comprometer su buena reputación, sonriéronse á su





vez, que ya es sabido que esto de la risa va por barrios, al escuchar aquellas coplas tan tristes, tan lúgubres, que encogían el ánimo con su eterno recordar á la «masesita der arma, muerta», camposantos, traiciones, puñalaitas, rejas de la cárcel y «presilios».

Y también se sonreían, ¡oh falta de patriotismo!, los zanguangos que se paraban á oír á la del pañolón, y pasábanse al «enemigo» para escuchar el «vals de los besos» de *El Conde de Luxemburgo*, ú otra estomagante cursilería de extranjis.

Lo de traer la cantaora era el último cartucho que Nemesio quemaba en defensa del negocio; cartucho que le salía por un pico: la real moza no iba á cantar gratis por la cara bonita de Rendueles, que no era un Adonis, ni muchísimo menos.

La catástrofe era inminente: agotado el fondo de resistencia, aumentados los desembolsos, y con ingresos irrisorios, se imponía el cerrar el barracón y buscarse la vida gallega por otro camino.

Con ser esto una gran desdicha, no fué menor la que cayó sobre el infeliz Rendueles, el cual, loado sea Cupido, enamoróse á sus cincuenta y pico de abriles de la que con tanto estilo como sentimiento se «arrancaba» á su lado por peteneras.

La moza no advirtió, ó si lo advirtió se hizo la desentendida, la llama de amor que había prendido en el pecho de aquel pobre hombre, que la contem-

plaba y admiraba en silencio, suspirando como un parvulillo.

.....
La tragicomedia tuvo un final adecuado.

Un día, aciago día, Rendueles vió con asombro inaudito instalado en el barracón de sus desventuras á un italiano que no era Piccolomini.

Y á esta sorpresa se siguió otra, que nunca las desgracias vienen solas: la de recibir de manos de un tipo, con trazas de jaleador de tablado, una es-
quela que decía:

Cerido Amo dispense me no balla mas a trabagar porque ma contratao el Senor picolmini pa una turne por su tierra.

Sinmas por oi su afetisma qe loes

Maria Revoyo.

Rendueles quedóse, no como quien ve visiones, sino como al que le arrojan de improviso un jarro de agua fría.

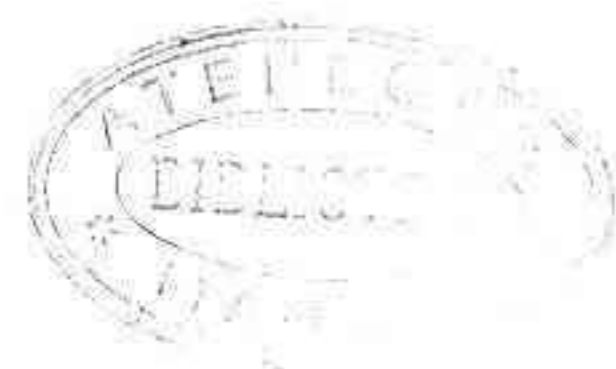
Pasado el estupor, loco, furioso, con gran admiración y regocijo de los espectadores, emprendióla á pelotazos con los peles del pim pam pum, gruñendo rabiosamente:

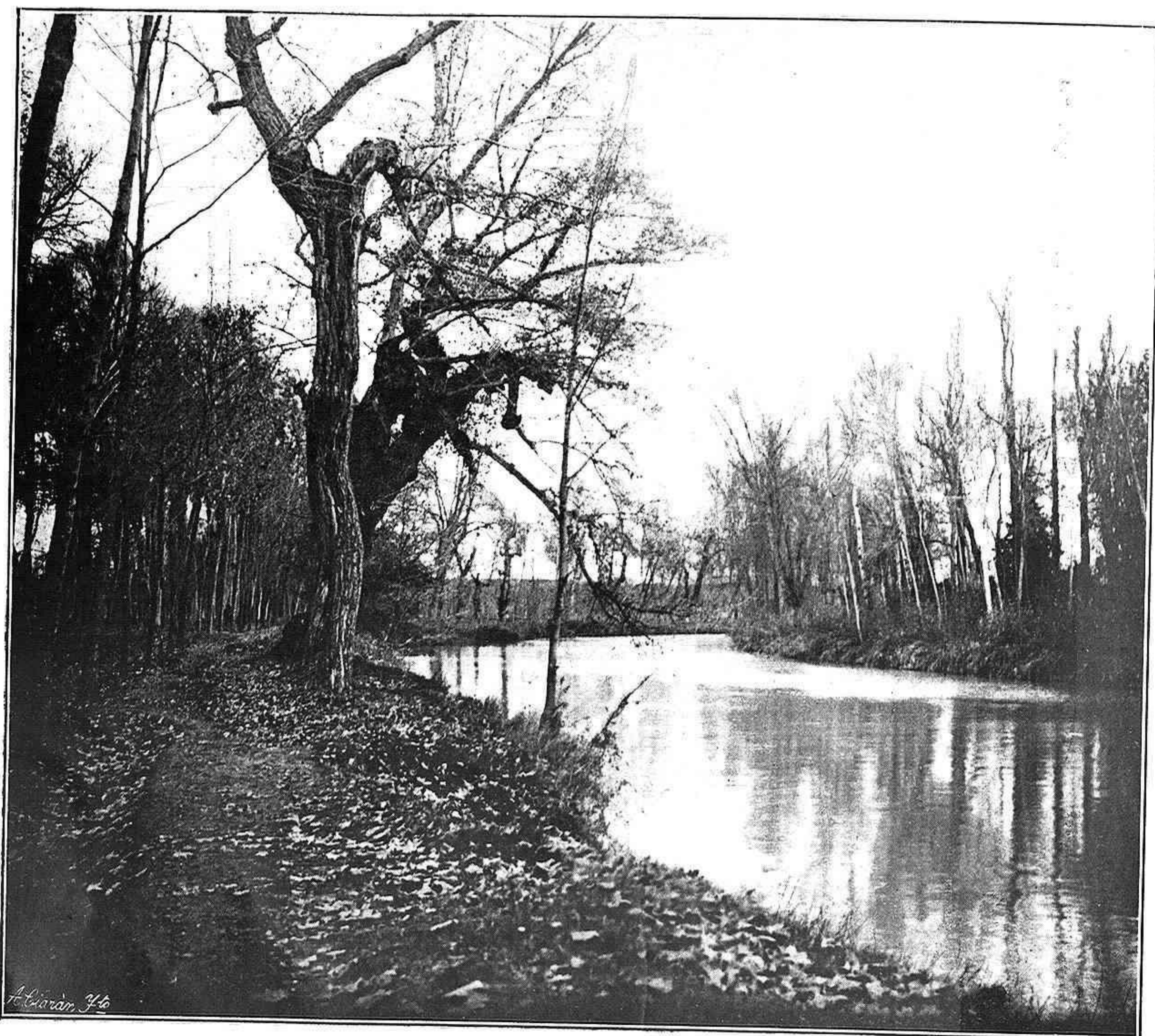
—¡Canallas!... ¡Sinvergüenzas!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

EXPOSICIÓN CANINA

(Alemania.) - "Der Dackel."





PAISAJE DE INVIERNO

[80

Fot.^a del Sr. D. Ricardo del Rivero.

EL TESORO

CERCA de Loja, en el camino que á Granada conduce, hay una hacienda que llaman *Casería del arriero*, plantada de olivos y de viñas, famosos unos y otras por la bondad de los jugos que producen. El dueño, de quien tomó el nombre que aun conserva, llamábase Andrés Perales, y había sido, en efecto, arriero durante muchos años.

Á los sesenta era todavía hombre fuerte y de sólidos remos, decidor y afable, cada día más estimado en la comarca por su noble corazón y bolsa liberal, abiertos ambos á toda buena obra.

Una tarde de otoño hallábase sentado bajo el cobertizo de su puerta, cuando el día fué poniéndose obscuro antes de tiempo á causa de los espesos nublos que el viento amontonaba y que pronto comenzaron á derramar sobre la campiña la mucha agua de que venían cargados.

En aquella sazón apareció por la vuelta que el camino formaba una tropa como de diez ó doce caminantes, que, en viendo la casería, diéronse á correr hacia ella para guarecerse de la lluvia, antes de que ésta les calara los capotillos y manta con que se cubrían.

No sólo acogióles Andrés benévolamente, sino que como viera que el tejadillo no era abrigo suficiente contra el agua revuelta que bajo él se metía, les hizo entrar en la casa y les ofreció escaños y sillas en que descansaran, que bien parecían necesitarlo. En su exterior denotaban los caminantes ser gente pobre y desacomodada; traían sendos hatillos, quién á la punta de un cayado, quién sujeto por correas á la espalda. Este y otros indicios, como el llevar sandalias ó botas de repuesto y alforjas con provisiones, dejaron entender al hacendado arriero que el que hacían los recién llegados era viaje de largo aliento.

Y habiéndoles preguntado por el puesto de su destino, uno, que parecía dirigir á los demás, tomó la palabra en estos términos:

—Nosotros, señor huésped, somos braceros y artesanos de la ciudad de Granada, la cual ciudad hemos abandonado á causa de las muchas penas que cuesta ganarse en ella la vida y la poca esperanza de medro para la vejez, y así decidimos pasarnos á las Indias con el propósito de buscar oro en las muchas minas que cuentan que allí hay, y logrado que hayamos reunir lo bastante—cada cual con arreglo á sus cálculos,—nos volveremos á la patria á vivir felices el resto de nuestros días. Y ahora nos encaminamos á Cádiz, de donde sabe-

mos que va á hacerse á la vela una flota con rumbo al Perú, que es el fin de nuestra peregrinación.

Admirado quedó Andrés de lo que el jefe de los emigrantes le contó y de la sencilla credulidad de él y de sus compañeros, y por disuadirlos—según su buen corazón le mandaba—de poner por obra el aventurado plan que habían formado, les habló de esta manera:

—Bien conozco, hermanos, que vuestros proyectos tienen fundamento en lo de las dificultades que encuentra el pobre para salirse de su pobreza; pero ha de añadirse que, la mayor parte de las veces, la falta de mejoramiento antes debe achacarse al genio de cada hombre que á la condición del estado en que Dios lo puso. Y de esto es buen ejemplo la historia de mi vida, espejo donde mirarse deben aquellos que, por enriquecerse á prisa, sueñan con minas de diamantes, se desvelan en alquimias engañosas y no se dan punto de reposo corriendo tras de quimeras y embelecios. Así, pues, en tanto que gustáis la merienda que he mandado se os prepare, quiero contaros un hecho de mi juventud, que, principiando por cambiar mis ideas, acabó cambiando mi miseria en abundancia, y es como sigue:

Á los veinte años encontrábame yo en Granada dueño de una pequeña hacienda que, juntamente con buen caudal de consejos, me legó mi padre el día de su muerte. Hacienda y consejos no valían gran cosa, según después tuve ocasión de apreciar, pues si la primera era magra, magrísimo y flaco y secos por demás eran los segundos; no porque mi padre dejase de ser discreto, sino por estar embuído de su hidalga prosapia, lo que le impedía ver la realidad de las cosas y las mil fases que el mundo presenta en su trato ordinario. En una palabra, estos consejos minaron aquella hacienda, pues en los dos años primeros que siguieron á mi orfandad hice el gran señor tan cumplidamente, que mi fortuna quedó reducida á la cuarta parte. Vínome entonces el pensamiento de utilizar los relieves de la herencia en algo que me sacara de apuros de por vida. No faltó quien, conociéndome el flaco, me metiera en empresas halagadoras, de las que la plata y el oro había de brotar como por encantamiento, y que no hicieron más que acercar el momento de mi completa ruina.

Por aquel tiempo solía yo asistir á una famosa tienda de bodegonero, en donde me reunía con otros mozos de mi condición, gente alegre y divertida, que no se desdeñaban de alternar, cuando venía á pelo, con los parroquianos de la casa, entre los cuales los había muy honrados, aunque de estado inferior al nuestro. Cierta noche en que me hallaba solo frente á una mesa, en espera de mis amigos, llamó mi atención lo que se hablaba en la mesa de al lado, por ser asunto que entraba de

llo en las imaginaciones que de continuo me asaltaban. Tanto fué el cuidado que en escuchar lo que hablaban puse, que no pasó inadvertido para uno de los que departían, y que conocíame de antiguo, por haber trabajado varias veces en casa de mi padre en su oficio, que era maestro herrero.

«¿Qué piensa don Andrés de todo esto? — me dijo. — ¿Cree vuesa merced que existan riquezas enterradas por los moros que ya no hayan descubierto la avaricia ó la casualidad, después de los muchísimos años transcurridos desde que la ciudad fué tomada al *Rey Chico*? He aquí éste afirma que en la casa que llaman del *Gato*, en la cuesta del Kadí, existe una olla llena de doblas de oro oculta no se sabe en dónde.»

«Yo digo y redigo que es fama que en dicha casa hay, no una, sino muchas ollas llenas de oro en monedas y en polvo en una estancia oculta, y aun añado que no son ollas pequeñas, sino orzas y grandes, con el cual tesoro podría levantarse un ejército ó comprar las islas de Inglaterra, y yo lo tengo de buena fuente, que es mi abuelo el que me lo ha contado, y él tenía motivos para saberlo. Y basta, que si yo hablara, tal podría decir, que todos quedaran tan convencidos como maravillados.»

Rieron los presentes de las disparatadas razones del nieto de su abuelo, y por más embromarlo, díjole maese Antonio, el herrero:

«Compra, pues, la casa, que está de venta, y siendo que sea tuya, buscar puedes á tu guisa, y tirar paredes y levantar solerías, hasta dar con las odres ó tenajas ó alambriques llenos de rubíes y alfajores que están detrás de las paredes.»

«Emparedado me vea yo, hijo de mi madre, por hablar razones á mentecatos, que es dar margaritas á puercos.»

Y esto diciendo, salióse del bodegón, echando peste y renegando de todos los allí reunidos.

No tardé yo mismo en seguirle, sin aguardar á que mis camaradas llegasen, pues quería estar solo y meditar á mis anchas en el proyecto que había concebido. Y era que mi carácter, dado á ensueños y lucubraciones, se había asido de aquella idea salvadora de que la *Casa del Gato* encerraba un Potosí que yo podría poseer á poco esfuerzo con sólo comprarla. El toque de dar con el escondrijo no se haría esperar en registrando bien el edificio, que sí haría yo, aunque para ello fuera preciso derribar sus muros y remover sus fundaciones.

Púseme en campaña al día siguiente para vender la última heredad que me quedaba, y aunque recibí por ella menos de la mitad de su valor, díme por contento, ya que el producto de la venta era bastante á comprar la casa de mis amores.

La dicha casa se estaba cayendo de pura vejez

y podredumbre, lo que no impidió el que yo considerara, al encerrarme en ella, que tomaba posesión de los palacios de Armida.

Luego que me vi solo tomé un martillo de entre las herramientas que llevaba á prevención, y empezando por las habitaciones altas, fuí recorriendo las paredes, tentando aquí, oliscando allá, golpeando acullá, sin perdonar tejavanas ni camaranchones, no quedando enjabelgado por picar ni azulejo que no levantara.

En acabando de reconocer el primer piso se acabó el día. Encendí una linterna y proseguí en las habitaciones del piso bajo la busca del famoso tesoro. Por fin, hacia la media noche, al golpear en el fondo de una alacena que en el grueso del muro estaba practicada, parecióme que el martillo no producía un ruido seco y apagado como hasta entonces, sino que daba en endeble tabique, detrás del cual debía de haber un hueco. Dí nuevos golpes, y cuál no sería mi satisfacción al ver que se desprendía un regular trozo de yeso, dejando visible parte de la panza de una vasija de barro.

Y porque veo que el saber en qué para mi historia os tiene suspensos, sin pensar en la cena que delante tenéis, quiero hacer alto por un momento para dar lugar á que comáis y bebáis cuanto os venga en gana, sin que os lo impida yo con narraciones, que si despiertan la curiosidad, adormecen el apetito.

Tragaron los caminantes el bocado que en la garganta se les había detenido al escuchar la aparición de la ventruda olla, y volviéles la fortaleza á las quijadas, inmóviles poco antes como por un hechizo. En todo lo cual y en haber olvidado de envasar el mosto que profusamente les sirvieran, dejábase ver la enfermedad que les aquejaba y que era su afición á lo maravilloso y á la adquisición de riquezas á poca costa.

Y el alto que el viejo Andrés hiciera en su narración, más parece que fué hecho por burlona malicia para tenerlos sin pulsos largo tiempo, que por dejarles aprovechar lo que su generosidad les había ofrecido.

—Por su vida, nostramo; que nos cuente lo que sucedió después, para saber nosotros lo que hemos de hacer en el Perú cuando se nos presenten ollicas de esa misma clase; así me la depare Dios siquiera como la mitad de la que vos encontrastes.

—Pues estadme atentos, que lo que me resta por decir es lo de más enjundia. Y fué que en cuanto vi lo que sabéis, fuíme adonde estaban las otras herramientas y tomé las necesarias para dejar la vasija al descubierto y retirarla en su mismo ser y entereza, á fin de que no se perdiera un átomo de oro si de polvo de este metal estaba llena.

Mas sucedió de otra manera que como yo me prometía, porque el primer ladrillo que quise despegar se trajo adherido un buen trozo de la dicha vasija, que á la cuenta debía de estar cascada, y se manifestó un espacio negro y vacío.

No por esto me desconsolé, antes se aumentó mi esperanza, pues recordé que la leyenda hacía mención de una estancia oculta en la cual hallábanse dispuestas y ordenadas las diversas y ricas materias que componían la fortuna del moro. De esta manera aquella tinaja había, sin duda, servido para cerrar la entrada del secreto camarín, y por el hueco que ella dejó después de hecha pedazos, pasé la linterna primero, la cabeza después y por último mi cuerpo todo.

Halléme en una pieza húmeda y fría, de obscuras paredes, á lo largo de las cuales alineábanse orzas y tinajas de más que medianas dimensiones, que si solamente habían de estar llenas de ochavos morunos, allí hubiera suficiente para vivir como un rey; tantas y tan ventradas eran ellas.

Bailábame el corazón en el pecho de puro gozo, y sólo me aguaba algo el contento un cierto olorci- llo á queso y á chacina que en la estancia reinaba y que no me parecía venir muy á cuento con las perlas y aljófares, las limpias esmeraldas y relucientes zequíes que el moro allí encerrara. Con todo yo iba dirigiendo los rayos de la linterna por los diversos ámbitos de la estancia, y así fuí descubriendo muchas cajas de madera y potes de barro que sobre una anaquelera estaban. Llegándome á uno de los potes metí la mano en él y saqué un puño de cristallillos relucientes parecidos á granos de sal y que debían ser diamantes en bruto.

En esto sentí que me caía en la frente y corría por ella una gota como de grasa, y alzando los ojos vi que provenía de un enorme jamón compañero de á lo menos otros cincuenta que formaban, colgados del techo, el más famoso artesanado que puede imaginarse.

Sin acertar á explicarme la presencia allí de semejantes vituallas, destapé uno de los tinajones y lo encontré lleno de aceite, y otro de quesos que llaman manchegos, y así hube de convenir en que más parecía aquella cueva de canónigo que escondrijo de renegado.

Cuando mayores eran mi perplejidad y turbación, oí rechinar una cerradura, y una voz que no me era desconocida gritó á mis espaldas:

«¡Date, ladrón, si no, voto va te he de clavar como á una raposa!»

Hasta aquel momento no me dí cuenta de la situación. La pared que había agujereado era mediana de la casa inmediata, y me encontraba en la despensa del vecino. El cual, alumbrándose con un farolillo que traía en la izquierda, acudía al ruido de

los anteriores golpes, blandiendo una de Toledo de más de la marca.

Mi linterna descubrió su rostro, en tanto que su farol iluminaba el mío.

«¡Don Andrés!»

«¡Maese Antonio!»

Fuerza me fué explicar mi presencia allí, y por más corrimiento que ello me causara, hubé de contarle la verdad de lo ocurrido, de lo que rió no poco.

«Vuesa merced — dijo — pensaba encontrar una riqueza y á fe que no andaba muy descaminado; porque, ¿es pobreza esto por ventura?»

Y señalaba á las abundantes provisiones allí almacenadas.

«No, por vida mía; que nunca vi mejor provista despensa.»

«Es que en mi casa hay también un tesoro, y porque se vea que no guardo secreto con vuesa merced, tengo de descubrirselo luego, y, sígame, que voy delante para enseñarle el camino.»

Atravesamos un patio y entramos en una gran sala ó nave, donde tenía su fragua, y en la que por todas partes se veían limas, martillos, yunques y cinceles, revueltos con acabadas piezas de forja; ya labradas rejas, ya complicadas cerraduras.

Maese Antonio, mostrándome con la mano todo aquello, me dijo:

«Vea vuesa merced, señor don Andrés, el tesoro que me permite, no sólo tener despensa como la que acabáis de ver, sino haber dotado á mis hijas para bien casarlas y hacerme con los muchos marjales que por la bondad de Dios tengo en la vega.»

El consejo que encerraban estas palabras vino tan en sazón después de la amargura del pasado desengaño, que me pareció que mi ser entero se fundía y trastocaba en un nuevo hombre. Vendí los enseres y muebles de mi casa, troqué mis vestidos por otros mucho más pobres y me salí de la ciudad sin dar cuenta á nadie de mis proyectos, que eran trabajar en lo que la ventura me ofreciera allí donde no fuera conocido. Quiso mi buena estrella llevarme á un pueblo que llaman Dúrcal y está á seis leguas de Granada, en el camino de Motril, en el cual me acomodé de mozo con un arriero que hacía el tráfico entre la costa y el Valle de Lecrín. Aficionéme al oficio, que si bien á veces es penoso, es de los más alegres y distraídos; trabajé con firmeza, ahorraré con avaricia, compré, cuando pude, algunos asnos y, en fin, yo hice con ellos tanto y tan bien, que al cabo, si no me encontré muy rico, por lo menos me salí de ser pobre. Esta es mi historia, en el curso de la cual he visto que el remedio de los males debe encomendarse al propio valimiento y no á las empresas extraordinarias ni á las maravillosas aventuras. Y ese de pasarse á las Indias, que pretendéis, es, como se dice en un librico que tengo

arriba, «remedio de perdidos, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, engaño común de muchos y remedio particular de pocos».

Guardaron silencio los caminantes, pesando y repesando cada cual lo que acababa de oír. Al cabo levantóse uno de ellos, de edad algo avanzada, y tomando su hatillo y haciéndoselo tomar á un muchacho que con él venía, exclamó en tono resuelto:

—Vuesa merced, señor mío, tiene razón en lo que dice. Mis camaradas pueden seguir su derrotero, si así les place, que yo pienso, desde este mismo punto, volverme con mi hijo á Granada y trabajar en el oficio que Dios se ha servido depararnos.

Los demás, que estaban bastante confusos y des-

ilusionados con lo que el huésped les contara, al ver la resolución de su compañero sintieron que la voluntad acababa de quebrárseles, y, después de consultarse, más con la vista que con las palabras decidieron dar la vuelta á su tierra aquella misma noche.

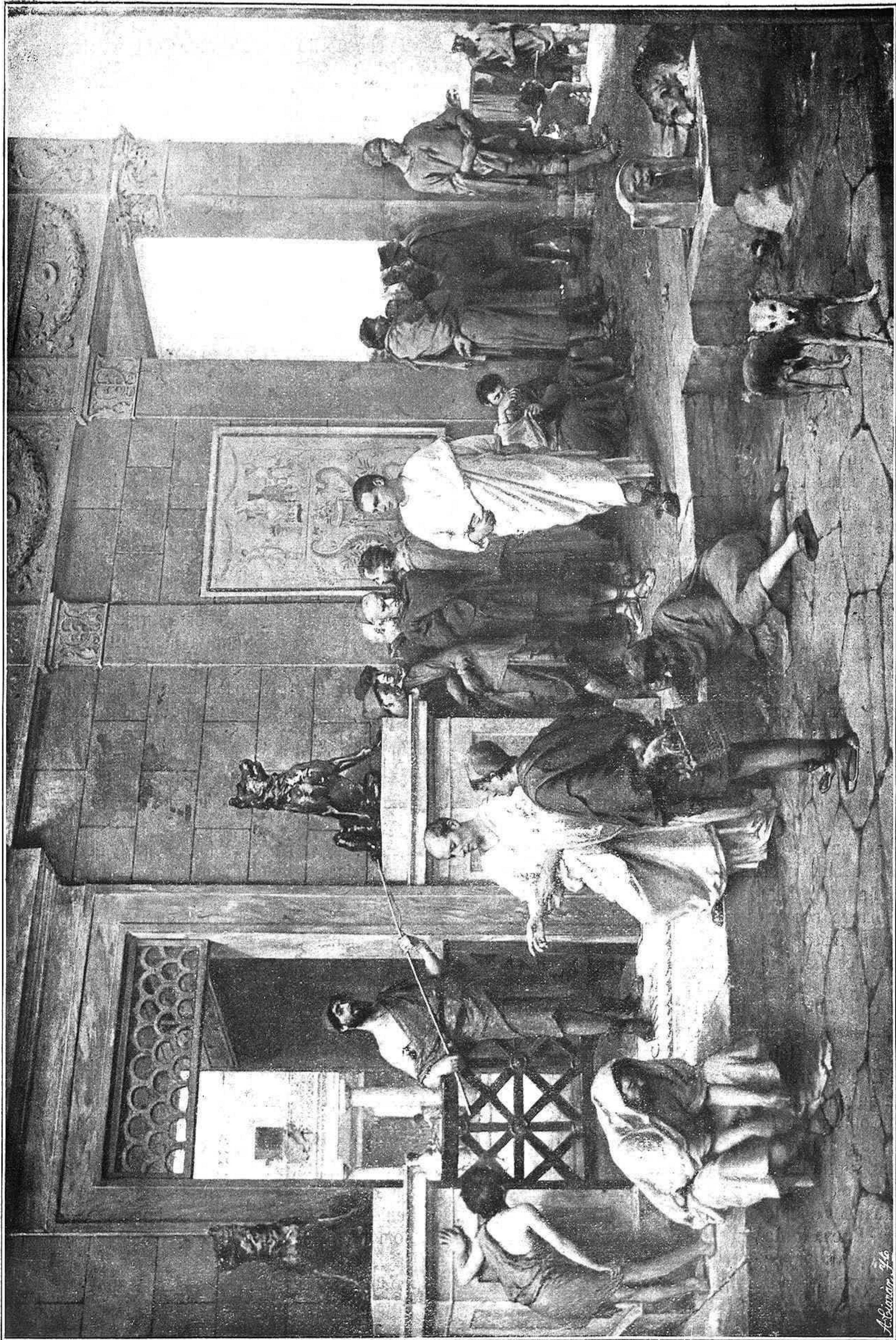
No consintió esto Andrés *el Arriero*, sino que dió acomodo para que todos durmieran en la casería, y cuando amaneció, despidióles con mucho agrado entregándoles vituallas para el camino y bastantes dineros para que pudieran empezar con buenos auspicios la nueva vida que se prometían hacer.

J. SÁNCHEZ GERONA.



MI MODELO

De fotografía.



"SALUTATIO MATUTINA"

Cuadro de Bompiani.

EL LADRÓN

I

ANTONIO eligió entre los boteros que le ofrecían embarcación uno cualquiera, sin mirarle ni discutir precio.

Luego, ya dentro del bote, mientras la lancha sorteaba hábilmente los cascos enormes de los buques y las otras lanchas pequeñas, agrupadas sobre las aguas sucias y espesas del puerto, Antonio Almenara miró al remero.

Era un hombre alto y fuerte. Tenía anchas las espaldas; foscamente negra y enmarañada la barba; los ojos, duros y penetrantes. El sol y el aire del mar le habían ido quemando la piel hasta curtirla. Al rítmico é igual ademán de remar, se acusaban, enérgicos, los bíceps desnudos.

Daba una sensación de vigor y de audacia, que sería noble sin la mirada penetrante y dura, sin el instintivo gesto que contraía, á veces, sus labios, desnudándole los dientes.

Antonio Almenara dejó de mirarle.

«¡Bah! Después de todo, no estaban en medio de un camino, lejos de todo auxilio; lo más que podía preocuparle era el sobreprecio de unos cuantos reales.»

La lancha iba saliendo á mayores espacios de agua libre.

Empezaban á escasear los botes, y las viejas gabarras, los bateles despintados y vacíos se movían suavemente, sin chocar unos con otros.

Á distancia cortaban bruscamente el horizonte algún trasatlántico enorme, ó un cañonero, limpio y blanco, como las gaviotas refugiadas en lo alto de sus mástiles.

Dulce y sereno caminaba el sol hacia su ocaso. Aun faltaban más de dos horas para que se hundiera en el fingido límite del mar, inflamando de púrpura las velas latinas—cuchillos de los vientos—que se abocetaban en la lejanía.

El cielo, tranquilo, horro de nubes, tenía una tersa quietud azul.

Conforme la lancha se alejaba del puerto, se sentía la grata frescura del espacio libre. Á ambos lados, surgía del agua la fronda de los pueblecillos costeros y próximos á la capital. Las aguas se rizaban levemente.

—Buena tarde—murmuró Antonio.

—¡Bien maja que está para calar en ca del *Roxu!*... respondió el botero.

—¿Cerca?

—¿Ve el señorito aquellas rocas que se alzan á la izquierda?

—¿La torre del diablo?

—La misma. *Ye* detrás. Un chigre donde dan almejas y percebes, con una sidra que pasma.

—Sobre todo la sidra, ¿verdad?

—La sidra y to. Pero más que nada la sidra.

Le chispeaban los ojos al decirlo. Antonio Almenara sonrió.

«¡Vaya por Dios! También borracho. Debía de ser una alhaja el nombre.»

—¿Qué? ¿Remo hacia allá?

Antonio Almenara se encogió de hombros.

—Como quieras.

El botero imprimió un rápido avance á la lancha. La proa aguda y filante cortó con más ímpetu las aguas, que se abrían en un ángulo breve y espumoso. El vientecillo fresco azotó con más viveza el rostro de Antonio.

El mar perdía de un modo imperceptible su placidez serena del puerto. Al color obscuro y sucio sustituía la transparencia verde...

Antonio Almenara, con la vista fija en las peñas de *La torre del diablo*, recordó su leyenda.

Era un sitio maldito y peligroso. Los barcos le huían. Tantos ó más escollos como surgían del mar, había debajo, erizados y puntiagudos. El agua se arremolinaba, se embravecía en torno de las rocas, horadándolas en caprichosos arcos y fantásticas grutas. La imaginación popular pobló el rocoso islote de leyendas trágicas y misteriosas, y cuando en los días de borrasca desaparecía alguna lancha pesquera y se hundían para siempre en el mar sus tripulantes, las mujeres maldecían á *La torre del diablo*, y hablaban de las sirenas, cuyos cantos sonaban en medio del fragor de los truenos y del viento, y cuyas carnes iluminaban la luz lívida de los relámpagos.

—¿Y si fuéramos allá?—propuso repentinamente Antonio Almenara.

El botero le miró estupefacto.

—¿Adónde? ¿Á la torre?

—Sí.

—¿Está loco?

—¿Tienes miedo?

Se le encendió el rostro al hombre de mar.

—Vaya, vaya, señor. No busquemos tres pies al gato. Lo de menos *ye* que le abran las peñucas un *furaco* á la barca. Lo de más es que... ¡Amos! ¡Que no!... Aun no va para tres días he visto *la Huestia*, y no quiero morir... Déjelo estar.

Antonio Almenara se encogió de hombros.

—Como quieras... Te lo hubiera pagado bien.

—Déjelo estar.

Hubo un largo silencio.

El botero remaba despacio. Una profunda arruga

le tajaba verticalmente la frente, viniendo á morir en la unión de las cejas negras y cerdosas.

—¿Y... cuánto daría?

—Pide.

—¿Cinco duros?

—Te doy seis.

Inmediatamente después de decirlo se arrepintió. Las pupilas del remero se abillantaron con un fulgor extraño, clavando instintivas la mirada en el pecho de Antonio, adivinando la cartera.

—¿Vamos allá?

—Vamos.

No hablaron más. El remero era hábil y viejo en el oficio. Antonio Almenara manejaba el timón diestramente.

Se acercaron á las rocas. El agua era allí más brava y espumosa. Estaba bajando la marea, y los picos peligrosos quedaban al descubierto, fáciles de evitar.

Una ansiedad febril que reseca sus fauces, que aguzaba sus sentidos y ponía menudas gotas de sudor en las frentes, acometía á los dos hombres. Cambiaban palabras secas, cortantes.

—¡Cuidado!

—¡Así!

—Cía.

—El izquierdo.

—¡No! ¡Atrás!

Llegaban.

El bote avanzaba y retrocedía con bruscos empujones del agua. Alguna vez tropezó con la roca, y sonaba un crujido. Los hombres maldecían.

Al fin lograron sujetarla en un pico saliente. Los escollos habían formado una especie de estuario, donde la embarcación podía quedar al abrigo, mientras los hombres subían á las rocas.

La ascensión fué difícil.

Los pies se resbalaban entre las algas y el verdín. Al paso de los hombres salían de entre las quiebras de las peñas gaviotas, que agitaban el aire con sus alas fuertes y sus chillidos agudos.

De pronto, Antonio Almenara lanzó un grito. Á sus pies, empotrada en la roca, cubierta de lapas y conchas menudas, había una cajita de hierro.

El botero acudió en seguida.

—¿Qué ye?

—Mira.

Costó trabajo sacarla de la hendedura. Se les ensangrentaron las manos. Debía llevar muchos años escondida allí, á cubierto de las aguas.

Antonio la golpeó con una piedra. El hierro, roído por el orín, se partió fácilmente. Dentro...

¡Oh! Dentro había monedas de oro, un collar de perlas, unas sortijas.

Al botero se le crisparon las manos.

—¡Contra! Paez de una novela.

Antonio Almenara contaba las onzas, las medias onzas... El remero fué á coger el collar de perlas, y él le contuvo.

—¡Eh, amigo! Paciencia. Esto no es nuestro.

—¿Cómo que no?

—Como que no. Esto hay que entregarlo en la Comandancia. Luego, ya veremos.

El botero se echó á reír.

—¡Vamos! El señorito bromea. Eso es para los dos. ¿Qué necesidá hay de enterar á naide?

Antonio se encogió de hombros.

—Tú opinas así. Yo no.

Se había puesto de pie repentinamente, temiendo un ataque. El botero, erguido frente á él, apuñaba las manos. Un jadeo angustioso le conmovía el pecho. Las pupilas le brillaban homicidas.

—Pues hace mal el señorito. Mire que voy por las buenas. Y mire que podría quedarme con todo.

Antonio Almenara comprendió que había ido demasiado lejos. Sintió encogérsele el corazón. Frío extraño le hormigueó en las manos y en los pies.

—Bueno. No discutamos. Bajemos á la lancha, y cuando lleguemos al puerto lo repartimos.

—¿Palabra?

—Palabra.

Él mismo cogió el cofrecillo. Ambos pensaban en lo difícil que sería salir de las rocas un hombre solo.

—Baja tú delante..

El descenso fué más peligroso. Resbalaban los pies en la roca húmeda. Las manos, doloridas y sangrientas, no tenían fuerzas para asirse á las salientes y á las plantas parásitas.

Empezaba el crepúsculo.

Salieron en silencio, luchando desesperados con las aguas embravecidas. Ya en el espacio de mar tranquilo, el botero soltó los remos.

—Bueno. Ahora á repartir.

—Espera, hombre. Ten paciencia.

—No la tengo. No me da la gana. Venga. El collar para mí.

Antonio Almenara miró angustiosamente en torno suyo. El puerto estaba lejos. La noche avanzaba rápidamente.

Su misma cobardía le hizo audaz.

—¿Y si yo no quisiera repartir ahora?

—Le mataba á usted.

Antes de que Antonio pudiera esperarlo, se echó sobre él el botero. Sintió que las manos ásperas se clavaban en su cuello. Fué una lucha brutal, despiadada, silenciosa, entre los dos hombres.

El bote se balanceaba siniestramente. Los pies

tropezaban en las joyas, en las monedas de oro que había en el fondo de la barca.

Y, sin saber cómo, Antonio Almenara pudo apoderarse del cuchillo que el marino llevaba en la cintura, y se lo clavó en un costado. Su enemigo lanzó un grito ronco, abrió los brazos y cayó de espaldas en el agua.

Un remolino de espuma rojiza, un vaivén fuerte en la barca, y Antonio se vió libre y solo. Á sus pies, entre el agua del fondo de la barca resbalaban los monedas de oro, el collar de perlas, las sortijas...

II

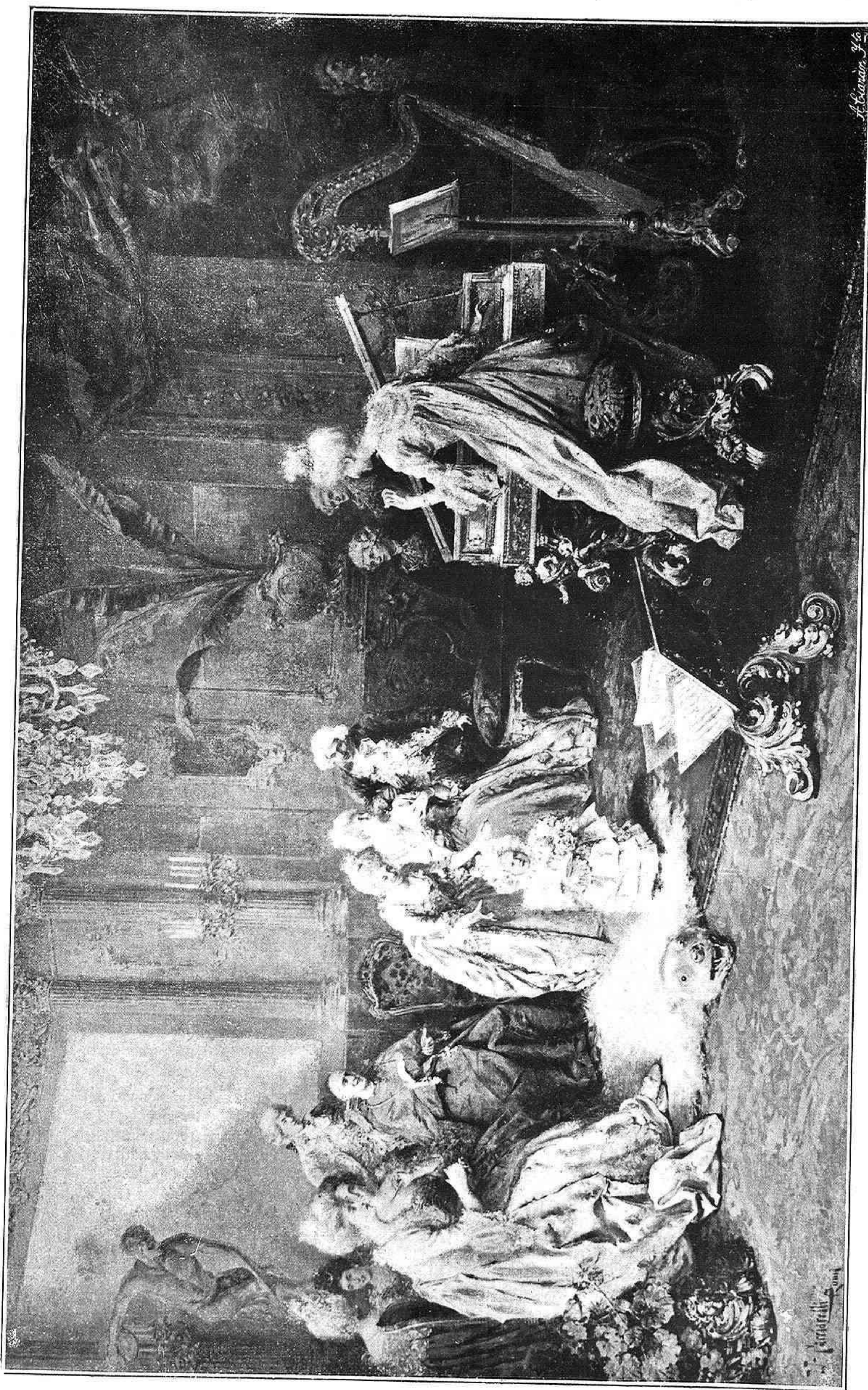
No se presentó en la Comandancia de Marina. No dió á nadie cuenta de lo ocurrido. Pasó toda la noche sin dormir, y cuando á la mañana siguiente salió de la casa consignataria de vapores, con el billete para un transatlántico alemán que zarparía aquella tarde, Antonio comprendió que el rumbo de su vida había cambiado por completo, y que al defenderse contra el ladrón, había despertado dentro de él otro ladrón.

JOSÉ FRANCÉS.



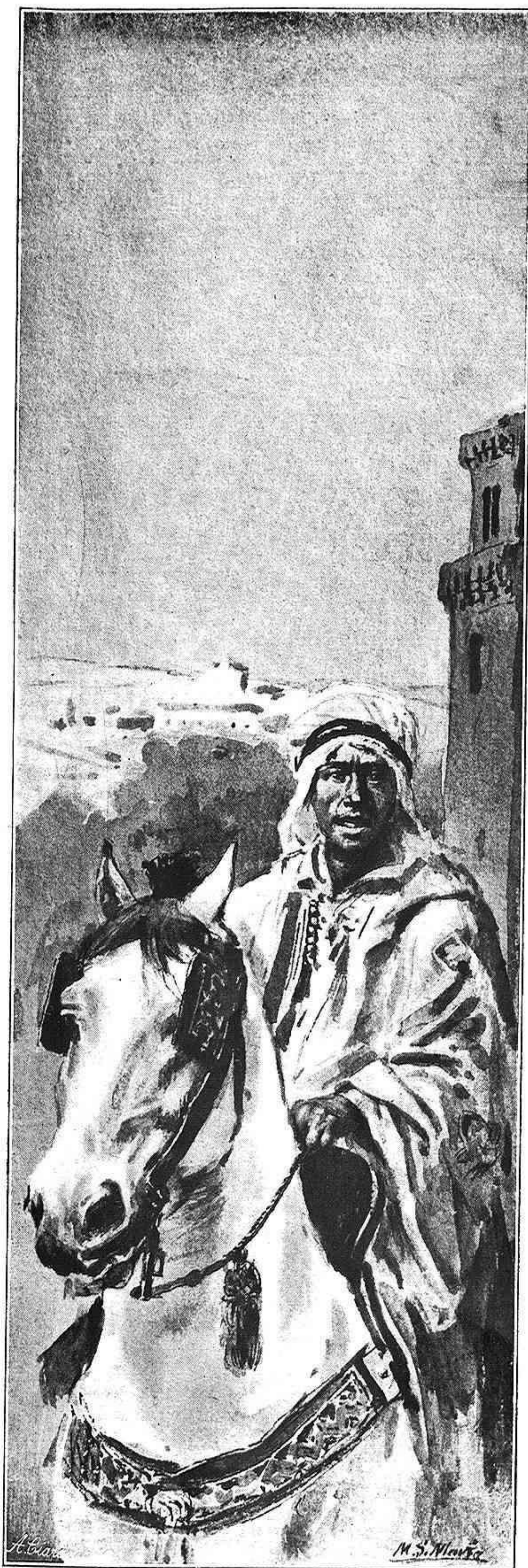
AL MERCADO

De fotografía.



LOS PRIMEROS PASOS

Cuadro de Cacciarelli.



EL ALMA DEL CALIFA

I

Elegido del Profeta para espejo de su gloria,
Cien combates le brindaron el laurel de la victoria,
Cien dolores desgarraron su indomable corazón;
Era cumbre, y ostentaba la grandeza de la altura;
Era mar, y de los mares encerraba la amargura;
Y era rey, aunque en las venas tuvo sangre de león.

Su mirada refulgía cual relámpago de acero;
Su justicia aniquilaba como el hacha del guerrero;
Su venganza caminaba con empuje de huracán,
Y en la paz cual en la lucha, siempre firme y sin desmayo,
Negro abismo iluminado por la cólera del rayo
Era el alma misteriosa del tercer Abderramán.

Sus dominios se ensanchaban como el sol en las esferas,
—Sin obstáculo, sin dique, sin estorbo, sin fronteras,—
Como el sol, que está seguro de mirar todo á sus pies.
Y era un grito cada piedra y un temblor cada muralla
Cuando al viento desplegaba su estandarte de batalla
El terror de las ciudades: el Califa cordobés.

Su palacio era un ensueño de magnífica opulencia,
Sus diamantes sobornaron de un Imperio la conciencia,
Sus esclavas eran rosas encendidas de pasión;
Cual prodigio de su gloria levantábase la Aljama;
Su renombre por el mundo iba en alas de la Fama,
Y su genio era muy grande, y más grande su ambición.

Y aún más grande, como noche de pavor y de agonía,
En el campo de su vida la tristeza se extendía
Cual retama gigantesca, cual mandrágora fatal;
Ni en los mares de la dicha navegó la regia barca,
Ni hubo mieles que endulzaran la amargura del Monarca,
Ni un capullo de sonrisa que alegrase el abrojal.

No hay palmeras que engalanen las orillas del Mar Muerto;
No hay jazmines ni claveles en la arena del desierto;
No hay violetas en el cráter del volcán abrasador,
Y en el pecho devastado por envidias y traiciones,
Cuando mueren esperanzas y no brotan ilusiones,
Como adelfa ensangrentada surge el odio triunfador.

II

Se encendieron almenaras en lejanos horizontes,
Y, luciendo cual pupilas en la cresta de los montes,
Arrancaron un rugido al Califa musulmán:
Un rugido formidable de amenaza tremebunda,
El rugido fragoroso de la mar cuando iracunda
Quiere erguir hasta los cielos las espumas de su afán.

Con el vuelo de la flecha, dos mancebos africanos
Escalaron las montañas, descendieron á los llanos,
Y, al entrar en la campiña que fecunda Guad-Kebir,
Con asombro contemplaron uno y otro mensajero:
Como un campo todo espigas, una vega toda acero,
Galopando fulgurante á la voz del gran Emir.

Del Emir que, á rienda suelta, avanzaba en su caballo,
Anhelando dar castigo á traiciones del vasallo

Que en Zamora, cual rebelde, tremolara su pendón.
«¡Guerra y muerte!», van gritando los jinetes musulmanes;
Y volaban los corceles como un bando de alcotanes,
Y el Califa murmuraba: «¡Guerra á muerte! ¡No hay perdón!»

En peligro está el rebelde; en peligro está Zamora;
Su temor es un silencio que se acrece hora tras hora;
Son de sangre los arroyos que hasta el Duero raudos van;
Todo es rojo: tres combates han tendido su alcatifa,
Rojos son los alquiceles de la hueste del Califa,
Y son rojos los designios del soberbio Abderramán.

Cual la herida de un coloso, una brecha hay en la torre,
Y por ella la esperanza como hirviente sangre corre;
Mas no ceden los rebeldes, ni se humillan al perdón;
Han templado sus alientos en la hoguera del delirio,
Y entre el yugo del esclavo ó la gloria del martirio,
Ben Yacub y sus guerreros, cual la torre, piedra son.

Y una noche negra y triste como el alma de un villano,
Una noche en la que el sueño con su influjo soberano
Abrió treguas en el ansia de matar ó de morir,
Profanando del silencio la grandeza abrumadora,
Un sollozo formidable rasgó el pecho de Zamora
Y un clamor de regocijo llenó el campo del Emir.

III

Un malvado despreciable de la raza de los viles
Que han nacido, como Judas, con entraña de reptiles,
Allegóse hasta el Califa, y, con gozo de traidor,
Entregando á un pequeñuelo que asustado gime y llora,

Así dice: «¡Ten la llave de la plaza de Zamora!
¡Ten al hijo del rebelde que ha ofendido á su señor!»

Entre el luto de la noche, como vértigo, cual flecha,
Cruza el campo, salva el Duero, y, á galope, por la brecha
Un guerrero musulmita entra al fin en la ciudad.
Su mirada es una chispa altanera como un reto,
Y la guardia le abre paso y se inclina con respeto
Cual se inclinan las palmeras al sentir la tempestad.

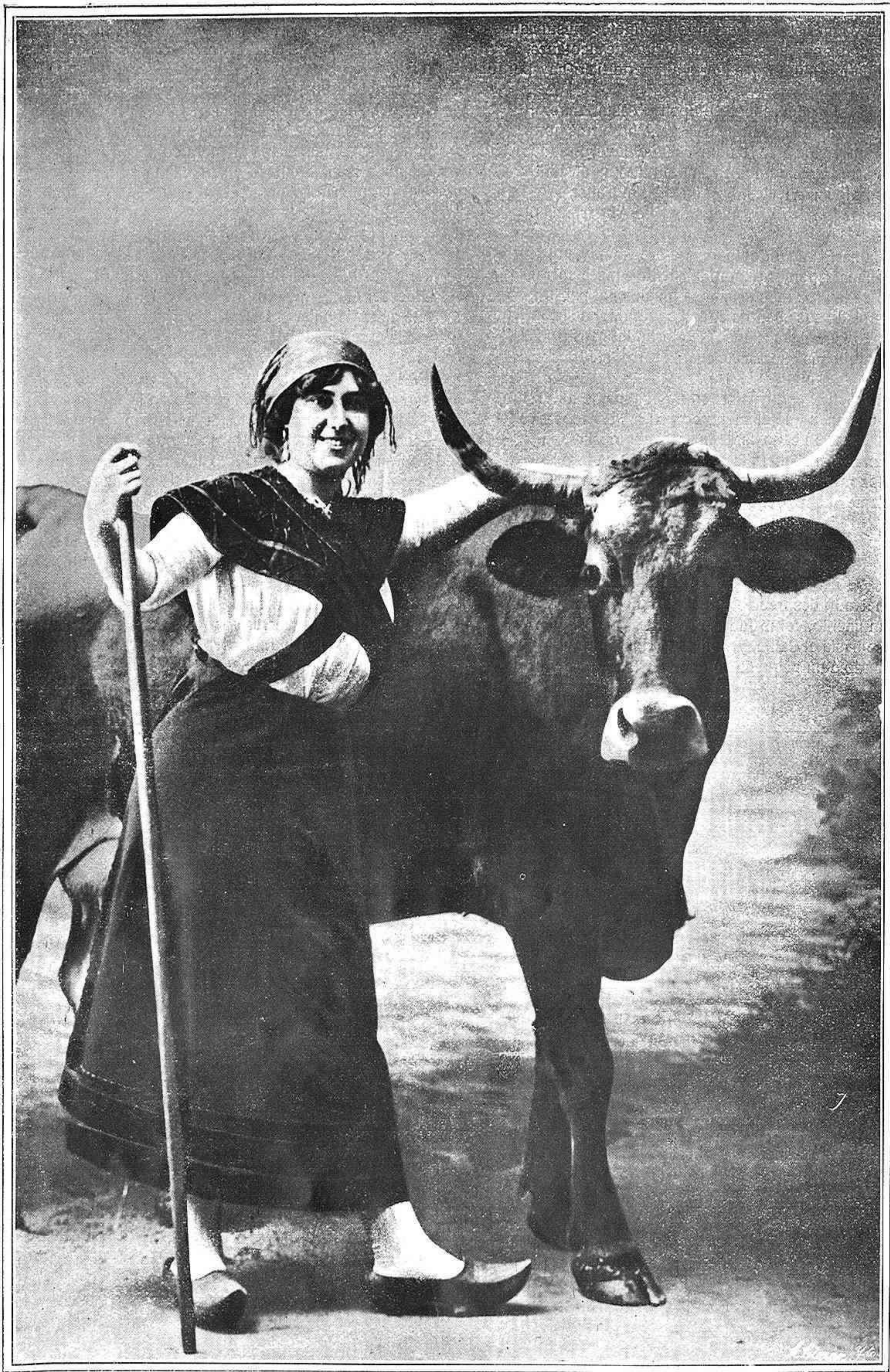
En la torre del Alcázar, abrumado por la angustia,
Ben Yacub mira á su esposa, que parece cual flor mustia,
Mientras flota el estandarte que aún convoca á rebelión.
Al perder al hijo amado que era luz de su existencia,
Sólo aguarda de la muerte redentora la clemencia:
Que la muerte es el descanso cuando estalla el corazón.

Y á la torre del Alcázar, que es penacho de Zamora,
El guerrero musulmita ha llegado con la aurora
—Que entre púrpura se alzaba del Oriente en el altar,—
Y con gesto soberano de ternura y de consuelo
Puso en brazos de los padres al amado pequeñuelo,
Y les dijo blandamente: «¡Que no lllore al despertar!»

Cuando el sol brilló en el cielo como emblema de victoria,
En su gloria sintió envidia admirando aquella gloria
De unos padres sollozando de un guerrero ante los pies.
El niño despertaba arrullado por la brisa,
Y á los labios del guerrero asomaba una sonrisa:
¡La primera! ¡La más dulce del Califa cordobés!

M. R. BLANCO-BELMONTE.





ESCENA GALLEGA

Al prado.

El amigo obsequioso.

SEGURAMENTE, ustedes creerán que el agua de Seltz, los tirantes, la goma de los sellos, la tortilla y otra porción de cosas por el estilo y diversas, son lo más útil que existe.

Pues, no, señores; lo de verdadera utilidad es el amigo obsequioso, el amigo que se presta á ejecutar los menores deseos de ustedes y, si es preciso, anticiparse á ellos.

¿Quién no conoce, por lo menos, á uno de estos aficionados á meterse en todo, sin que les reporte á ellos la menor ventaja?

—¿Me hace usted el favor de decirme cómo sigue el enfermo?

—Lo mismo.

—¿No recibe?

—A su familia únicamente y á Candiano.

—¿Candiano?

—Un íntimo, según parece, del enfermo. Él se ha presentado aquí y no hay modo de separarle de la cabecera, ni con los perros de presa.

Efectivamente; Candiano, apenas tuvo noticia de los primeros quejidos y de que se proyectaba dar al enfermo unas píldoras, se instaló en la casa, dispuso á su antojo y hasta coció él mismo el agua para despellejar un poco por el cogote al paciente.

—No se moleste usted.

—Señora, por Dios. ¿Si yo no cuido á Toribio, quién le va á cuidar?

—Nosotras.

—Ustedes son mujeres y sólo atienden á las cosas frívolas. Mientras yo preparo los sinapismos, ¿por qué no se van ustedes á la sala y hacen un ratito de música y hasta dan unas vueltas de vals?

Otras veces Candiano muestra sus buenos oficios en momentos más agradables y surge íntimamente unido al torero cuando éste ha tenido una buena tarde, al cómico en día de su beneficio ó al ministro después de una votación nominal.

—¡Qué triunfo! Yo estoy contentísimo, porque quiero á éste como si fuese un hermano.

Y al decir esto, para que nadie lo dude, le suelta un metido cariñoso en plena boca del estómago. El festejado está á punto de saltarle al pescuezo y ahogarle; pero recordando que todo es cariño, se limita á decirle:

—Bueno, ámame lo que quieras, pero las manos quietas.

En estos días solemnes es cuando el amigo cariñoso y efusivo se muestra en todo su esplendor.

—¿Han visto ustedes qué toro el cuarto de es'a

tarde? Para mí que sabía hasta el álgebra superior.

—Sí que estaba difícil.

—Más que un final de mes. Gracias á que estaba yo.

—¿Pero usted le ha convencido al bicho?

—Hombre, no; pero tenía la seguridad de que aquí, Sinforoso, le iba á matar que ni *Frascuero*.

El diestro, como es natural, halagado, dirige una sonrisa á Candiano, y éste, en el colmo del entusiasmo, se levanta, da un abrazo al torero y dice:

—Ahora mismo vas á tomar un poquito de Seltz.

—Hombre, no; si no tengo sed.

—Después de las corridas la bebía siempre *Lagartijo*. ¡Voy á buscar un sifón!

Y en medio de la estupefacción general, el amigo obsequioso se precipita escalera abajo y á los dos minutos se presenta triunfante con la botella, exclamando:

—Tú no tienes que preocuparte de nada, estando yo en este mundo.

Los artistas son los que principalmente tienen en torno suyo admiradores y amigos que se ponen hasta de coronilla por servirles.

Á lo mejor está uno de espectador pacífico en un teatro, y al oír al tenor gritar como si le martirizasen de verdad, no puede menos de exclamar:

—¡Caray! Parece el pito del tren descendente de Santander.

—¿Cómo dice usted?—pregunta airado otro espectador contiguo.

—Digo que ese tenor desafina más que un estereero.

—Pues sepa usted que Garrotini es amigo mío y una eminencia, y yo no consiento que nadie le falte.

Si usted, espectador pacífico y protestante, no quiere tener bronca y terminar la noche en la Comisaría, se limita á encogerse de hombros y decir:

—Por mí, bueno. Ya puede estar desafinando hasta el Sábado de gloria.

Esto, como es natural, le enorgullece al amigo del artista, el cual, apenas acaba el acto, penetra en el *camerino* del cantante, y abrazándole, le dice:

—¡Colosal! ¡Admirable! Aquel *mi* del aria es un monumento!

—Gracias. Ha sido un *re*.

—¿De verdad? No me engañes á mí que soy tu amigo leal.

Las demás personas que están en el cuarto del artista, contemplan con envidia al recién llegado, y éste, para acabar de coronar su importancia, relata lo que le ha sucedido en las butacas.

—Por supuesto, que yo creo que ese espectador es que tenía dolor de hígado. De otro modo no se comprende que dijera que éste desafina. ¡Pero ha llevado su merecido!

Al decir esto se levanta, arregla un poco la peluca al cantante y se vuelve á sentar, añadiendo:

—¿Pero de veras no ha sido un *mi*? Ten en cuenta que yo soy tu amigo de verdad.

Esta clase de sujetos no se pagan ni con todo el dinero que hay en el Banco de España.

No hace muchas noches tropecé con uno de esos obsequiosos, que me saludó sin que yo le conociera. Gracias á que acercándose misteriosamente me dijo:

—Soy Regúlez.

—Pero hombre, si va usted disfrazado de pobre de pedir limosna.

—Es por hacer un favor á un amigo.

—¿Le está usted reuniendo dinero?

—Es que voy á pasar por fumista en esa casa donde vive la novia de mi amigo, y con el pretexto de reconocer las chimeneas la entregaré una

carta. ¡Hay que estar alerta con el padre, que es muy bruto!

Efectivamente; el amigo obsequioso parecía un deshollinador de verdad.

Regúlez penetró en la casa, y no había yo andado media docena de pasos, cuando oí gran estrépito y voces. El amigo complaciente salía huyendo como si detrás de él viniera un miura, y quien iba era el padre de la muchacha, con una estaca en la mano, diciendo:

—¿Á mí engaños? Toma, por sinvergüenza.

—¡Caballero! ¡Es que soy amigo del novio de su hija!...

—¿Sí? Pues dale de mi parte este recado.

Y, al decir esto, ¡zás!, le sacudió dos estacazos en las costillas.

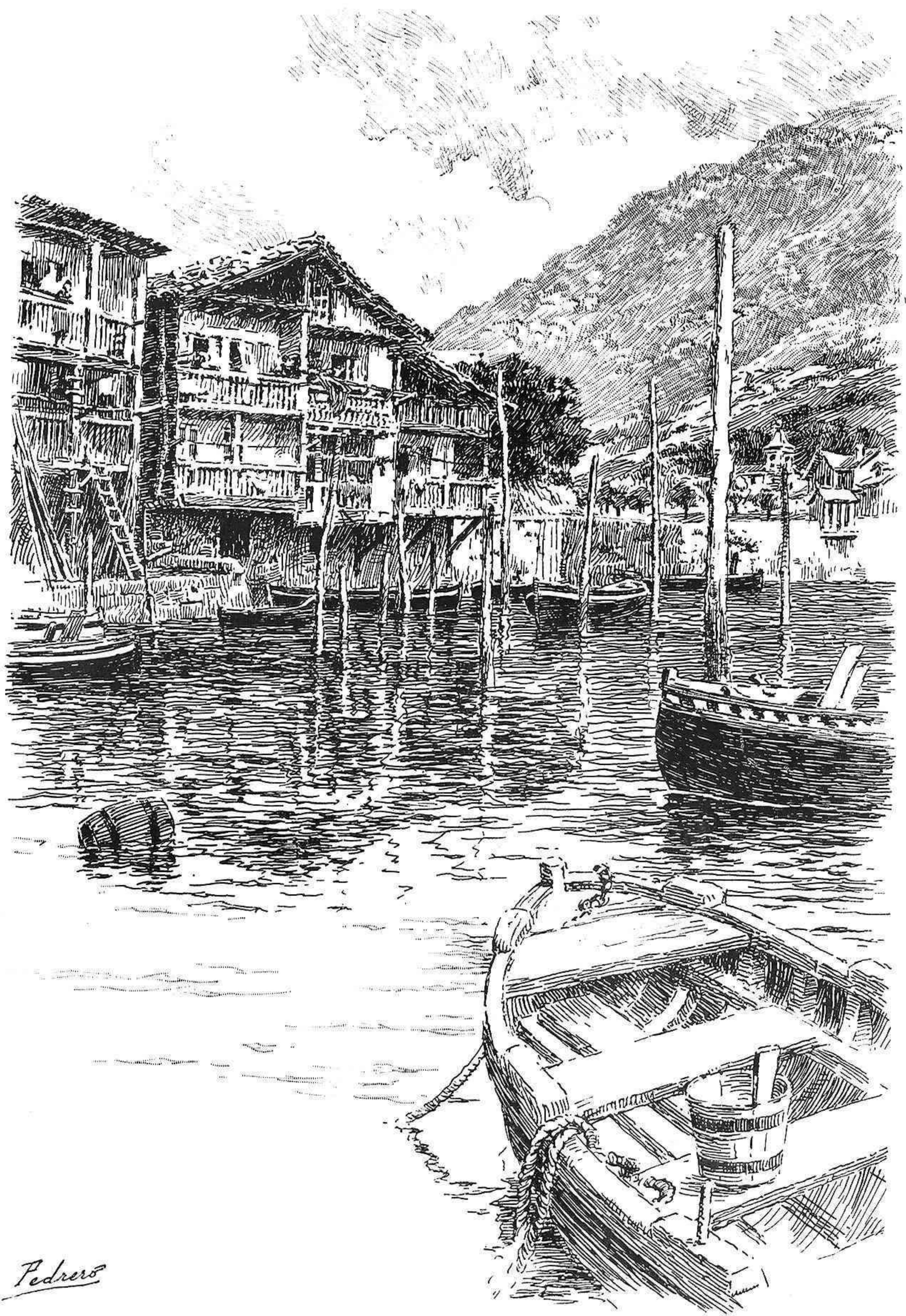
Á veces, el ser amigo obsequioso tiene sus quiebras.

A. R. BONNAT.



ESCENA ASTURIANA

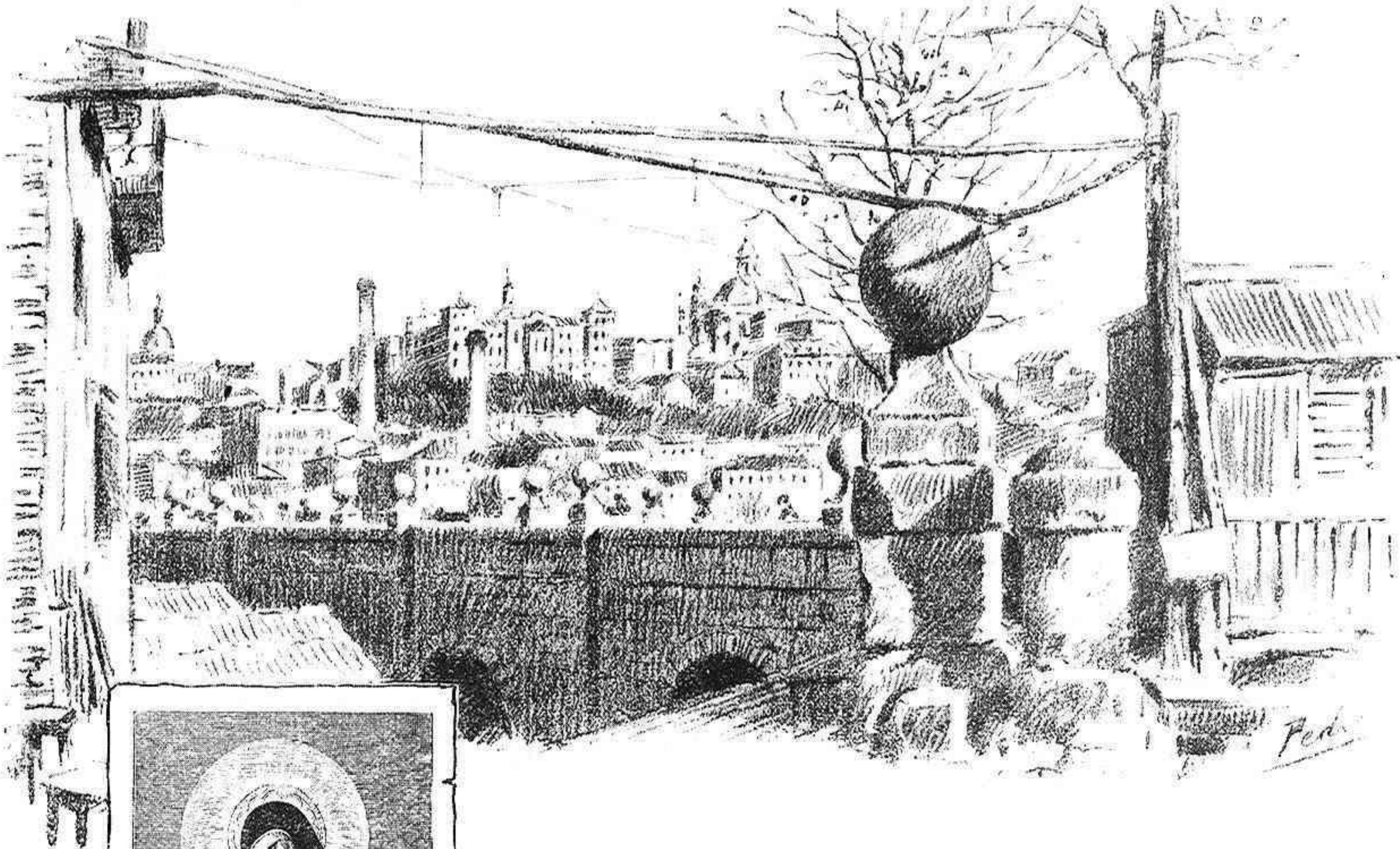
Maconeros de Peña Mellera.



Pedrero

PAISAJES ESPAÑOLES, por Pedrero.

Puerto de Pasajes.



MI MUSA

Yo no sé cómo es mi musa,
 No sé si es rubia ó morena,
 Yo no sé si alta ó baja;
 Sólo sé que es madrileña;
 Á veces se me figura
 Que es una mocita de esas,
 De las de cuerpo castizo,
 De las de cara risueña;
 En su decir es alegre,
 Y con su mirar marea;
 Lleva pañolón de flores,
 Y huele á nardo y verbena;
 Son sus ojos parlanchines,
 Y es su talle de palmera,
 Son sus andares graciosos
 Y es su porte de real hembra.
 Otras veces me la veo
 En un altar donde reina
 Allá, por los barrios bajos,
 En una ermita pequeña,
 Y la dicen «La Paloma»,
 Y es paloma por lo esbelta,

Y es paloma por lo blanca,
 Y es paloma por lo buena;
 Desde muy niño, mi madre
 Me enseñó á rezar ante ella;
 Y es para mí una alegría
 El visitarla y quererla,
 Que habrá pocos madrileños
 Que á su Paloma no quieran;
 Por eso, por ser la Virgen
 Más castiza de mi tierra.
 Yo no sé si es la Paloma
 Mi musa, quizá lo sea.
 Yo no sé cómo es mi musa,
 No sé si es rubia ó morena,
 Yo sólo sé que me inspira
 Para mis coplas modestas
 Algo que es muy madrileño,
 Algo que á mí me interesa;
 Lavapiés y Maravillas,
 El Barquillo, las Peñuelas,
 Los majos de aquellos tiempos,
 Las majas de aquellas épocas;
 Los romances de la Cruz
 Y los sainetes de Vega;
 Quizá el agua del Cerrillo
 Influya en tales quimeras,
 Ó, quizá la del Lozoya,
 Que es típica, aunque no buena;
 Serán los ayes flamencos
 Ó el rasgar de las vihuelas;
 Será el sonar de organillos
 Y el ambiente de verbenas,
 Y el eco de romerías
 Ó el de frases picarescas;
 Serán los grupos de gentes
 Que, sobre el arroyo, esperan,
 Entre decires y danzas,
 Al día que ya clarea,
 Para continuar su lucha
 Y proseguir sus faenas

Será esa gente que ríe,
 Que trabaja y que se alegra,
 Y sabe ocultar sus lágrimas,
 Y sabe ocultar sus penas;
 Será el ambiente pesado
 De las viciadas viviendas;
 Quizá el humo de figones,
 Ó el respirar de tabernas,
 Ó esos pobres del arroyo
 Lanzados á la golfemia,
 Ó esos mocitos de «tufos»,
 Ó esas mozas pintureras;
 ¡Qué se yo!, pero es el caso
 Que escribo, y escribo á ciegas,
 Pensando en no sé qué pienso
 Que me hace pensar de veras,
 Y al propio tiempo me anima,
 Y al propio tiempo me alegra,
 Y mis coplas serán malas,
 No serán mis coplas buenas;
 Bien haya quien bien las cante,
 ¡Si yo cantarlas supiera!...

Yo no sé cómo es mi musa,
 No sé si es rubia ó morena,
 Yo no sé si es alta ó baja,
 Sólo sé que es madrileña.

ANTONIO CASERO.



EXPOSICIÓN CANINA

(España.) - "El Perdiguero."



MARIANO
FELEZ
MADRID - 1912



SUEÑO DE LA NOCHE DE REYES

De fotografía.

A. Linares, 4to

“El Greco se va.”

LA última vez que estuve en Toledo, fué en circunstancias que me hicieron experimentar muy nuevas emociones.

Llegado de Cáceres, bajé en la estación de Bargas, donde esperaba una jardinera que habría de trasladarnos á la imperial ciudad.

Colocado en el primer banco de ella, emprendimos la marcha, pasando pronto por el pueblo y dirigiéndonos hacia la antigua carretera.

La tarde expiraba, y antes de llegar al camino real, parecióme ya percibir la silueta de Toledo al frente. Nunca había penetrado en la ciudad por aquel lado.

Cuando obscureció más, iluminóse de pronto; mil focos de luz determinaban sus planos y monumentos. Fué, en verdad, un efecto sorprendente.

Entrando por la puerta nueva de Visagra, subimos rápidamente las cuestas, parando á la entrada de la plaza.

Zocodover ofrecióse radiante de luz y concurrencia.

Dirigíme al Hotel Imperial, adonde siempre he parado, por parecerme que participaba algo del ambiente del Alcázar que lo domina, y pasando por su portal, lleno de pesadas cajas de viajeros, lo encontré todo modernizado.

Como aun tuviera tiempo, volví á la plaza, la que con los cafés, de flamante construcción con fachadas modernistas, las tiendas nuevas y los focos eléctricos ofrecía para mí inusitado aspecto.

Marchando hacia la calle del Comercio, vi que competía, por lo animada y luciente, con cualquiera de las más alegres de Madrid, presentando en todo una renovación completa.

Volviendo después al Miradero, con su gran iluminación y su cine de timbre inaguantable, miré á aquellas horas al antiguo Toledo que desde él se divisaba, extrañamente iluminado.

Una modernísima casa de cuatro pisos, con horrible montera de pizarra á la francesa, destruía todo el efecto de la perspectiva por aquel lado; esto acabó con mi paciencia: no hay, ciertamente, derecho á tanto, á romper tan abiertamente con la ley estética de la armonía.

Encontraba á Toledo totalmente desconocido; necesitaba ver si aun quedaba allí algo genuino y propio; así que, terminada la cena, volví á la calle, separándome de las principales y penetrando por aquéllas que consideraba más apartadas.

En ellas la visión de la antigua ciudad parecía

volver á ofrecerse, por más que en tal noche los focos eléctricos brillaban demasíado.

Andando de unas en otras, vine á parar á la Casa del Greco, á esa nota típica é íntima con que el buen marqués artista ha dotado á Toledo, y rodeando sus tapias y sintiendo su ambiente estaba, cuando un viejecillo, que hallábase sentado sobre una piedra, incorporóse, y echando á la espalda un hato de ropas y cogiendo con su mano unos hierros viejos, dirigióse á mí exclamando:

—Caballero, caballero; no voy á pedirle á usted nada; sólo le ruego que me escuche.

Á aquellas horas, y á haber tenido menos edad el personaje, hubiera esquivado todo diálogo; pero al ver su decrepitud y blancos cabellos, parecióme curioso el atenderlo y respondíle:

—Diga lo que quiera; lo escucho.

Entonces exclamó con vehemencia:

—Caballero; yo soy el Greco, y al encontrarlo á usted por aquí á estas horas supongo que me conocerá y hasta me apreciará en algo.

Pobre loco; pensé para mí; pero él prosiguió:

—Á mí me pasan cosas tremendas en Toledo; yo sufro aquí horriblemente; esta noche he venido á esta mi casa, á dormir en ella, y me despiden sin piedad...

—¿Pero no se murió usted hace siglos?—le repliqué.

—Aquella fué una muerte aparente—añadió,—humana, por decirlo así; pero mi espíritu tiene que vivir aquí siempre; debía vivir; mas como ahora lo encarna este pobre cuerpo, me lo llevo fuera, lo destierro y alejo, porque en este Toledo no puedo ya vivir; todo se me niega, todos me repelen. Caballero, usted me entiende, usted me aprecia; diga por ahí que ha hablado esta noche con el Greco, y que éste se va de Toledo porque en él ya no cabe.

Y, gimiendo casi, me volvió las espaldas, y con torpe paso marchó sonando sus huesos y sus hierros, en dirección del puente de San Martín, cuando más saludable, sin duda, le hubiera sido encaminarse al *Nuncio*.

Aquella noche, ya en el lecho, desperté cuando aun todo era tinieblas, y la visión del pobre Greco fué lo primero que asaltó mi mente: «¿Qué será de él á estas horas, pensé?»

Á poco sonaron las cinco en el reloj del arco del Cristo, y á seguida una luz eléctrica cercana, cuya llave oí funcionar, iluminó la estancia, á la par que un timbre llamaba al camarero.

Entonces pensé: «El Greco, tiene razón; aquí ya no puede vivir; su locura lo lleva á ser un símbolo; pero no es él el que se marcha: es la Toledo del Greco la que desaparece.»

N. SENTENACH.

De cómo Tío Roquiño dejó este mundo miserable.



SIGLO tras siglo, guiados por el lácteo resplandor estelar, protegidos por piadosas hermandades de caballeros, los peregrinos llegaban en devota muchedumbre desde los más remotos términos europeos. Sin dejar el bordón ni quitarse los harapientos hábitos de camino, cuyos desgarrones y mugre proclamaban los trabajos de las luengas jornadas, derramando su alegría en ardorosos himnos cantados en las hablas más diversas, una feliz mañana penetraban bajo las húmedas bóvedas que cobijan las reliquias del protoevangelizador de las Españas.

Puestos ánimo y ojos en descubrir lo antes posible el sedente simulacro del apóstol, revestido de plata, cuajado de gemas, que bendice á la cristianidad desde el sagrado recogimiento de su camarín, al trepar anhelante por el suave alcor, en cuya altura media asiéntase la basílica, apenas entreveía el piadoso viajero la robusta faz de la sagrada fábrica, defendida por macizas torres, recias como fortalezas; casi no tenía miradas para la soberbia «Gloria» que da acceso al templo, arquitectónica alegoría del triunfo de la Iglesia; no paraba atención en las semivivientes esculturas de apóstoles y profetas, sostén y fundamento de la comunión cristiana, que consideran impasibles el azaroso curso de las generaciones peregrinas desde los fustes de las columnas del pórtico; no admiraba el coro de ancianos músicos, arrobados en celestial coloquio, que orna la archivolta; ni aun se espantaba de la exangüe fantasma gigantesca del tremendo Cristo-Juez, coronado emperador del universo, que en el tímpano muestra las llagas de su cuerpo y exige virtudes en reparación de ellas.

No mirando semejantes maravillas, mucho menos podría advertir el viajero la vil criatura humana, ciega, muda, sorda y parálitica, hirviente de pústulas y llagas, arrumbada al pie de uno de los pilares del pórtico, desde tiempo inmemorial, como apesotado montón de carne y trapos. Sólo por el sonoro jadeo que sacudía su pecho diferenciábase de las grotescas máscaras de pecados esculpidas en el obscuro granito del basamento de las arcadas con cincel despiadado y sarcástico. Nadie sabía cómo ni cuándo había venido á posar en tal sitio. Los más ancianos recordaban haberlo visto allí siempre: parecía tan antiguo en el puesto como los húmedos sillares del edificio. Era la imagen de la suprema degradación infrabestial, colocada donde los hombres acudían implorando remedio en sus

necesidades, para que, por grande que fuera su angustia, siempre comenzaran su plegaria con un acto de gracias: «¡Gracias te doy, Señor, porque no me hiciste como al mísero tío Roquiño!» Y sólo de considerarlo, no había corazón dolorido que no saliera consolado.

Dignidades de la curia episcopal, vecinos de la ciudad y foráneos rivalizaban en celo por cuidar de aquel hijo de Dios sin ventura: no había manjar apetitoso servido en monacal refectorio ó en mesa de hidalgo de que no fuera apartada una porción para el babeante hocico de Roquiño, tan infeliz que ni de sus manos acertaba á servirse, y de algún prelado santo se contaba que en noche glacial habíase erguido de su lecho para ir á cubrir con una de sus propias mantas, suaves y esponjosas, el cuerpo del monstruo, que roncaba á la intemperie sobre las losas de la entrada del templo, jamás cerrado.

Corrían así los años y los años, y tío Roquiño seguía siempre tan incommovible como las estatuas del pórtico. Mil veces á su alrededor había vibrado la segur de la muerte, que á hecho corta vidas de mozos y ancianos, sin que la Segadora encontrara manera de llevárselo entre sus terribles haces.

No puedo seguir adelante sin descubrirnos un recóndito misterio de los más hondos y tremendos, de los que rigen nuestra existencia humana. Cuidad de no divulgarlo. Sólo entre elegidos pueden ser tratadas estas verdades fundamentales y eternas. El secreto es este: nadie se muere sin estar en sazón para ello, sin que en lo más escondido de su alma haya suspirado por la liberación de la cárcel de la existencia. La vida entera no es más que una lección de muerte; aprender á renunciar sintiendo el vacío que ocultan las falsas delicias del mundo. Por eso tienen esa dolorosa prudencia precoz los niños destinados á desaparición prematura: cuando debían embriagarse con el brillo de las apariencias saben la yerta vanidad de todas ellas. Mas el mísero tío Roquiño, cerrado á piedra y lodo á toda sensación del universo, á nada podía renunciar porque no conocía cosa alguna, y la Muerte rondaba en torno suyo sin encontrar en él punto vulnerable.

La Vida misma hartóse de contar entre su gente aquel despreciable guiñapo de humanidad, y cierta vez que topó con su hermana la Muerte, escondida tras el sillón del coro en que dormía un prebendado del capítulo, hubo de amonestarla por dejar aquel

sér á su cargo por tan larguísimo tiempo. No habría lengua humana capaz de traducir el coloquio de las dos espantables mellizas; coloquio tierno y afectuoso, pues jamás existieron hermanas tan bien avenidas como la Vida y la Muerte. Confesó la segunda su impotencia ante quien no estuviera adobado para la paz eterna, y entonces la primera, cruel como la Muerte, ¿qué digo?, mil veces más cruel que ella, ya que la Segadora devuelve los hijos al reposo del seno del Padre, mientras que la Nutriz sólo aspira á alejarlos de él, acercóse cauta al hediondo rincón donde dormitaba Roquiño en su permanente inconsciencia; tocó con sus vivificadoras manos los ojos, boca y oídos del durmiente; apoyólas sobre su corazón, suscitando la tempestad de los instintos; sobre su frente, evocando el pensamiento, y... «¡Despierta! —le dijo.—¡En un punto serás maduro para presa de muerte!»

Amanecía. Tío Roquiño abrió por primera vez sus ojos á la rosada luz de la aurora... (Nuestra pobre vida es un decaer perenne que comienza en la cuna; cuando nos damos cuenta de ellas, ya nuestras sensaciones han perdido aquella pristina limpieza virginal del sentir primero, y en adelante, según vamos viviendo, no sentimos las cosas, sino que heladamente recordamos haberlas sentido en otro tiempo. Por eso no sabré yo explicar, ni comprender vosotros, las deliciosas sensaciones que en aquel instante dilataron el pecho de Roquiño: sólo el padre Adán podría darnos razón de ellas.) ¡Santo Dios! ¡El esplendor de las nubes de brasa sobre el pálido espejo de los cielos! ¡La suavidad de la línea de cumbres de los montes, la frescura de bosques y praderas!

De pronto alzaron las campanas su solemne coro sobre la basílica, llamando á los fieles para la misa primera. ¡Qué oleada de celestes vibraciones que se metían carne adentro, haciendo palpitar las entrañas con su son, como follaje de árbol con el viento! Alzó Roquiño la vista en busca de la causa de aquel deleite, y sus ojos se encantaron en la contemplación de bóvedas y arcos, esculturas y ventanales.

Un tenue rumor arrancólo á su éxtasis: una menuda figurilla de mujer, con pesado rebocío obscuro sobre la frente, avanzaba hacia el templo. Al pasar por su lado puso los ojos en el infeliz tío Roquiño, cuyo corazón comenzó á latir inquieto, como fiera enjaulada. ¡Qué tendría aquel sér, que con su sola vista se llenaba de sabrosa angustia el alma! Exhalaba en un suspiro el monstruo la opresión de su pecho, cuando descubrió un personaje masculino que llegaba raudo detrás de la doncella. Alcanzóla en el pórtico, antes de que penetrara en el templo, y allí, al pie de Daniel y de Elías, á dos pasos del atormentado Roquiño, fué un breve diálogo

ardiente, rematado por un inacabable beso que el mancebo depositó en la mano que le tendía al partir la doncella. Roquiño se ahogaba: deseos monstruosos, contradictorios, frenéticos, surcaban su espíritu como relámpagos.

Nada observó ya de cuanto le rodeaba: ni las turbas peregrinas que entonaban en bárbara canturía: «¡Santiago, hijo del trueno, acoge benigno el trueno de nuestros labios!», ni el firmamento de cirios que relucían en torno á la efigie del Apóstol, ni los densos vapores fragantes del incienso... ¡Oh!, ¡los ojos de la doncella!... ¡El miserable que había osado besar sus manos! Amor y odio confundíanse en un mismo hervor en el volcán de su pecho...

Tocaba á tercia la campana cuando la doncella se le pareció otra vez delante. Venía sonriente, y tío Roquiño, al ver el resplandor que la sonrisa efundía por el semblante de la niña, sentía cómo todas sus turbulentas pasiones trocábanse en dulcísimo arrobó. Entanto, ella se le acercaba, y abriendo un canastillo que traía en el brazo, rompía á hablar cariciosa, como madre con niño:

— ¡Mira, Roquiño!.. ¡Aquí te traigo cosas bien ricas!.. No te faltará hambre, pobrecillo. Segura estoy de que en toda la mañana no habrá habido alma cristiana que se acordara de tu buche sin fondo.

Y sin asco ante el pestífero olor del pudridero en que Roquiño se encontraba, sacó de su cestillo pan y viandas, partiólas con sus manos, inclinóse sobre el monstruo, y llevó una porción de manjar á su repugnante befo colgante. Roquiño creía morir de delicias. De los vestidos de la doncella desprendíanse embriagadores efluvios, que lo aturdían como trago de mosto. Ansiaba coger aquellas pulidas manos y llevarlas como pan á su boca, como había visto hacer al aborrecido galán. Pero sus muertos brazos no obedecían á su voluntad y sólo lograba suspirar.

La niña lo miraba maravillada.

— ¡Qué lindos ojos tienes en tu asquerosa cara, Roquiño!.. ¡Qué lindos ojos!.. Hasta hoy no te los había visto. ¡Cualquiera los encuentra entre tanta basura y pelambreira!.. ¡Si alguno te lavara!.. Aparte el alma cristiana, no hay bestia más abandonada que tú.. ¿Qué tienes que lloras, tío Roquiño de mi alma?

Intentaba depositar porciones de alimento entre los labios del monstruo, quien, ahogado de su anhelo, no acertaba á deglutir lo que llenaba su boca. ¡Si lograra poner en sus manos un beso largo, largo!

Y de pronto, tío Roquiño halló palabras en su garganta. Imploró:

— Niña..., ¡tus manos!.. ¡que yo las bese!..

La doncella se levantó toda espantada.

— ¡Cómo!.. ¿Sabes hablar?... ¿Qué dices?... ¡Jesús!

¡Jesús!... ¡Que en tío Roquiño se ha metido el demonio!

Y huyó veloz, dejando su cestillo abandonado.

Tío Roquiño se quedó yerto de asombro. ¿Tanto se asustaba de que él pretendiera lo que había otorgado gustosa al mozo madrugador? ¿Qué había en él para que así se horrorizara? Y entonces se miró... Se miró, y con creciente dolor fué descubriendo sus miserias hediondas.—¡Oh! ¡No! ¡No era él como el otro! ¡Jamás podría verlo sin asco la

doncella hermosa! ¡Mejor morir que vida semejante!—Loco de angustia prorrumpió en sollozos desesperados.

Viólo llorar la Vida, y deteniendo á la Muerte que se deslizaba fuera, después de haberse apoderado por sorpresa del soñoliento dignatario, díjole mostrando al tío Roquiño:

—¡Tómalo!... ¡Es tuyo!

RAMÓN MARÍA TENREIRO.



¡ADIÓS!

Cuadro de Bisson.

LA MODA ELEGANTE



Trajes de casa para señorita.

Fotografía de Talbot

AÑO LXXII

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3;
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

